
El señor del castillo
ESTRELLA CORREA

Copyright © 2025. Estrella Correa.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.
Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.
1ra Edición, abril 2025.
Título Original: El señor del castillo.
Diseño y Portada: Amparo Tárrega.
Maquetación: Estrella Correa.
Corrección: Antonio Correa, Noelia Zamudio y Rocío Moreno.

A las personas valientes.
A las que se dan oportunidades.
A las que se perdonan.
A las que brillan aunque la vida a veces las apague.

SINOPSIS

ESCAPAR NO ES UNA OPCIÓN CUANDO EL AMOR TE HACE PRISIONERO

Nathalie Moore se ve obligada a abandonar Londres, huyendo de una vida que ya no reconoce como suya. Debe de hacerlo, por ella y por su hijo, Brian, que

merece crecer lejos del terrorífico mundo en el que se han visto envueltos. Poco le importa adónde les lleve el tren al que suben de la mano.

Lord Alistair Greystone, un hombre atormentado por el pasado, presionado por su título y por su trabajo, su verdadera pasión, intenta seguir alejado de aquello que ya no le pertenece, como el amor.

A Nath, encontrar su lugar en The Whispering Manor, un castillo lleno de secretos, rincones ocultos y mucho silencio, no le va a ser fácil porque, además, adoraba el ruido.

Demasiadas reglas establecidas.
Una línea muy fina entre el amor y el deber.
Elecciones desgarradoras.

¿Se atreverán a sacrificarlo todo por un amor que, de un día para otro, podría volverse su peor enemigo?

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

1. REACCIONA
2. ESCONDERNOS
3. ENCONTRARNOS
4. ESTA ES NUESTRA CASA
5. EL HOMBRE DE LA MESA DE LA ESQUINA
6. UN NUEVO AMANECER
7. INSISTO, SEÑORITA MOORE
8. UN POCO DE LUZ ENTRE TANTA OSCURIDAD
9. EL AMOR NO SE BUSCA, LLEGA
10. UNA VISITA INESPERADA
11. DRAGONES Y CASTILLOS
12. SUS DESEOS SON ÓRDENES
13. UN MUNDO NUEVO
14. UN CASTILLO EN EL FIN DEL MUNDO
15. COMO DICTAN LOS ESTÁNDARES
16. LO QUE ES AMOR Y LO QUE NO
17. PRIMERAS SONRISAS
18. EL PASADO SE HACE PRESENTE
19. ENCERRADOS HASTA LA ETERNIDAD
20. LO QUE SOY
21. EL SILENCIO QUE PRECEDE A LA TORMENTA
22. NUEVA NORMA
23. FRONTERAS INFRANQUEABLES
24.

MALDITOS CELOS
25.
LA MÚSICA COMIENZA A SONAR
26.
LO QUE VIENE A CONTINUACIÓN
27.
SOY HELENA PRESCOTT
28.
TODOS NECESITAMOS UN RESPIRO
29.
NO ES DE MI INCUMBENCIA
30.
MIRADAS NECESARIAS
31.
TODO ES DE MI INCUMBENCIA
32.
SI FUE UN SUEÑO, NO QUIERO QUE TERMINE
33.
NO PUEDE SER
34.
TRAICIÓN
35.
SOMBRAS
36.
UN POCO DE DIVERSIÓN
37.
LOS BORRACHOS DICEN LA VERDAD
38.
DECIR LA VERDAD SOBRIOS
39.
UN MUNDO NUEVO
40.
NO TE CREAS TODO LO QUE DICEN
41.
LAS PAREDES HABLAN
42.
NO HAY TIEMPO, NO HAY NADA
43.
NO ME DAS MIEDO
44.
LA VIDA VUELVE A SER VIDA
45.
UNA PASADA

46.
UNA NOCHE DE PASIÓN
47.
LOS ACCIDENTES LO CAMBIAN TODO
48.
BAJO PRESIÓN
49.
NUNCA ES TARDE PARA PEDIR PERDÓN NI PARA PERDONAR
50.
NUNCA ES TARDE PARA COMENZAR DE NUEVO
51.
DE NUEVO, ÉL Y YO
52.
TE ENCONTRARÉ
53.
CRUZARÉ BOSQUES Y MONTAÑAS
54.
LO HARÉ BIEN.

AGRADECIMIENTOS.
SOBRE LA AUTORA

El señor del castillo

ESTRELLA CORREA

INTRODUCCIÓN

Hay heridas que no sangran. Heridas que no se ven, que no hacen ruido. Viven bajo la piel, en la parte más callada del alma, y duelen con cada respiración. A veces, cuando el mundo se silencia del todo, creo que hasta puedo oírlas. Como un reloj roto que sigue marcando la hora exacta en que todo cambió.

El castillo está llena de luz, pero yo solo habito las sombras. Camino entre muros antiguos, entre libros que ya no leo, entre pasillos que me recuerdan quién fui. Y quién ya no soy.

He aprendido a vivir entre rituales. La bata blanca, los guantes, el bisturí. Salvo vidas aunque hay quien dice que termino con ellas.

La mansión es tan vieja como mi silencio. Aquí me oculto, aquí me absuelvo, si es que la redención existe para hombres como yo. Para hombres que cargan con lo que yo cargo. Para hombres que cerraron los ojos un segundo… y despertaron con las manos manchadas de algo que no se borra.

Sangre y… dolor.

El tribunal me juzgó y pronunció veredicto. Yo también. Yo sé lo que hice. Y si la culpa tiene forma, si puede ocupar un cuerpo, entonces duerme en mi cama, se sienta en mi mesa, y llora tras mis ojos.

Parte del mundo cree que soy un hombre correcto. Noble. Incluso admirable. La otra parte no me importa ni doy explicaciones. Pero por dentro, me pudro con una verdad que no he dicho en voz alta.

Soy Alistair Greystone. Cirujano. Lord. Y quizás, en el fondo de todo… un asesino.

1

REACCIONA

Nath

Presente…

Mi hijo tiene los ojos color avellana, como la arena de la playa un día de lluvia cuando el único rayo de sol incide sobre ella. Su brillo es muy especial, y hace meses que no lo veo. La piel dorada y las mejillas siempre sonrosadas; nariz pequeña y punta redonda y manitas de pianista. Se le da bien este instrumento, también le encanta la lectura y dibujar castillos; los colorea de matices oscuros, pero jamás se olvida de un cielo azul radiante, en ellos vuelan dragones. Su pelo castaño cae sobre su frente formando ondas y se topa con su largas pestañas. En esto pienso hasta que escucho un ruido que sale de dentro de mi pecho y respiro hondo después de minutos sin hacerlo.

Amar hasta morir.
Amarse para sobrevivir.

Reacciona.

He aprendido que hay gente que no quiere a nadie, solo a ellos mismos. No lo reconocen, pero sus hechos lo prueban y se alejan de sus palabras y promesas. Quererse a uno mismo no es un crimen, ni una maldad ni una afrenta; lo que convierte a esas personas en monstruos es su falta de empatía, amor verdadero y pensarse lo único importante en la tierra. Quererse, amarte y amar a los demás, el respeto y la humildad…, esto nos define como humanos; *y como tú me quieres, yo no quiero que me quieras.*

He tenido que revivirlo una y otra vez para darme cuenta. Sí, eso, tropezar con la misma piedra en varias ocasiones, hacerme daño,

romperme el dedo del pie y pasar de nuevo por el mismo camino. La única diferencia es que el dolor lo inflige alguien que amo.

Estoy sentada en la orilla de la cama, una cama demasiado grande; agarro la colcha con ambas manos y la aprieto con fuerza, como si aquello fuera a salvarme la vida.

Todo está igual pero diferente. Algo ha cambiado, quizá soy yo, no lo sé. En mí se remueve un sentimiento extraño desde anoche.

Me quedo mirando el reloj de pared, uno de esos grandes de madera, antiguo, muy antiguo; en esta casa todo tiene su historia y yo no estoy dispuesta a seguir formando parte de ella. Las manecillas se mueven y marcan el tiempo con una cadencia funesta.

Tiempo…

Cada tic-tic me recuerda lo poco que me queda antes de que todo se desmorone de nuevo. Así que respiro hondo, cierro los ojos y me digo que puedo hacerlo.

Tengo que ser rápida.

Me levanto y, sin pisar en falso, me acerco a la maleta de mano que he escondido en el fondo del armario unas horas antes, la abro y empiezo a meter lo esencial. Me da pánico que Richard sospeche mis intenciones y vuelva pronto para pillarme con las manos en la masa. No me lo perdonaría y me lo haría pagar con creces. Pero este ya no es mi sitio y, aun siéndolo, debo alejar a mi hijo de este infierno. Algunas prendas de ropa, un par de zapatos de Brian, su peluche favorito, el libro que le leo antes de acostarse, *El viento de los sauces*, y un pañuelo que mi madre me regaló por mi cumpleaños.

No voy a llorar, pase lo que pase.

—Mami, ¿te vas? —pregunta Brian, un ángel caído del cielo, desde el umbral de la habitación, con voz dulce pero confusa.

Me giro hacia él y esbozo una sonrisa que no me pertenece, pero que trato de usar para tranquilizarlo.

—Nos vamos, *my angel*.

—¿Y no esperamos a papá?

Fijo la mirada de nuevo en el equipaje y embalo con rapidez. La oportunidad de escapar de la prisión se esfumará en breve y me muevo a la velocidad de la luz. Echo un último vistazo a la habitación que ha sido testigo de lo que soñaba como amor y se convirtió en pesadilla; arrastro la maleta hacia el pasillo y tomo a Brian de la mano.

—Mamá… —Mi hijo de seis años sabe que algo no va bien, que esto no es como el viaje a París y Disneyland ni el de Orlando al parque de Harry Potter.

—Confía en mí… —susurro, y me detengo en el último peldaño cuando escucho los pasos inconfundibles de Hartley, el mayordomo; los distingo todos, se llama instinto de supervivencia. Hartley siempre está alerta, tal y como le indica Richard, y ninguno de mis movimientos le pasa desapercibido.

Aterrada, pero decidida, pasamos el vestíbulo y llegamos a la puerta principal.

—Vamos, cariño. Solo un poco más —le pido, tirando de él suavemente hacia el exterior.

Pero en el momento en que estamos a punto de salir, escucho el chasquido del pasador de la cocina. Me congelo cuando Hartley aparece en la entrada, con su mirada fría e inquisitiva.

—Señora, ¿adónde van? —pregunta con tono firme pero con una pizca de sorpresa. Siento que la urgencia me embarga.

—No es de su incumbencia —respondo con determinación.

El mayordomo da un paso adelante e intenta bloquearnos el camino. Las palabras se amontonan en mi garganta; la rabia y el miedo luchan por florecer; han sido muchos años de silencio obligado.

—Señora, no creo que sea prudente salir en este momento. El clima está muy inestable, y no ha terminado de empacar —amenaza, siendo evidente que intenta disuadirme.

El pánico me desborda. Con premura, doy un paso adelante, manteniendo firme la mano de mi hijo.

—Voy a ser prudente, es lo que hago —contesto con una voz que no reconozco como mía, o que hace años que no escucho—. No vamos a quedarnos aquí ni un minuto más.

El mayordomo frunce el ceño, pero ni él ni nada me detendrán.

—Como comprenderá, mi deber es informar al señor Gadbury.

—Haga lo que crea conveniente. —Tiro de Brian y salimos al exterior. La lluvia cae sobre nuestras cabezas y mis pies golpean la acera como los tambores en la retirada de una guerra. Se nos agota el tiempo. Richard se enterará en pocos segundos y removerá cielo y tierra para encontrarnos.

—¡Mami! —grita Brian, sorprendido por la repentina carrera. Lo sostengo con más fuerza, asegurándome de que no se quede atrás.

Cruzamos la calle aprovechando la falta de tráfico y el corazón me late de una manera nueva y confusa. Con miedo y… esperanza. Esa palabra pequeña, delgada, apenas un hilo. Pero viva. La esperanza de que en algún lugar existirá otra vida. Uno donde no temer con cada puerta que se cierra, donde mi hijo pueda reír sin sobresaltarse. Una donde yo pueda mirarme al espejo sin preguntarme quién es esa mujer que se ha dejado romper.

No sé a dónde iremos mañana en realidad, pero la ESPERANZA arde en mí, pequeña, sí, pero suficiente para no detenerme.

2

ESCONDERNOS

Nath

Presente…

Siempre nos enseñan que hay que ser valientes. Que hay que enfrentar los problemas, plantar cara, no huir. Pero nadie te dice qué hacer cuando el problema tiene ojos que nunca parpadean, manos que aprietan hasta dejar marcas, y una voz que se mete en tu cabeza hasta que ya no sabes si piensas por ti misma.

Esconderse.
Correr.
Cerrar la boca y aguantar la respiración.

Lo hice muchas veces. Primero en el baño. Luego en el armario. Después, en mí misma.

Y hoy entiendo algo que antes no sabía: Esconderse está bien… si te persigue un monstruo.

No es cobardía. Es supervivencia. No es rendirse. Es proteger lo poco que te queda. Es el acto más valiente que puedes hacer cuando ya no hay nadie que venga a salvarte. Porque a veces el único modo de seguir viva… es no dejar que te encuentren.

Llueve, llueve mucho. Y la lluvia de Londres suele caer con una intensidad implacable. Se ha formado charcos en todas partes, incluso en las aceras. Miro hacia atrás, asegurándome de que Hartley no nos sigue. Estoy aterrada, el corazón golpea mis sienes y hasta me duele la cabeza, pero no me detengo.

—Vamos, cariño —animo a mi pequeño que está a punto de llorar, mojado y asustado—. No podemos mirar atrás —murmuro para mí.

Llegamos a una esquina y alzo la mano para detener un taxi. El vehículo frena junto a nosotros con un chirrido. Una parte de mí sabe que Richard puede aparecer en cualquier momento.

Tenemos que escondernos.

—¿A dónde, señora? —pregunta el taxista con la mirada fija en el espejo retrovisor, ajeno a la tormenta que ruge en mi interior.

—A… —vacilo—. A la calle Maple número 17, por favor.

—Mami, ¿a dónde vamos? —susurra mi pequeño y me estremezco. Me vuelvo hacia él y acaricio su mejilla.

—Vamos a casa de Brenda, cariño. Un lugar seguro, solo por unos días. Luego… Luego ya veremos. —Trato de inyectarle optimismo a mi voz y a mí misma.

Brian asiente, pero la duda le acecha.

Le abrocho el cinturón de seguridad. Necesito ser una madre valiente y asertiva.

Pago al taxista en efectivo y bajamos con el miedo aun rodeándome, sintiendo la mirada de mi marido en cada rincón. Sigue lloviendo y corremos hasta el edificio de nueva edificación. Entramos en el vestíbulo con olor a pintura fresca y subimos hasta la primera planta. Brenda es mi única aliada, la única amiga que conoce mi historia, la única que puede ayudarme.

—¡Nath! —exclama Brenda cuando abre la puerta—. ¡Estás empapada! Entrad, entrad. Pensé que te habías arrepentido. Has tardado mucho.

—¿Estás segura de que Richard no ha averiguado dónde vives?

—Nadie sabe mi nueva dirección. —Llegamos al salón, repleto de cajas apiladas—. Disculpa el desorden, aún no me ha dado tiempo a preparar…

—No te preocupes. No vamos a estar aquí mucho tiempo. —Voy hasta la ventana y me asomo para comprobar que nadie nos ha seguido. Me tiemblan las manos.

Brenda entretiene a Brian y le da un cuaderno y unos lápices.

—¿Quieres un chocolate caliente? —le pregunta.

Mi peque me mira a mí pidiéndome permiso.

—Primero una ducha. Después el chocolate —expreso.

Le preparo un baño de agua templada y lo dejo sentado en la bañera con la puerta abierta. Brenda me espera en la cocina con los ojos muy abiertos.

—Hartley nos ha descubierto. Richard debe estar buscándonos a estas horas —le indico y me siento en una silla.

—Tenéis que marcharos lo antes posible.

—Lo sé, pero… ¿adónde vamos? —Me cubro el rostro con las manos—. ¿Qué hacemos? No tengo dinero. Ya debe haber anulado todas mis tarjetas. —Brenda abre un cajón y me da un sobre—. No puedo aceptarlo.

—Ya me lo devolverás. Mañana antes del amanecer os llevaré a la estación de tren y os marcharéis.

Estoy a punto de llorar. ¿Cuándo ha pasado todo esto? ¿Cuándo empezó? ¿Por qué he dejado que ocurriera?

—Yo… —Suspiro.

—Tú no tienes la culpa. —Me agarra la mano y la aprieta.

—Te… Te voy a echar de menos.

—Y yo a ti… Todo se solucionará. —Nos abrazamos unos segundos y ni mi mejor amiga consigue que me sienta a salvo. Es

complicado encontrar un lugar seguro cuando te has dado miedo hasta a ti misma.

Miedo… El miedo se pega a nuestra piel y no desaparece con nada, ni con todo el agua que nos ha caído encima, ni con jabón ni con el tiempo ni con la distancia. Ni con abrazos. Vivir sin miedo es un reto para mí.

De repente, los gritos de Brian lo llenan todo, llegan desde la distancia, a unos pocos metros, se cuelan en mis oídos y también en cada poro de mi piel. Terror. Salgo corriendo hasta el baño y me arrodillo junto a la bañera.

—*Angel*, ¿estás bien? —Lo cojo en brazos y lo rodeo con una toalla.

—Quiero chocolate.

—Me has asustado. —Lo seco y le ayudo a vestirse.

Brenda y yo conversamos cuando mi pequeño se acuesta. Acomodadas en su sofá, uno azul nuevo, dos cafés y unos dulces muy pequeños con un toque salado.

—¿Qué voy a hacer? ¿Adónde vamos a ir? —lloriqueo.

—Aquí. —Escribe algo en un papel y me lo da.

—Pembroke. Tracy —leo.

—Es un pueblo pequeño. Ve a la única cafetería, la encontrarás enseguida. Pregunta por Tracy, ella te dará trabajo y un lugar para vivir.

—¿Quién es Tracy?

—Mi tía.

—¿Por qué nunca me has hablado de ella? ¿Eres de Pembroke?

Encoge los hombros y da un sorbo a su café.

—Te tratará bien. Ya está al tanto de tu visita. Dale recuerdos. Y, por favor, asegúrale que estoy bien.

***

No sé qué sentir al principio. No exactamente. El silencio es tan raro. Tan limpio.

No hay gritos en casa de Brenda. Ni portazos. Ni el sonido de sus pasos viniendo desde el pasillo. Solo el viento afuera, y el latido de mi propio corazón, que aún va rápido, como si no hubiera entendido que ya estoy a salvo.

Porque no lo estamos.

Me siento en el borde de la cama y respiro hondo. Cuesta. No porque duela. Sino porque llevo tanto tiempo conteniendo el aire que se me ha olvidado cómo soltarlo.

Hay miedo, claro.

¿Y ahora qué? ¿Cómo se empieza otra vez?

Pero también hay otra cosa. Algo más pequeño, más callado.

Esperanza. La esperanza que sentí anoche no se ha marchado.

No es grande. No es luminosa todavía. Es apenas un susurro en el pecho. Una voz bajita que dice:

Lo hiciste.

Ahora puedes empezar.

Estoy asustada, sí. Pero por primera vez en mucho tiempo, ese miedo no me paraliza. No es el miedo de antes. No es el miedo a él. Es otra clase de temor: el que aparece justo antes de tomar impulso y saltar.

Todavía me tiemblan las manos. Todavía llevo las marcas de lo vivido.

Pero ya no soy suya.

Y en eso, en esa certeza callada, hay una libertad inmensa.

***

—Mamá, no puedes decirle a nadie dónde estoy —le ruego, con los ojos brillantes y el teléfono en la mano sin dejar de temblar desde hace doce horas.

—Cariño, no podría aunque quisiera. No lo sé.

—Es lo mejor. —Suspiro, de pie frente a la estación. Brian juega con un coche que Brenda le regaló anoche.

—¿Por qué no me lo dices? Estoy preocupada —me pide, pero la ignoro, por el bien de todos, de ella también.

—No digas a nadie que hemos hablado. —Intento no llorar y asustarla más—. ¿Dónde está Julio? —Es su pareja; mi padre falleció hace cinco años.

—Ha salido a hacer unas compras. ¿Puedes decirme qué ha pasado?

—Prefiero que no lo sepas.

—Pero Richard se alarmará. Seguro que…

—Te quiero, mamá. Tengo que dejarte. Te llamo en unas semanas. —Cuelgo, tiro el móvil en una papelera de la estación King's Cross y subo al vagón doce del tren que nos llevará lejos de Londres.

Tomo asiento con mi hijo en brazos y, mientras nos alejamos de la ciudad, observo cómo los rascacielos y los edificios modernos dan paso a campos verdes, colinas y hermosos pueblos. El paisaje se vuelve cada vez más tranquilo y sereno, lo que refuerza mi deseo de dejar atrás mi antigua vida y comenzar de nuevo.

—Mami, tengo sueño. —Recuesto su cabeza sobre mi pecho y se queda dormido.

Yo también cierro los ojos y pienso en la última conversación que tuve con Brenda, mi mejor amiga, que me compró los billetes y me buscó un trabajo en un lugar recóndito de Gales.

El tren se detiene en varias ocasiones a lo largo del camino, permitiéndonos descansar y disfrutar de las vistas.

—Mira, Brian, son ovejas. —Alzo el brazo y él las observa con atención. Solo las ha visto por la televisión y en los dibujos animados. Trato de entretenerlo y que deje de preguntar cuándo vamos a volver a casa.

Esa casa ya no existe.

El tren frena poco a poco hasta detenerse en una pequeña estación. En un cartel leo Pembroke.

—Mami, ¿dónde estamos? —pregunta, sin soltarme de la mano que no sostiene nuestro pequeño equipaje, de pie en el andén.

La brisa del campo nos acaricia el rostro y el verde de los prados se dibuja ante mis pupilas con más claridad.

—En un buen lugar. —Tiro de mi hijo para que camine a mi lado en un rincón inhóspito y desconocido. Durante unos segundos me pregunto si he hecho bien dejando todo atrás, hasta que suspiro y el vaho se escapa de mis labios formando una pequeña nube que se disipa. Pregunto cómo llegar al pueblo a un lugareño con un gorro de cuadros marrón.

—Pembroke está por ahí, señorita. A unos cinco kilómetros. —Me señala una carretera semiasfaltada que comenzamos a recorrer al cerciorarme de que los taxis brillan por su ausencia.

Qué lindas las vacas.

Por inercia, busco mi teléfono en el bolsillo de mi bolso sin caer en la cuenta que me deshice de él por obligación, porque Richard lo rastrearía, y maldigo el día en que nos conocimos. Pensé que era un buen hombre, uno magnífico, de esos con el corazón muy grande, porque aceptó una situación de la que yo no quería ni pretendía escapar.

Y ahora escapo de él… ¿Esto es sentimiento de culpabilidad? ¿De dónde ha salido? ¿Por qué?

—Mami, estoy cansado —se queja después de unos minutos.

—Lo sé, mi vida, pero no puedo llevarte en brazos. Pesas demasiado. Eres ya todo un hombrecito. —Le revuelvo el cabello y sonrío.

—¿Cuándo vamos a ver a papá? Prometió que me llevaría al acuario.

Sus palabras me hacen reaccionar. Detengo los pasos y me agacho para estar a su altura.

—Mi vida, tienes que entender lo que voy a decirte. —Le acaricio el rostro con la yema de los dedos—. No puedes llamarte Brian. A partir de ahora hay que buscarte otro nombre, pero será divertido porque puedes elegirlo tú. ¿Quieres pensarlo durante un rato? —Asiente con los ojos muy abiertos—. Vale, pues piénsalo bien y me lo dices.

—Me gusta Brian.

Suspiro y agacho el semblante. Lleva unas zapatillas de deporte que compramos en una tienda de Canden hace dos meses. Nos encanta ese barrio, aunque lo visitábamos muy de vez en cuando.

—Y a mí, pero ahora mismo debemos esconderlo, cariño. No puedes decirle a nadie cómo te llamas. Es muy importante. ¿Entiendes lo que te digo? —Asiente de nuevo, desconcertado—. Tómalo como un juego. Sí, eso, juguemos a los nuevos nombres.

Yo… Yo me llamo… Ahora me llamo Helena. —Es el primer nombre que se me viene a la cabeza, acordándome de la chica del colegio que me hacía la vida imposible—. ¿Te gusta?

—Es bonito.

Un coche viejo se detiene a nuestro lado, mojado y embarrado, y alguien asoma la cabeza.

—¿Puedo ayudaros? —Un hombre de unos cuarenta años, de sonrisa agradable y abrigo verde nos saluda.

—Eh… Vamos a Pembroke.

—Subid. Voy a Eldridge. Me coge de camino —informa con simpatía.

Lo pienso durante unos segundos y cedo a su proposición. El pueblo no se ve desde la distancia y no sé cuánto más tendremos que caminar.

—Gracias, señor. —Abrocho nuestros cinturones en la parte de atrás.

—¿Son nuevos por aquí? Esto… es pequeño.

—Sí —respondo, escueta.

—Es bonito y muy tranquilo. Hay una escuela y muchos animales. ¿Te gustan los animales? —pregunta a mi hijo. Este asiente otra vez, como si se hubiera comido la lengua.

—Es un niño muy tímido —explico.

—Pero tendrá nombre. ¿Cómo te llamas? —insiste.

Miro a Brian sin pestañear esperando que no meta la pata.

—Bunky —suelta, y respiro.

—Nunca lo había escuchado, pero me gusta.

Unos minutos después, Tudur, así se llama el señor amable, detiene el coche junto a una plaza repleta de jardines y nos bajamos. Le doy las gracias.

—No sé cómo pagarle.

—Encuentre lo que busca, señorita.

3

ENCONTRARNOS

Nath

Presente…

Durante mucho tiempo creí que tenía que arreglarme deprisa. Que debía curarme rápido, olvidar rápido, volver a ser yo lo antes posible. Como si pudiera recoger los pedazos de lo que fui, pegarlos con silencio y seguir adelante sin que se notara la grieta. Pero encontrarse a una misma no es un acto repentino. No es un instante. Es un proceso. Más cuando alguien al que amas te ha machacado por fuera y por dentro. Hay que tener paciencia. Paciencia para escucharse sin miedo. Para mirar los restos y entender que no todo debe volver a encajar de repente. Para aceptar que algunas partes se quedan atrás, y otras nuevas nacen en el vacío que dejaron.

He aprendido, a fuerza de noches en vela y respiraciones hondas, que reconstruirse es más lento que romperse. Y está bien así. Porque lo que se forma despacio… es lo que verdaderamente permanece.

The Cozy Nook, así reza el cartel de la única cafetería a la vista en este pueblo de casas típicas inglesas de techo en triángulo y color negro y fachadas de distintos colores. A lo lejos, se escucha lo que parece la cascada de un río y huele a tierra húmeda y flores silvestres. Me recuerda a una época de mi niñez en la que iba al campo con mis padres.

Una campanita suena al empujar la puerta de entrada, de cristal y madera pintada de un verde muy claro. Suelo, techo, paredes, sillas y mesas de madera. También la barra. Solo hay una persona sentada frente a la ventana, un hombre abstraído con la lectura de

un libro y unas gafas de pasta negra muy viejas. Cruzamos el local y espero a que alguien nos atienda. Tras unos segundos, una mujer de pelo rojo y recogido sale de la trastienda y nos saluda.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarles? ¿Café? ¿Té? —Mira a Brian—. ¿Zumo de naranja? —Tiene los ojos muy claros, casi transparentes, y grandes.

—Buenas tardes… Eh… Estoy buscando a Tracy —musito.

—Oh, claro, eres la amiga de Brenda. Me alegra teneros aquí. No sé cómo no me he dado cuenta. —Nos quedamos en silencio unos segundos—. Y tú eres… —Observa a Brian.

—Bunky. —El niño ha aprendido la lección.

—Curioso nombre. —Planta las manos delante—. Bunky, seguro que estás hambriento. ¿Quieres unas tortitas? Mis tortitas son las mejores del pueblo.

—Vale —responde.

Tracy toma asiento con nosotros un rato más tarde, cuando termina de servirnos el almuerzo. Me habla sobre lo tranquilo y acogedor que es el pueblo y no hace preguntas innecesarias.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Helena —contesto, y ambas sabemos que no es cierto, pero ella, muy prudente, no dice nada al respecto—. Tracy… No quiero molestar ni crearte una situación violenta.

—Oh, mi niña. Es un placer para mí ayudar a una amiga de Brenda. —Sonríe. Hay algo detrás de sus palabras, sin embargo, yo tampoco lanzaré ninguna pregunta inconveniente—. ¿Cómo está?

—Bastante bien… —No sé qué más decirle.

—Ahora os llevaré al lugar en el que viviréis y trabajarás.

—Pensé que sería aquí contigo y…

—Como ya has visto… —echa un vistazo a la solitaria sala— conmigo es suficiente, excepto algún fin de semana por la noche que los chicos vienen a tomarse unas cervezas. Vas a estar bien en The Whispering Manor. Allí todos guardan su pasado —musita la última frase, pero la escucho.

No permite que le pague la comida y le agradezco que no me pida ningún tipo de explicación. No podría dársela aunque quisiera. Esperamos a que cierre la cafetería para que nos acerque al lugar en el que nos hospedaremos los próximos meses. Subimos a una vieja furgoneta amarilla despintada y de nuevo observo el paisaje. Aquí el verde de los campos no termina nunca. Brian va en mis brazos y con la nariz pegada a la ventana.

—Vais a estar bien. Es un sitio muy tranquilo —explica Tracy, y coge una curva a la derecha.

—Seguro… —De pronto, se abre ante nosotros una imagen preciosa, como una pintura. Árboles altos y robustos flanquean un camino de entrada y una cancela de hierro muy grande con el nombre de la finca arriba. A lo lejos, la silueta de The Whispering Manor se yergue como en un cuento en medio de jardines bien cuidados. Una edificación inmensa, con torres puntiagudas y ventanales rectangulares y ostentosos.

—¿Es aquí? —cuestiono con los ojos muy abiertos.

—Impresiona al principio. —Cruza la propiedad y nos adentramos en otro mundo.

—¡Es un castillo! —grita mi hijo, incorporándose y sin perder detalle.

Tracy detiene el coche y bajamos de él para entrar en un universo sacado de un cuento de hadas, al menos, yo me imaginaba de pequeña algo así cuando soñaba con princesas.

—Es maravilloso… —murmuro.

Nuestra nueva amiga sonríe, satisfecha por nuestra reacción.

—Es realmente especial. Antes venían turistas de todas partes para disfrutar de este lugar. Había visitas guiadas, servían té en el patio —dice mientras caminamos hacia la entrada principal.

—¿Y qué pasó? —curioseo.

—Las cosas cambian. —Me mira con expresión enigmática.

Siento un escalofrío recorrer mi espalda, pero me obligo a seguir optimista, aunque algo me indica que no ocurrió nada bueno.

—Vivir aquí será agradable. Es… Lo que buscamos. Mejor sin turistas. —Las dos asentimos.

—Seréis felices. Comenzad desde el principio, escribid vuestra propia historia. —¿Sabe algo de la nuestra hasta el momento?

—Todos tenemos alguna, este lugar también, ¿me equivoco? —Derivo la atención hacia el sitio en concreto.

—Los cuentos son lo que son. No creas todo lo que escucharás de esto. —Su respuesta flota en el aire y la intriga me corroe.

Pero aquí no se hacen preguntas innecesarias.

—Vamos, te presentaré a Ronald. Es el mayordomo. Necesitan una cocinera, aunque también tendrás que hacer un poco de todo. —Nos detenemos en la puerta principal—. No os pongáis nerviosos. Ronald es… especial, como la finca. —Pulsa un timbre redondo muy grande pegado a la pared, de color dorado. Esperamos más de dos minutos a que la puerta se abra.

Un hombre vestido de negro, con un traje y pajarita sobre una camisa blanca nos da las buenas tardes.

—Llegan tarde —suelta con tono grosero.

—Hola, señor King. Mejor tarde que nunca. —A Ronald no le hace gracia la broma—. Le presento a Helena y a Bunky. La nueva

cocinera y su hijo. Necesitan descansar del largo viaje.

—Sus aposentos están preparados —indica y da un paso atrás.

—Helena, yo me marcho. El teléfono de la cafetería está en la guía. Llámame si me necesitas.

—Pero…

—Todo saldrá bien. Aquí estaréis a salvo. —Me da un corto abrazo y se agacha a despedirse de Brian—. Tú también puedes llamarme. ¿Tienes móvil?

—No…

—Hay un teléfono en la casa. El señor King os dejará utilizarlo. —Se levanta y se dirige a Ronald—. Da recuerdos a Mrs. Whitmore.

4

ESTA ES NUESTRA CASA

Nath

Presente…

La modernidad brilla por su ausencia en la decoración de esta mansión en medio de una nada que me tranquiliza. Pasillos eternos con paredes adornadas con retratos de ancestros que nos siguen con la mirada de ojos sombríos de una época ya pasada.

¿Un cuento de princesas? Mejor el escenario de una película de terror.

—Esperen aquí un segundo —informa King con figura alta y esbelta y el rostro esculpido en piedra. Se marcha y el crujido de la madera desaparece con su presencia.

—Mami, tengo sueño… —Brian tira de mi abrigo.

—Espera un poco, *my angel* —le pido, admirando un salón repleto de obras de arte de varios artistas muy reconocidos, antiguos y modernos. Cuento cinco sofás rojos de terciopelo y al fondo un espejo en el que nos reflejamos. Una sombra aparece detrás, doy un respingo y mi hijo se abraza a mis piernas.

—No pretendía asustarles. Les ruego acepten mis disculpas. —Una mujer de pelo muy rubio recogido en un moño bajo y unos cincuenta años nos saluda—. Soy Mrs. Whitmore, me encargo del orden de la mansión. Bienvenidos. —Inclina la cabeza ligeramente—. Voy a mostrarles lo importante. Mañana comenzará a trabajar.

—Muchas gracias… Mrs. Whitmore. Soy Helena, y este es mi hijo… Bunky.

Sin añadir ni una palabra nos guía a través de otro pasillo amplio y solemne cercado por candelabros eléctricos de cristal.

—Esta es la cocina. —Se detiene ante una puerta grande de madera. La abre y lo primero que veo es una impresionante mesa de roble y una estufa de hierro fundido que lleva ahí siglos, o esa es la impresión que da. Estantes llenos de tarros de cerámica y un frigorífico de dos puertas de acero muy actual que contrasta con el resto del mobiliario—. Aquí es donde usted pasará la mayor parte de su día —declara con voz firme y carente de emoción pero muy firme —. El desayuno se sirve a las seis de la mañana. El señor no está en casa, pero los horarios son inflexibles, todos los días de la semana.

—De acuerdo.

—El menú de cada día está establecido en esa libreta. —La señala sobre la encimera, junto a una jarra de limonada—. Todos los ingredientes los encontrará en la alacena y la nevera. ¿Alguna pregunta al respecto?

—No…

Cientos.

—Me alegra saberlo. La cocina fue el corazón de la mansión durante generaciones.

Lo ha dicho en pasado.

Con un ligero gesto, vuelve a llevarnos hasta el pasillo.

—Ahora les acompañaré a sus habitaciones —notifica, y vamos hasta los pies de una escalera de madera oscura en medio de un vestíbulo más grande que el edificio entero en el que vivíamos, con pasamanos tallado a ambos lados y una alfombra roja que colorea el centro de la cascada de escalones de madera casi negra. El techo también tiene molduras ornamentadas y las ventanas suman varios metros de alto y de ancho.

Llegamos al primer piso y giramos a la derecha, pero Brian se queda mirando al otro lado.

—Está prohibido acceder a ese ala de la mansión. Son los aposentos del señor.

Tiro de mi pequeño y caminamos hasta la parte en la que sí podemos movernos. Todo es extraño, pero prefiero esto que el lugar del que venimos.

Mrs. Whitmore señala con la mano dos puertas contiguas frente a nosotros.

—Estas serán sus habitaciones. La puerta a su derecha es para usted, señora, y la de su izquierda es para el señorito Bunky.

Echo un vistazo dentro de la mía, con tonos suaves en las paredes.

—Es perfecta. Gracias.

—Cada habitación está equipada con lo necesario. Si precisa algo, no dude en hacérmelo saber. Sin embargo, le pediría que respete la privacidad de la casa y no haga ruido. Aquí valoramos el silencio.

—De acuerdo.

—Mi habitación está junto a la cocina. Les dejo que se acomoden. Recuerde, el desayuno se sirve a las seis de la mañana —repite.

—Lo entiendo.

Desaparece escaleras abajo y respiro. Brian hace lo mismo.

—No quiero dormir solo —lloriquea.

—Claro que no, cariño. Esta noche dormiremos juntos.

La habitación está en silencio. Solo se escucha su respiración, suave, pausada. Mi hijo duerme a mi lado, con una mano tibia apoyada sobre mi brazo. Tiene el ceño un poco fruncido, como si en sus

sueños también cargara con algo que no le toca. Le acaricio el pelo con cuidado, apartándole un menchón de la frente, y me quedo así, mirándolo. No quiero cerrar los ojos. No todavía.

La cama cruje un poco cuando me acomodo del todo. Es grande, mullida, con sábanas que huelen a limpio y a algo antiguo. Es la primera noche aquí, en el castillo. Un lugar que aún no entiendo, pero que, por ahora, nos sirve de escondite.

Y él, con solo cinco años, lo hace hogar.

Se mueve un poco, buscando calor. Lo acerco hacia mí, le abrazo la espalda diminuta con el brazo y apoyo la frente en su coronilla. Cierro los ojos. Por primera vez en mucho tiempo, no tengo que quedarme despierta escuchando ruidos. No tengo que prepararme para el golpe, la voz rota, la amenaza disfrazada de rutina.

Aquí hay otra cosa. Hay frío, sí, y hay miedo. Pero hay también espacio. Silencio. Un colchón donde no tiemblo.

Y él.

Él que no entiende todo lo que ha pasado. Él que me pregunta con los ojos, pero no insiste. Que con solo existir me ancla. Me hace respirar.

Todo lo que hago, lo hago por él. Por protegerlo. Por darle algo distinto. Algo mejor.

Y, sin embargo, en la oscuridad, ahora que por fin puedo soltarme un poco, me doy cuenta de algo que me desarma: él también me está salvando a mí.

Porque cuando estoy a punto de romperme, es su risa la que me recoge. Es su abrazo, sus dedos pequeños tomándome la mano, su vocecita diciendo *mamá, estás aquí,* lo que me recuerda que sí. Estoy aquí. Sigo aquí.

Él es mi lugar seguro.

Mi zona de confort en medio del desastre.

Y mientras respiro su olor a sueño y a niño, sé que mañana todavía habrá dudas, y miedo, y pasos por dar. Pero también habrá esto: su cuerpo pegado al mío, su confianza ciega, su existencia sencilla.

Y eso, por ahora, es suficiente.

Eso me basta para dormir.

5

EL HOMBRE DE LA MESA DE LA ESQUINA

Nath

Pasado…

—Estoy cansada —dije a Brenda dentro del almacén del restaurante cinco tenedores en el que trabajábamos. Ella me había conseguido el trabajo después de contarle que mi novio, dueño del pub en el que pasaba las horas por un puñado de euros, me acorralara en la cocina en la que vivíamos y me amenazara con un cuchillo porque pensaba que me había acostado con Víctor, otro camarero.

—Solo nos quedan… —Miró su reloj de muñeca, uno dorado que habíamos comprado en una tienda de segunda mano—… cuatro horas. —Me hizo sonreír—. Venga, después vamos a Gayn y nos tomamos unas cervezas.

—¿Escuchas cuando hablo? —Alcé las cejas.

—No todo va a ser trabajar y dormir.

—Oh, últimamente duermo demasiado. Será porque tu sofá es muy cómodo… —Me palpé la cintura—. Pero me duele aquí…

—¿Eso es una queja? —replicó con sordina y soltamos unas carcajadas.

—Chicas, se acabó el descanso. La sala comienza a llenarse. Está todo reservado. Vamos, vamos, vamos —nos arengó Kathy, la encargada, vestida con una especie de esmoquin moderno con pajarita, igual que nosotras, pero ella llevaba una insignia plateada en el pecho.

Se escuchaba una melodía de fondo, la misma que hacía diez minutos, pero ahora contrastaba con el tintineo de las copas y las risas de los comensales. *La Belleza* no se llamaba así por casualidad; era un lugar realmente bello, al que acudía la gente guapa y rica de Londres a socializar, buscar pareja o charlar un rato tras un largo día de reuniones. Olía a comida gourmet y se mezclaba con el aroma a flores frescas de los centros de mesa. No estaba tan mal trabajar allí y pagaban mucho mejor que el antro de Jared.

Comencé a moverme entre las mesas y los clientes, cogiendo comandas y llevando bandejas con vino caro y platos de autor. Brenda me seguía de cerca y me preguntó algo cuando coincidimos en la barra.

—¿Viste la mesa en la esquina? —Su tono era conspiratorio—. Esos hombres parecen sacados de una revista de moda.

Para hombres estaba yo. Aun así desvié la mirada hacia donde había señalado. Uno de ellos era alto, se notaba aún sentado, cabello oscuro y perfectamente peinado, vestía un traje con corbata que olía a dinero.

—Tiene pinta de ser el CEO de alguna empresa importante —respondí, sin tratar de disimular interés, porque no estaba en ese punto.

—Es irresistiblemente guapo.

—Supongo.

—¿Jared también te ha dejado ciega?

Puse los ojos en blanco y seguí atendiendo a los clientes. Me concentré en mi trabajo. Tomé una bocanada de aire y me dirigí a la mesa que me correspondía a tomar la orden de una pareja que discutía sobre qué plato elegir.

Pueden elegir platos diferentes, pensé. *Los problemas de los ricos.*

Escribía la comanda y noté una presencia detrás de mí. Me di la vuelta y ahí se encontraba el hombre guapo, con una sonrisa encantadora en su rostro.

—Buenas noches. Espero no interrumpir, pero tomaba nota de la elegancia del lugar y no pude evitar admirar también el servicio —dijo el desconocido con acento suave y cautivador envolviendo cada palabra.

Me sentí atrapada entre la sorpresa y la incomodidad. No era común que un cliente se acercara para hablarme directamente, y menos uno tan atractivo.

—Gracias. Es un lugar único, realmente —respondí con seguridad, adecuándome al protocolo.

—Me llamo Richard. —Extendió la mano hacia mí—. ¿Y usted?

—Nathalie, un placer. —El tacto era cálido.

—El placer es mío. ¿Qué me recomiendas de la carta? Estoy buscando algo especial para esta noche. —Me miró a los ojos con una intensidad que me hizo sentir cosquillas en el estómago.

Me centré en el menú que guardaba en mi mente, profesional.

—El risotto de setas es uno de los favoritos de los clientes. —Mantuve la compostura a pesar de que solo un palmo nos separaba.

—Excelente elección. Me gusta una mujer que sabe de comida. —Me guiñó un ojo, un gesto que vi fuera de lugar.

Brenda, que pasaba por mi lado, levantó una ceja y sonrió. ¿Pensó que había química entre nosotros? ¿Un hombre guapo se me acercaba y tenía que babear? Justo en ese momento, las luces se atenuaron para que empezara el espectáculo de música en vivo en la esquina.

—¿A qué hora terminas el turno?

—Depende. No tengo un horario fijo —solté una pequeña mentira.

—No me importa, te esperaré.

—¿Para qué? —Me di cuenta de que la encargada nos observaba desde unos metros de distancia.

—Quiero invitarte a una copa.

—Se lo agradezco, pero no salgo con clientes.

Se mantuvo en silencio unos segundos con su pupila clavada en mi pupila.

—Si ese es el único impedimento, me marcho. Volveré en unas horas. Anule la comanda de mi mesa.

Me asusté.

—No, por favor. Si mi jefa cree que se marcha porque he dicho algo fuera de lugar, prescindirá de mí y necesito este trabajo.

—¿Es camarera? Me refiero a que si es solo un trabajo para pagar el préstamo de estudio.

—No tengo que darle información sobre mi vida. Si eso es todo, no puedo entretenerme más.

Cuatro horas más tarde, Richard, estaba fuera esperándome.

6

UN NUEVO AMANECER

Nath

Presente…

Me despierto antes del amanecer, con Brian a mi lado, que se remueve cuando yo lo hago. Le doy un beso en la mejilla y bajo de la cama. Con rapidez cojo mis cosas y salgo al pasillo para dirigirme al baño. No hay nadie fuera, no se escucha ni el viento, pero la calefacción debe estar funcionando porque no hace frío en estas estancias tan grandes. Me doy una ducha rápida y vuelvo con el cuerpo envuelto en una toalla para vestirme en el dormitorio; no quiero dejar a Brian demasiado tiempo solo. Puede asustarse en este lugar nuevo para nosotros. Lo despierto antes de bajar a la cocina y le pregunto si quiere venir conmigo. Prefiere dormir.

—Vale, cariño. No salgas. Te traeré el desayuno en cuanto tenga un rato libre. Y recuerda, no hagas ruido.

Mrs. Whitmore está junto a esa chimenea de hierro fundido, alimentando el fuego, y le doy los buenos días al llegar a ella.

—¿Han dormido bien?

—Sí, gracias. —Cojo la libreta que me indicó y leo qué debo hacer.

—Cuando termine aquí y lo recoja, todo debe estar siempre limpio y ordenado, la llevaré a la lavandería para recoger y planchar ropa. ¿El niño no desayuna? —Se limpia las manos con un trapo y lo tira a una cesta.

—Es temprano para él. Si no le importa, más tarde le llevaré zumo y fruta.

—Los niños deben mantener un horario estricto.

—Sí, pero… le prometí unas vacaciones.

—Usted es su madre —apostilla y se marcha.

Suspiro al quedarme sola y me hago la siguiente pregunta: ¿Para cuántas personas debo hacer el desayuno?

—Buenos días —una voz jovial, diferente a lo que he escuchado desde que llegué, me sorprende. Un hombre, más o menos de mi

edad, yo tengo veintisiete años, entra con mucha energía con un pantalón verde y un chaleco de lana negro y de cuello alto—. Tú debes de ser Helena. Esto es grande, pero las noticias vuelan. —Sonríe—. Hola, soy Henry, me ocupo de los jardines.

—Eres el jardinero.

—Exacto. —Extiende el brazo y me ofrece la mano—. Pero hago de todo. También me encargo de los animales.

—La nueva cocinera. —Se la estrecho—. ¿Puedo hacerte una pregunta? —Nos tuteamos desde el principio.

—Todas las que quieras.

—Por fin… —respiro—. ¿Cuántas personas van a desayunar? No sé cuánto zumo de naranja exprimir ni cuántas tortitas hacer. No me gusta que la comida se tire. La fruta no dura demasiado cuando la cortas.

—Ronald ya ha desayunado, Mrs. Whitmore toma café a las cinco de la mañana, pero después come a escondidas cuando cree que nadie la ve. Yo tengo una vista privilegiada desde esa parte del jardín, en esa colina. —Apunta con el dedo fuera, tras la ventana—. Estaremos tú y yo. Ah, sí, y tu hijo. Tienes un niño. Sus palabras largas, directas y amigables me reconfortan.

—Vaya, por fin un poco de aire fresco.

—Mi madre me lo dice a menudo, que soy como un huracán. ¿Te refieres a eso? —Amplía la sonrisa.

Henry es guapo, pero está claro que me ha llamado la atención su carácter encantador. Mide un metro con ochenta y cinco centímetros aproximadamente, postura erguida y confiada. Cabello castaño claro, desordenado, y ojos marrones oscuros. Sonrisa contagiosa. Piel bronceada, resultado de horas bajo el sol, y manos grandes.

—Aquí es todo bastante…

—¿Estirado? ¿Silencioso? ¿Oscuro? ¿Aburrido?

—Tranquilo —corrijo.

—¿He hablado demasiado? Suelo hacerlo. Perdóname. Yo me conformo con una taza de café. —Va hasta la cafetera y se lo sirve directamente—. Pero si haces tortitas, me como diez —bromea de nuevo.

Henry charla conmigo mientras cocino y nos sentamos en la gran mesa de roble para comernos el festín. Sus padres viven en el pueblo de al lado, Eldridge, y él trabaja de jardinero para ahorrar y trasladarse a Londres a hacer un máster.

—¿Entonces no sabes para quién trabajas? —indaga, y niego—. El señor Greystone es un tipo solitario. No lo conozco, en realidad. Solo llevo aquí cuatro meses y no suele salir a pasear por los jardines ni visita la cocina. Lo he visto en pocas ocasiones. Tú tampoco coincidirás con él demasiado. Las comidas se las sirve Mrs. Whitmore, es muy estricto con eso. Con eso y con… todo.

—¿A qué te refieres?

—No le gusta la compañía. Todo tiene que estar en su sitio y, aunque no salga fuera, el jardín botánico es como su lugar para pensar. Allí se relaja, pero suele ir de noche.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. Lleva fuera una semana. Más o menos. —Se levanta y recoge parte de la vajilla que hemos utilizado, la deja en el fregadero y las empapa con agua del grifo—. Tengo que irme, pero nos veremos para el almuerzo. Trabajo hasta las cuatro de la tarde. De lunes a sábado.

—¿Puedo preguntarte algo antes de marcharte? —Hace un ademán con la mano—. ¿Dónde está la lavandería? He de ir a planchar.

No voy a esperar a que Mrs. Whitmore aparezca cuando quiera para acompañarme. ¿Qué impresión voy a dar?

—En el sótano. El pasillo de la derecha del vestíbulo, al final.

—Gracias. —Voy hasta su posición con una jarra y un vaso en la mano para fregarlos.

—Hasta luego entonces. —Da unos pasos y se detiene—. Helena.

—¿Sí?

—Ten cuidado ahí abajo… —dice con seriedad—. Los escalones resbalan por la humedad.

7

INSISTO, SEÑORITA MOORE

Nath

Pasado…

Alguien apagó las luces de la cocina y el salón, quedando solo las de emergencia. Pasaba las doce de la noche cuando el ruido desapareció por completo. Nos abrochamos las chaquetas cuando la brisa de Londres nos rozó y mi amiga se encendió un cigarrillo.

—Qué mono… —Le dio una calada que debió llegarle a los talones —. Deberían de darnos unos minutos para fumar. No pido mucho.

—Brenda, yo me march…

—No lo digas. Si lo dices, lo haces realidad, y no voy a dejar que te pierdas la fiesta de hoy. —Se giró hacia mí y sonrió.

—¿Y vamos a ir de esta guisa? —Me sacudí el pantalón, manchado de harina.

—Derrochamos glamour de cualquier manera, Nath, y… tengo en el coche un par de vestidos y sus correspondientes *stilletos.*

—Lo sospechaba… —No iba a aceptar mi negativa.

La calle estaba tranquila y nos dispusimos a caminar hasta su coche, a un par de calles, pero algo llamó mi atención junto a un vehículo gris muy brillante, una figura alta y distinguida hizo aparición en la penumbra, bajo las farolas.

Era el cliente que había flirteado conmigo y al que había rechazado de manera educada y simpática durante la cena. Con su cabello oscuro y un porte que irradiaba confianza, se aproximó con una sonrisa encantadora.

—Buenas noches, señoritas —nos saludó con voz profunda y seductora. Se centró en mí, sus ojos verdes brillaban bajo la luz de la luna. Mi corazón latió un poco más rápido de lo normal, aunque raudamente me recordé que el flirteo con esa persona no me convenía. ¿Sexto sentido?

—Buenas noches…

—Richard Gadbury. —Alargó el brazo—. Encantado. ¿Las acerco a casa?

—Tengo coche y no vamos a casa —contestó Brenda, a la que casi le di un pisotón en el pie por dar demasiada información.

—¿Van a tomar algo? Podría unirme a ustedes —ofreció, como si la invitación fuera un hecho.

Intercambié una mirada rápida con mi amiga, quien me lanzó un guiño cómplice antes de inclinarse levemente hacia delante, esperando una respuesta que no estaba dispuesta a dar.

—Lo siento, pero tenemos otros planes —repliqué, amigable pero decidida.

—¿Segura? —Gadbury frunció el ceño—. Podría ser divertido. Les prometo que no se arrepentirán. Conozco lugares fantásticos —insistió.

Me sentí halagada, pero algo me dijo que me alejara. Quizá lo que había ocurrido con Jared. Su presencia me provocó cierta ansiedad.

—Agradecemos la oferta, realmente, pero… —Busqué las palabras adecuadas—. Hemos tenido un largo día y…

El hombre guapo dio un paso hacia delante, desafiando nuestra decisión con una mirada que deseaba desnudar nuestras defensas.

—La vida es demasiado corta para no disfrutarla. —Trató de persuadirnos—. Me gustaría conocerla más, señorita… —Me miró a mí.

—Moore —se me escapó.

—Señorita, Moore, le prometo que solo será una copa.

Una chispa de curiosidad saltó en mi pecho. Su seguridad era irresistible, pero sabía que no debía dejarme llevar. No ahora.

—Señor Gadbury —comencé, enfrentándome a su intensa mirada —. No estoy en un lugar donde pueda… involucrarme. No es una buena idea.

La sonrisa de Richard no se desvaneció.

—Lo entiendo. No quiero presionarla. Si alguna vez cambia de idea… —Sacó una tarjeta de su cartera de cuero italiano—. Llámeme, por favor, se lo ruego. —Se dio la vuelta y se fue.

Exhalé, y Brenda, que había sido observadora de la interacción, soltó una risita.

—Tiene algo… Es guapo y educado, pero has hecho bien en rechazarlo.

—¿En serio me dices eso? Pensé que deseabas que me casara con él.

—No me gusta del todo…

—¿Te ha salido la vena de bruja?

—No sé qué es, sin embargo, huele a peligro.

—Huele a Armani —corrijo, y reímos.

—Anda, vamos, la fiesta no va a esperar todo lo que ha esperado el señor…

—Gadbury.

8

UN POCO DE LUZ ENTRE TANTA OSCURIDAD

Nath

Presente…

Henry lleva razón, debo tener cuidado con estos escalones estrechos y resbaladizos.

Y con los fantasmas.

Da la sensación de que va a aparecer un espectro en cualquier momento. Todo oscuro, con luces que parpadean en una sala pequeña si la comparo con el resto de la casa, sin ventanas, y otra escalera al otro lado del pasillo que no sé dónde llega. Cierro la puerta antes de que una pelota comience a bajar hasta mis pies y me dé un infarto.

Varias hileras de armarios de madera se alinean a mi derecha con estanterías ordenadas y etiquetadas. Fragancias de detergente casero y suavizante. A mi izquierda un gran barreño con agua, viejo y desgastado. En medio, una gran mesa, y en uno de sus extremos, una plancha muy moderna. Paños colgados en percheros, un espejo antiguo, enmarcado con un relieve intrincado de hojas doradas… y otra puerta, que abro y llego a una sala nueva, esta con grandes ventanas con vistas al jardín trasero.

Un poco de luz entre tanta oscuridad.

Doblar y planchar no tiene demasiada ciencia y me dedico a ello durante una hora sin esperar a Mrs. Whitmore, al igual que he hecho al marcharme de la cocina. Tener iniciativa se valora en todas partes. O eso espero. Tarareo una canción al ritmo del crepitar de mi tarea. No se está mal bajo tierra. Huele a lino y a algo que no distingo,

parecido al alcohol. Mi mente divaga entre qué estará haciendo ahora Brenda y si Richard ya habrá hablado con ella. Sé que sus labios están sellados y ni con torturas le sacaría una palabra. De repente, un ruido rompe la monotonía: un crujido sutil, apenas imperceptible que proviene del pasillo, ese de las escaleras macabras. Detengo el movimiento y el corazón galopa en mi pecho. Con el pulso acelerado, levanto la vista hacia la puerta de la habitación y un escalofrío me recorre desde la cintura hasta el cuello subiendo por mi columna vertebral. Crece en mí la sensación de que me observan. Deslizo la mano por el borde de la mesa de planchado y busco apoyo en la pared antes de dar un paso hacia la puerta. Cruje cuando la empujo y asomo unos centímetros la cabeza.

Me la cortan.

La bombilla sigue parpadeando y crea una sombra hacia la esquina del pasillo, donde la penumbra se afila.

Es solo mi imaginación.

Entonces, lo veo. Una figura oscura, casi indistinguible en la oscuridad, se alza al final del corredor.

—¿Hola? —pregunto, y un sudor helado me cubre la piel.

Debe ser una alucinación.

La figura sigue estática, quizá mi imaginación me está jugando una mala pasada, tal vez necesito dormir más, es del estrés de este último mes, el miedo a mi marido.

¿Richard?

Yo tampoco me muevo sobre el umbral y la persona avanza hacia mí lentamente. Me aferro al marco de madera y hasta me planteo arrancarlo para defenderme. Pero cuando la tengo lo suficientemente cerca, dejo escapar una respiración profunda.

—¿Todo bien? —protesta Mrs. Whitmore, y la tensión de mi cuerpo se disuelve.

—Escuché un ruido… —calmo mi respiración—. Pensé que alguien… —No voy a explicarle que si mi marido nos encuentra, la mansión saldrá en todos los periódicos de sucesos.

—La casa tiene formas extrañas de jugar con su mente. No lo tome en cuenta. El alumbrado es antiguo. Hay que arreglar esa bombilla. —La señala—. Tómese un descanso. Bunky querrá desayunar.

—Gracias. —Asiento—. Mrs. Whitmore. —La llamo—. ¿Adónde llegan esas escaleras?

—A los tendederos del patio. Ya se los enseñaré luego. Su incorporación ha sido muy rápida. Vaya con el niño.

Me paso por la cocina, preparo una bandeja con fruta cortada, zumo de naranja recién exprimido y un vaso de leche caliente y subo hasta mi dormitorio. Brian está de pie, mirando a través de la ventana. Cuando se da la vuelta, le veo una gran sonrisa en el rostro.

—Mami, ¡ha venido papá!

9

EL AMOR NO SE BUSCA, LLEGA

Nath

Pasado…

Nunca sabes cuándo va a llegar el amor, no hay que buscarlo, aparece sin más, sin esperarlo. Y cuando lo hace, tampoco sospechas cómo va a ser, bonito, sincero, puro, o… un infierno. El corazón se acelera de la misma manera al principio. Después, con el paso de los meses o los años, es otro sentimiento el que me explotó en el pecho: el miedo.

Richard llevaba varias noches cenando en el restaurante, no se me acercaba demasiado, sin embargo, no dejaba escapar la oportunidad de que nuestras miradas se encontraran en el espacio. Me gustaba su insistencia. Que un hombre así se interesara tanto por mí me halagaba y de qué manera. No había podido terminar la carrera universitaria por el fallecimiento de mi padre. Tuve que ponerme a trabajar para ayudar a mi madre con la hipoteca de la casa; a ella no le hubiera gustado perderla. No me arrepentía, pero sentía que el precio que pagaba estaba siendo demasiado alto.

Aquel día lo acompañaba una mujer y… me puse celosa, aunque intenté que no se notara.

—¿Quién será? —musitó Brenda a mi lado, sin quitarles la vista de encima—. No disimules.

Yo colocaba vasos limpios en la cristalera.

—Me da igual.

—No te da, y por eso tu mejor amiga va a enterarse de qué hay entre ellos.

—Será su amante, o… su mujer. Sí, eso. Seguro que está casado y… —La envidia me corroía.

—No lleva anillo. Me fijé el primer día. Pareces nueva en esto.

—¿Qué más da? ¿Ya no te huele a peligro? —Me di cuenta de que el borde de una de las copas estaba manchado de algo y la volví de nuevo al lavavajillas.

—Parece que está interesado en ti de verdad. Quizá merezca una oportunidad.

Todos merecemos una oportunidad, esto decía mi madre una y otra vez para no dejar a mi padre. No fue un mal padre, no obstante se equivocó demasiadas veces, con ella y conmigo, pero, sobre todo, con él mismo.

Me sumergí de nuevo en mi tarea y, al terminar, cogí la bandeja y la equilibré en mi brazo para ir hasta la mesa que ya llevaba allí una hora y habían pedido unas copas de postre, pero Brenda me detuvo.

—Está más relajado que nunca —advirtió, desviando su mirada hacia Richard.

—Tengo que trabajar. —Me escapé y seguí haciendo mi tarea, hasta que otra hora más tarde el local se fue vaciando y terminamos sirviendo vino a los últimos clientes.

—Vamos a descubrir el pastel —indicó.

—¿De qué hablas?

—Recojamos las mesas, es la coartada perfecta para escuchar la conversación sin que se note.

—No puedo perder el trabajo. Y tú tampoco. —Puse dos posavasos sobre la barra.

Brenda colocó las manos en el filo de la madera y me miró con seriedad y los ojos achinados.

—Que comience el espectáculo —tiró de mí y me llevó hasta detrás de una planta.

—Estás loca —me quejé—. Y eres bipolar.

—¿Eso no es lo mismo?

—¡No! —grité, y me cubrí la boca de golpe.

—Recoge tú la de la derecha, yo la de la izquierda —ordenó, y yo acaté su orden como un corderito porque… la curiosidad y los celos, sí, eso, pudieron con mi cordura.

—Has cambiado desde que te fuiste de Milán —comentó la mujer. Richard sonrió.

—Hemos dejado pasar demasiado tiempo —respondió él con afecto.

—Y eso no puede volver a pasar. —Ella alzó una copa—. Brindemos por eso. —Él la imitó y brindaron.

Brenda me hizo un gesto desde la distancia para que disimulara mejor, porque me quedé como una estatua ante ellos. Carraspeé y fui hasta la barra cargada con vajilla, la solté y volví.

—Recuerda que este verano me has prometido un mes. ¡Un mes! No me lo creo —dijo la morena.

—Es una promesa. —Richard sonrió.

—Eres el mejor hermano mayor —la chica bebió de la copa y la vació.

—¡Es su hermano! —Leí la boca de Brenda. No gritó, pero el gesto fue igual.

¿Su hermana?

Un alivio reponedor me recorrió y los celos se desvanecieron tanto como mi presencia, o no, porque Richard me miró, sonrió y se levantó.

Mierda.

La mujer se inclinó para comprobar hacia dónde viraban los ojos de su hermano y asintió con mucha ternura.

—Y tú eres… —La morena se levantó y se presentó. Me quedé muda y ella lo tomó como un insulto hacia mí—. Oh, perdona, yo soy Martha Gadbury, la hermana de Richard. Creo que os conocéis…

—Me llamo Nathalie. Su hermano es un cliente asiduo.

—No me cabe la menor duda. —Me echó un vistazo y luego fue hasta su hermano, le dijo algo al oído y se disculpó—. Vuelvo enseguida. Tengo que hacer una llamada. —Nos dejó solos en medio de un salón casi desierto, a excepción de Brenda, que cotilleaba de cerca.

—Mi hermana ha venido a visitarme y quise que probara la comida, es exquisita.

—Por eso viene casi todas las noches.

—Vengo por algo más que un cordero perfectamente asado.

—¿El buen vino?

—Por ti, Nathalie. ¿Puedo tutearte?

—Ya lo hace. Es usted bastante atrevido.

—Llevo una semana tratando de que me concedas cinco minutos de tu tiempo. ¿Crees que podrá ser hoy?

—¿Va a dejar a su hermana sola en la ciudad? —La conexión entre nosotros hasta se palpaba, innegable.

—Sabe cuidarse… —Los dos sonreímos y… ese fue el segundo exacto en el que comenzó nuestra historia.

Una historia de terror.

10

UNA VISITA INESPERADA

Nath

Presente…

Brian sigue en pijama cuando entro en el dormitorio con la bandeja del desayuno en las manos. Se asoma a la ventana con el cabello despeinado, inocente, ajeno a lo que realmente pasa, a por qué estamos aquí.

Se gira y…

—Mami, ¡está aquí papá! —exclama, en un momento de alegría, señalando hacia fuera con una emoción desmedida.

Mi rostro se transforma y se arruga. Mi corazón se sacude en mi pecho y un huracán me tambalea.

—¡Papá está aquí! —Da saltitos.

Mi mundo se para en un instante. El horror se precipita por mi frente hasta los pies y me hiela. Mis manos, que sostienen la bandeja con firmeza, empiezan a temblar y mi visión se torna borrosa. La carga del desayuno se desliza entre mis dedos y choca contra el suelo con un estruendo que resuena en mi sien como un cañonazo. Los trozos de fruta se desploman y se esparcen por el piso simulando mis sesos.

Pánico.

Corro hacia la ventana y entorno la mirada para ver mejor a través del cristal, temerosa de lo que voy a encontrarme. Fuera, un elegante automóvil negro de alta gama y marca inglesa está

detenido fuera, justo frente a las escaleras que dan a la puerta principal.

Mi vientre se aprieta.

Es él…

No puede ser…

El coche luce familiar, demasiado familiar, pero un segundo más tarde y después de que un chófer abra la puerta, un hombre alto y elegante sale de él, portando un traje perfectamente confeccionado que le da un aire de autoridad y misterio.

Entrecierro los ojos y trato de discernir más detalles. Respiro cuando percibo que no se trata de Richard. Ya quisiera mi marido tener la elegancia del desconocido.

¿Quién eres?

Observo con atención mientras el hombre atractivo habla con el conductor, se despide de él y camina hasta la puerta con una calma inquietante.

Mrs. Whitmore irrumpe en el dormitorio y mi hijo y yo nos damos la vuelta.

—¿Qué sucede? —pregunta, con preocupación. Su mirada se desplaza hacia el desastre que ha dejado la bandeja caída.

Recupero la compostura y hablo sin delatar mi estado, aún con residuos de pánico.

—Lo siento mucho. Se me ha caído la bandeja —fuerzo una sonrisa—. No se preocupe, pagaré lo que se ha roto y lo limpiaré enseguida.

Ella me mira con el ceño fruncido, sospechando que no todo está bien, pero lo deja pasar.

—Hágalo ahora. Los accidentes ocurren. —Lee la inquietud en mis ojos, pero antes de insistir, se da la vuelta y se aleja.

—Mami, no es papá —gimotea. Me agacho para estar a su altura.

—Cariño, papá ya no está. Sé que es difícil de entender… —Una lágrima rueda por su mejilla y la limpio con la yema del dedo. No sé qué más decirle y lo abrazo—. Vamos, iremos a la cocina y te preparé tortitas con chocolate, ¿quieres? —Asiente con los ojos brillantes.

Le doy una ducha rápida, le pongo un pantalón y un chaleco de lana azul y bajamos las escaleras hablando de todo el azúcar que va a ponerle a las tortitas. Cuando llegamos al vestíbulo, escucho unas voces a nuestra derecha. Miro hacia allí un segundo y observo cómo Mrs. Whitmore habla con el señor elegante a unos metros. Él está de lado, sin embargo, como si nos sintiera, gira el cuello unos centímetros y el verde intenso de sus ojos se clava en mis ojos negros.

11

DRAGONES Y CASTILLOS

Nath

Presente…

Un bol de avena, tortitas, chocolate caliente y zumo de naranja. Me ajusto el pelo por detrás de los hombros y me permito disfrutar de este momento después de comprobar que mi hijo ha cambiado su semblante y juega con la cuchara como si fuera un avión. Un corte sepultado en la mesa llama mi atención, de forma alargada y tres centímetros que se gira al final. Percibo el olor a hierba fresca de fuera y miro hacia la ladera que se inclina hacia la casa. Alzo la mirada para deleitarme con la belleza del paisaje de fuera, pero la voz de mi hijo me reclama.

—Mami, mira, ¡es un dragón! —exclama animado, con las manos simulando que vuela.

—Pensé que era un avión —sonrío y cruzo los brazos.

—¡Es un dragón! ¡Y vuela hacia el castillo! ¡Ahora vivimos en un castillo! —Un mechón de pelo le cae sobre la frente y pienso que necesita un corte urgente.

Dedico una mirada pensativa a sus hoyuelos y a su preciosa boquita. Aparco las preocupaciones y abro un bote de miel para rociar una de las tortitas. Trato de dibujar un dragón sobre una de ellas, pero jamás se me han dado bien las manualidades.

—¿Es un conejo? —Frunce el ceño.

—¡Es un dragón! ¡Pero si hasta echa fuego por la boca! —Reímos.

Jugamos durante unos minutos y me parece sentir que caen gotas de agua en el fregadero, me levanto y voy a cerrar bien el grifo mientras Brian hace ruidos con la boca y gesticula. Doy un último sorbo a mi café y le pido que me ayude a recoger. La puerta se abre con un chirrido y Mrs. Whitmore entra con un traje negro diferente al de hace una hora.

—Aquí hay demasiado ruido —indica con las manos unidas y el mentón alzado, con una formalidad infinita.

—Siento haberla incomodado. Estábamos ordenando. —La presencia de Mrs. Whitmore me pone nerviosa, con sus normas y expectativas, me recuerda a alguien que deseo olvidar, pero eso no es todo, hay más y estoy a punto de averiguarlo.

Inclina la cabeza antes de continuar.

—He venido a informarle de que Lord Greystone ha adelantado la vuelta de su viaje y tendrá una conversación con usted mañana a primera hora de la mañana.

¿Lord Greystone?

El dueño de la mansión.

—¿Mañana? —No sé ni por qué pregunto eso. ¿Por temor? ¿Por qué no nos reunimos hoy?

—Así es. —Da un paso hacia mí y me clava la mirada—. Debe seguir algunas indicaciones para la entrevista, si quiere trabajar aquí —incide.

Me enderezo y supongo que la inquietud tiene que ver con mi pánico a que nos echen de este lugar. ¿Adónde iríamos?

—Por supuesto.

—Primero, —empieza—, no puede hablar sin que él le pregunte. Es esencial que mantenga el respeto que se le debe a su posición. Es miembro de la primera nobleza británica.

El estómago se me retuerce. Si algo he aprendido en estos últimos años es que la jerarquías tienen que ser respetadas aunque conlleven connotaciones negativas en muchas ocasiones.

Desobedecer tiene consecuencias, recuerdo las palabras de Richard.

—También debe recordar que no podrá sentarte hasta que él se lo indique.

Nada puede ser peor que la cárcel de la que vengo, pero la idea de estar de pie, recibiendo órdenes de un hombre poderoso, me hace sentir pequeña.

No es la misma situación.

—Haré lo que sea necesario —aseguro, pero una parte de mí duda si podrá hacerlo.

—Y, por último, debe marcharse solo cuando él se lo ordene. No puede tomar la iniciativa en este encuentro. Es fundamental que entienda la posición que ocupa en esta casa. —Su tono se ha vuelto más serio, y noto un destello de impaciencia en su mirada.

—No se preocupe.

—Ahora vaya a barrer los patios. El viento los ha cubierto de hojas.

Brian corre entre los árboles y no lo pierdo de vista mientras recojo las hojas y las meto en una bolsa. Hay un resalte rocoso detrás de unos arbustos que llama mi atención y camino hasta allí entre tierra tupida y piedras sueltas. Apostaría a que alguien las ha colocado en esta posición tan poco natural. Una pila de troncos perfectamente cortados contra una pared y una sierra sobre ellos.

—¡Mami! ¡Mira! —Mi hijo agarra una pelota y camina rápido hacia mí para enseñármela—. Estaba ahí detrás. ¿Puedo jugar con ella?

—No creo que sea buena idea. No es tuya.

—Pero… —Arruga la nariz—. Yo quiero jugar.

Un pitido se instala en mis oídos, raro, muy raro. Proviene de la casa. Me giro y busco entre las ventanas. Arriba, en una del ala derecha, está lord Greystone, de pie, mirándome, mirándonos; no se mueve, no se esconde. Me muestra su rostro serio y semblante superior.

—Deja que juegue. —La voz de Henry me distrae y me vuelvo hacia él. El pitido desaparece.

—No ha pedido permiso —toco tierra de nuevo, durante un segundo ha sido como si levitara.

—Te lo está pidiendo a ti —sonríe—. Toma, con esto no tendrás que agacharte a recoger las hojas. —Me da un instrumento de mango largo y unas pinzas al final—. Bunky, ¿qué te parece si me ayudas a dar de comer a los caballos?

—¿Caballos? —Mi pequeño abre los ojos y la boca.

—Si tu madre te da permiso —incide en sus palabras—, será un placer que me acompañes.

—Los caballos son peligrosos. Él no está acostumbrado a ellos.

—Jamás dejaría que le ocurriese nada.

Lo pienso y repienso.

Tendremos que estar aquí varios meses…

—Vale, pero… ten cuidado con él. Y… Br… Bunky, no te acerques demasiado. Haz lo que te indique Henry.

Se alejan y sigo con mi labor, pero ahora con el gancho que me ha dado el jardinero. El ruido en mi oído vuelve y mis ojos van hasta esa ventana, sin embargo, no está, ha desaparecido.

—Helena —Mrs. Whitmore me llama desde la puerta—. Venga, por favor. Es importante.

12

SUS DESEOS SON ÓRDENES

Nath

Presente…

—¿Qué desea, Mrs. Whitmore? —pregunto, a la espera de que me ordene que vaya a preparar el *brunch* porque el señor ha llegado hambriento, o algo parecido.

—Lord Greystone desea verla ahora.

—¿Ahora? —me sorprendo.

—¿Tiene algún problema? —Achina los ojos.

—Oh… No, no. —Agacho la cabeza y observo mis manos y pantalones manchados de arena.

—Lávese las manos y la cara. Lord Greystone odia la suciedad y la falta de higiene.

¿Falta de higiene? He estado limpiando un patio enorme.

Pues sí que tengo la cara sucia, pienso ya frente al espejo, en un pequeño baño tras las escaleras en la planta baja.

Abro el grifo y me enjuago bien después de enjabonarme.

Listo.

Sigo los pasos de Mrs. Whitmore a través de los inmensos pasillos, segunda planta, ala izquierda, esa a la que no debemos ir sin permiso. Paredes de piedra con una severidad antiquísima. Voy a encontrarme con el lord cuya sombra se cierne sobre esta casa; he tardado muy poco en percibir que todo gira en torno a él, normal, es

el rey y señor de este castillo. Un hombre de normas estrictas, un aristócrata cuyo carácter, al parecer, se asemeja a las frías zarzas del campo inglés: imponente y peligroso. Mi pasado, que no se ha ido, trae consigo los miedos que aún no tengo bajo control. Gritos y desdén, un amor que se tornó en horror. Pero aquí estoy, aprendiendo a levantarme, a renacer de mis cenizas aún calientes y haciendo malabares con la tensión que me produce la situación.

Nos detenemos frente a la puerta del despacho y el ama de llaves me recuerda lo que no debo hacer.

—Compórtese. —Se marcha.

Respiro hondo y llamo suavemente.

—Adelante —suena con frialdad.

Entro en un lugar ordenado y opulento que me ayuda a no hablar porque me deja sin palabras. Muebles de época, libros encuadernados en cuero, y un gran escritorio de roble oscuro. Pero lo que realmente me llama la atención es él, en la penumbra, lord Greystone, erguido como una estatua viviente. Lleva un traje que sostiene su figura y acentúa la dureza de su mandíbula. Cuando sus ojos, dos gemas heladas, se clavan en mí, el tiempo también se congela. La calidez brilla por su ausencia. Su mirada es como el acero, y me pregunto si este hombre sería capaz de calar en alguien.

—Puede sentarse —dictamina, y él hace lo mismo tras el escritorio.

Hago lo que me dice y sigue:

—No sé su apellido.

—Puede llamarme Helena —musito.

—Prefiero dirigirme a usted con el debido formalismo. —Su voz profunda y controlada, sin calor en su tono, solo precisión, y el orden en sus palabras me recuerda a las órdenes de mi marido y me estremezco.

—Prescott. Helena Prescott. —Me recupero.

—Bienvenida, señora Prescott.

—Señorita —le corrijo, y me arrepiento al segundo. ¿Corregir al lord?—. Gracias, es un placer trabajar para usted. —Mis manos permanecen atadas entre sí en un gesto de inseguridad que trato de sofocar.

—Necesito sus referencias profesionales —continúa sin ningún tipo de preámbulo, evaluándome como si fuera un posible producto que comprar.

—Eh… Sí, claro.

—No tengo tiempo para que me cuente dónde ha trabajo estos últimos años. No sé por qué no se me ha entregado su currículo. Dele el informe a Mrs. Whitmore y ella me lo hará llegar.

—Como usted indique.

—Espero que esté a la altura de las expectativas de esta casa.

—Haré todo lo posible para cumplir mis deberes de la mejor manera. —Combato la urgencia de mirar hacia abajo, de volverme invisible ante su juicio.

—Eso espero —responde, inclinándose un poco hacia adelante, tratando de leer más allá de lo que estoy dispuesta a mostrarle— ¿Qué tipo de comida prefiere preparar? —pregunta, y me sorprende que la conversación no trate sobre lo que él quiere que cocine.

—Creo que la comida debe ser tanto hermosa como deliciosa —respondo, asertiva, supongo. Él arquea una ceja, así que lo dudo durante un instante.

—¿Y cómo determina lo que es hermoso en la comida? ¿Es simplemente un capricho de la cocinera?

Hay una oleada de desafío detrás de sus palabras. Lucho por no retroceder bajo su mirada afilada.

—No, milord. Creo que la belleza en un plato radica en la armonía de los colores y la presentación meticulosa. Debe contar una historia en su disposición —trato de explicar, rememorando las palabras de la chef del restaurante en el que trabajé unos meses.

—Interesante perspectiva —dice con desdén en su expresión. No parece convencido. Y eso me enfurece.

—¿Qué le parecería un risotto con espárragos y limón? —me atrevo a sugerir.

Lord Greystone se queda en silencio unos instantes, escrutando mi rostro con una concentración casi inquietante.

—¿Esa es su elección para una comida principal?

El rubor se asoma a mis mejillas.

—No, por supuesto —me apresuro a corregir—. Es un acompañante. La comida principal debería ser un corte de carne, algo que satisfaga el apetito. Un estofado de cordero, quizás.

—Y esa es otra de sus recomendaciones entonces —me responde, tomando nota en silencio.

Lo miro, ansiosa. En su mirada no hay ningún indicio de satisfacción intelectual ni de aprobación. La tensión se acumula en el aire a medida que él continúa.

—¿Tiene experiencia con comensales exigentes? —me interroga.

Richard Gadbury.

—He trabajado en varias casas, lord Greystone. Cada una con sus propias expectativas —miento, intentando mantenerme serena—. Siempre he tomado en cuenta los gustos de los comensales.

—Espero que esté lista para cumplir con los míos —comenta a golpe de martillo—. No toleraré errores insignificantes. La calidad debe ser un estándar en The Whispering Manor.

Asiento, esforzándome en no mostrar mis nervios.

—Por supuesto. Estoy comprometida a dar lo mejor de mí.

—Debe saber que aquí tiene lugar un ciclo de respeto y disposición. Lo que importa no es solo la comida, sino lo que la envuelve —sus ojos parecen perforar los míos—. Espero que no me decepcione, señorita Prescott.

Asiento de nuevo.

—Haré que cada plato sea un reflejo de la dedicación.

—Así será. —Es más una orden que un acuerdo. Se levanta, y con ese movimiento, el aire entre nosotros se enfría aún más—. Recuerde, cumplir con las expectativas y las normas es esencial.

Normas y expectativas. Normas y expectativas. Tal vez me he equivocado de lugar. Yo buscaba libertad.

Se vuelve hacia la ventana, sumido en sus pensamientos.

—Gracias por su tiempo, lord Greystone —digo, intentando dejar una huella de amabilidad aunque la frialdad entre nosotros persista.

—Puede marcharse —responde sin girarse, pero antes de dar otro paso, su voz me detiene—. Intente que su hijo no ande por la casa. Prefiero no tener que verlo.

Al salir, me doy cuenta de que llevo muchos minutos sin respirar bien y cojo una bocanada de aire.

13

UN MUNDO NUEVO

Nath

Presente…

Dos semanas pasan rápido en un lugar tranquilo, aunque parezca extraño, pero para mí es algo nuevo e interesante. Brian estudia por las mañanas, yo le pongo deberes la noche antes y estructuro las asignaturas según me parece. Creo que lo hago bien. Ya he entendido cómo va la mansión. Me levanto temprano, preparo el desayuno y las comidas del día a primera hora, me cercioro de que lo que se termina se repone en una lista de la compra, bajo al sótano a planchar y doblar la ropa, barro los patios y limpio el polvo de algunas estancias de la mansión; lo hago por partes, esto es muy grande.

Paseo por el primer piso, por donde se me permite, con un plumero en la mano. Encuentro una de las puertas un palmo abierta, que hasta ahora siempre ha estado cerrada a cal y canto. Miro hacia ambos lados y compruebo que ni el mayordomo ni el ama de llaves me observan y me cuelo unos centímetros dentro.

Oh, Dios mío…

Es una biblioteca. No conocí la de Alejandría, solo sé de ella por los libros de historia, pero tiene que asemejarse en demasía. Enorme.

Y dormida desde hace décadas.

La penumbra de la habitación se ilumina con la luz filtrada por una claraboya en el techo y solo dos ventanas con cortinas traslúcidas y verdes. Las estanterías de madera oscura se alzan hasta el techo, repletas de volúmenes encuadernados en varios colores, algunos antiquísimos, con sus lomos brillando como joyas olvidadas en un desván abandonado. Hay tomos cuya superficie yace cubierta por una pátina de polvo, encerrados en una prisión literaria.

Huele a papel envejecido y a madera. Páginas amarillentas, globos terráqueos y mapas de exploraciones pasadas en cuadros en las paredes. Una mesa enorme en el centro de la sala. Sobre ella, hay una lámpara de bronce que da luz a libros abiertos y plumas de distintos tamaños que reposan sobre su tapa. Un enorme sillón de cuero, desgastado pero acogedor, que invita a dejarse caer en sus brazos y perderse en la lectura.

Mis dedos recorren con la yema el filo de los libros y la textura de las encuadernaciones. De pequeña leía a menudo, después dejé de hacerlo y ahora me arrepiento. Richard no me lo permitía. Es curioso, abandoné muchas de mis distracciones porque a él le molestaban. Sigo perdida en ese mundo cuando el murmullo de mis pensamientos se ve interrumpido por el sonido repentino de unos pasos. Levanto la vista y veo a lord Greystone a pocos metros de mí. Su expresión de desaprobación me indica que soy una intrusa en un santuario privado.

—¿Qué hace aquí?

—Yo… —Comienzo a temblar.

—¿Quién le ha permitido la entrada a la biblioteca? —pregunta con autoridad, y retrocedo un paso, asustada y a la vez fascinada por la intensidad que irradia.

Mi corazón se acelera y, tras un breve instante de titubeo, respondo con valentía.

—Nadie me dijo que esta zona fuera prohibida, milord. Simplemente… me atrajo la calma y la belleza del lugar —mi voz tiembla ligeramente, pero mantengo la mirada fija en la suya.

Una sombra de sorpresa se asoma a su rostro, pero enseguida es reemplazada por la seriedad que le caracteriza. Es muy guapo, guapísimo, muy elegante, alto y perfecto, demasiado, diría yo.

—No es un lugar de merodeo —me reprende, pero hay algo en su tono que no es del todo hostil. Me doy cuenta de que hay curiosidad

detrás de su mirada severa.

—He llegado por casualidad, estaba… —alzo el plumero— limpiando el polvo. Y… me encanta la lectura. No esperaba encontrar esto. Una colección envidiable —confieso.

—¿Le gusta leer? —su frialdad se aleja por el momento.

—Sí…

—¿Cuál es su género preferido?

Me asombra que se interese por mis predilecciones en la literatura.

—Me gustan las novelas históricas, los clásicos, especialmente aquellos que narran hazañas de personajes fuertes. Pero también disfruto de los poemas, su belleza puede atraparme por horas —le digo, sintiéndome más segura en esta conversación inesperada.

—Interesante —murmura, evaluando mi respuesta. Y su voz se torna más suave—. Está bien. Puede hacer uso de la biblioteca, pero asegúrese de dejar todo en su sitio y no alterar el orden.

Mis ojos se iluminan ante su permiso.

—Gracias, milord. Prometo ser cuidadosa —respondo, como una niña que acaba de recibir la llave de un mundo mágico.

A medida que él gira para marcharse, me detengo un instante, y algo en mí se siente impulsado a preguntarle.

—¿Le gustan los libros también, milord? —mi curiosidad me empuja a romper el silencio que vuelve a establecerse entre nosotros.

Se detiene a medio giro, y una leve sonrisa, casi imperceptible, asoma en sus labios.

—Es más complicado de lo que parece —dice con una seriedad velada—. La vida a menudo exige más de lo que la palabra escrita

puede ofrecer. Sin embargo, hay momentos en los que la lectura resulta una parada necesaria.

Con esas palabras, y antes de que pueda formular una respuesta, se marcha, dejándome sola nuevamente entre estanterías llenas de historias. Su figura se desdibuja en el pasillo, pero sus palabras permanecen resonando en la habitación.

No ha respondido a mi pregunta…

—Supongo que, si tiene esto, es que le encantan… —musito y sonrío. Busco un libro para llevarme y me topo con una pared completa cargada de libros infantiles—. ¿Para qué quiere…? — Recorro cada uno de ellos y encuentro una edición especial de *El viento de los sauces.* Tiene la cubierta de lino desgastado, adornado con intrincados grabados de hojas y sauces. El dorso presenta el título pintado y el borde de las páginas están amarillentas. Ilustraciones realizadas por Arthur Rackham dan vida a los entrañables personajes de esta fábula que habla de la amistad, la aventura y la búsqueda del hogar.

Búsqueda del hogar… Nuestro hogar. Uno nuevo y que se ilumine durante el día y la noche.

14

UN CASTILLO EN EL FIN DEL MUNDO

Nath

Presente…

Tres semanas.
Tres semanas desde que hui del infierno.
Tres semanas en este castillo en el fin de mundo.

Ayudo a Brian con los deberes después del almuerzo en la cocina mientras friego la vajilla y barro el suelo. Al fondo del pasillo se escuchan unos pasos acercándose. Mrs, Whitmore.

—Helena, por favor —me llama.

Limpio mis manos en el delantal y me yergo para hablar con ella. Hoy es la cena del lord y mi oportunidad para demostrar que puedo encajar en esta casa.

—Vamos a preparar la mesa para la cena. El Lord espera que todo salga como la seda —dice, indicándome que la siga.

Doy un beso a Brian en la frente y le pido que siga estudiando y se porte bien antes de marcharme. Tropiezo tras ella mientras avanzamos hacia el comedor, un espacio impresionante con tapices antiguos adornando las paredes.

—Este salón solo se utiliza para eventos importantes, por eso no lo ha visto antes —explica ante mi reacción—. Yo me encargo de él. El lord solo confía en mí.

¿Viene a cenar la corte de Buckingham Palace?

—¿Qué tan importante es esto? —pregunto en voz alta.

Maldita sea.

Mrs. Whitmore se detiene y me mira con seriedad.

—Es crucial, Helena —responde, como si hablar de ello pudiera hacer que entienda la magnitud del asunto—. Cada detalle cuenta. Los invitados de lord Greystone deben salir impresionados, no solo satisfechos.

Ella me guía hacia una mesa larga y elegante, cubierta con un mantel blanco impoluto. Empieza a desdoblar los cubiertos con precisión, colocándolos de manera meticulosa.

—Primero, los cubiertos. Los cuchillos van a la derecha del plato, con el filo mirando hacia el mismo. Los tenedores a la izquierda. ¿Lo ves? —me dice y señala con la paciencia de una abuela que enseña a su nieto.

Lo sé. Con Richard tenía que estar todo medido al milímetro.

—Sí, lo veo —asiento.

—Luego, el plato. Debe estar perfectamente centrado en la parte inferior del cubierto. ¿Puedes hacerlo? —pregunta, mientras sigue organizando el lugar con una mirada cautelosa.

Me tomo un momento para imitar sus movimientos, posicionando el plato.

—¿Está bien así? —pregunto, como si no lo supiera.

—Necesitas asegurarte de que esté a una distancia de aproximadamente tres centímetros de los cubiertos. Prueba de nuevo —me corrige, y puedo sentir la tensión en su postura mientras me observa.

Lo rehago, midiendo mentalmente la distancia con el pulgar y el índice.

—Bien, eso está mejor —asiente, y hay un ligero destello de aprobación en sus ojos.

—¿Y las copas? —interrogo, observando la estantería llena de cristalería brillante.

—Necesitamos tres por comensal. Una para agua, otra para vino tinto y una para vino blanco —explica, señalando con un gesto. Luego, se acerca a la estantería y comienza a seleccionar la cristalería con cuidado, como si estuviera eligiendo joyas.

—No deberías usar las copas más grandes para el tinto, ¿verdad? —me atrevo a sugerir, recordando a mi exmarido.

—Exactamente —exclama—. Parece que ya has estado aprendiendo algo sobre etiqueta. Muy bien, coloca la copa de agua frente al plato, seguida de la de vino tinto, y finalmente la de vino blanco. Deben estar alineadas. Ve más rápido, Helena, tenemos poco tiempo —me apura.

Con rapidez, sigo sus instrucciones, sintiendo la presión aumentar a medida que el tiempo avanza. Las mariposas en mi estómago danzan cada vez más, pero no me detengo y sigo organizando todo.

Mientras coloco la última copa, Mrs. Whitmore da un paso atrás y observa su trabajo.

—Ahora, únicas servilletas. Deben llegar al lado del tenedor, perfectamente dobladas —murmura, siguiendo con la mirada cada detalle.

—¿Hay algún tipo de doblado especial que deba hacer? —pregunto, sintiéndome algo perdida.

—Podemos hacer un simple triángulo. Lo importante es que se vea limpio, así que debes plegar cada servilleta con cuidado —responde, mostrándome el movimiento justo. Yo imito su acción, tratando de mantener la calma.

Con el paso de los segundos, la mesa comienza a tomar forma. Mrs. Whitmore hace un repaso final.

—Perfecto. Por último, pero no menos importante, los candelabros. Necesitamos adecuar la iluminación —dice, y se dirige hacia los candelabros en la mesa lateral, seleccionando velas blancas meticulosamente.

Las enciende una a una, y la luz cálida baña el comedor, creando un tenue resplandor que contrasta con la dureza de la madera oscura y el mantel blanco.

Con una última inspección, Mrs. Whitmore asiente satisfecha, y se aleja para supervisar la cocina. Quedo sola en el comedor, admirando el resultado. La mesa está dispuesta de manera perfecta, y aunque el nerviosismo aún burbujea en mí, hay un destello de orgullo en lo que hemos logrado juntas, convirtiendo un simple espacio en un escenario digno de una cena privada de un lord.

De nuevo, como otras veces desde las últimas semanas, siento que alguien me observa, unos ojos sobre mí. Miro hacia un lado y hacia otro sin encontrar a nadie; giro el cuello hacia el pasillo y la oscuridad de este llega hasta mí. Respiro y camino hasta la cocina, donde los preparativos de la comida me esperan.

15

COMO DICTAN LOS ESTÁNDARES

Nath

Presente…

Preparo los platos en la cocina, rodeada de salmón, zanahoria glaseada y romero picado. Karen entra con porte rígido y me saluda brevemente.

—Recuerda que el lord prefiere todo tal como lo dictan sus estándares.

—Claro —contesto, ocultando mi inquietud. El ama de llaves desaparece de nuevo tras un movimiento de cabeza.

Tengo que agradarle.

Organizo los platos y mi mente divaga hacia noches oscuras y susurros que rasgan mi autoestima. Richard era un hombre posesivo y controlador, y ni mi mente ni mi cuerpo han sanado aún; las cicatrices siguen presentes y palpables. Por esto, las expectativas hacen sentirme vulnerable y el miedo no se desvanece nunca.

Lo que se espera de mí…

Me tranquiliza estar aquí encerrada y que el lord no desee verme en el salón. De pequeña me escondía en el armario de mi dormitorio cuando había tormenta, y esta cocina se ha convertido en un armario lleno de luz.

—Helena, venga aquí. Necesito que me ayude a llevar los platos a la mesa —dice con un tono que deja poco espacio a la réplica.

—Pero…

—Vamos, lord Greystone lo ha ordenado —indica, y alzo las cejas unos milímetros. Apoyo mi peso en la encimera de mármol y me preparo para estar a la altura del inminente encuentro.

La presión aumenta en mi pecho conforme andamos, yo detrás de ella. El lord está sentado a la cabecera de la mesa y sus tres invitados conversan animadamente. El nudo de mi estómago se aprieta cuando percibo que sus ojos me examinan mientras coloco los platos delante de cada uno de ellos.

Lord Gresystone corta un trozo de pescado y se lo lleva a la boca.

—El salmón no está bien sazonado —me sermonea alzando el mentón.

—Milord, he seguido la receta al pie de la letra —respondo en voz baja ante la mirada acusante de Mrs. Whitmore y el silencio inmediato de los invitados,

Trago con dificultad y estoy a punto de caer redonda al suelo.

—Para mí está perfecto —interrumpe una de las dos mujeres, afroamericana y muy elegante, y sonríe.

—Quizá le sobra asado —comenta la otra, rubia y tez blanca.

—En su punto, me gusta —argumenta el hombre de pelo rizado.

Bromean y ríen durante unos segundos entre ellos sobre cómo hay que cocinar el salmón cuando ninguno de ellos se habrá acercado al fuego en su vida y lord Greystone…

—Sirva más vino, por favor —deja pasar mi agravio y me dispongo a servir el vino. Los nervios hacen que se me escape una copa y el líquido brota y salpica el hombro del lord.

Me congelo en el lugar. Las risas entre los comensales cesan y un silencio pesado se desliza entre todos. Los recuerdos de mi pasado vuelven y…

No pierdas el control…

Me apresuro a buscar una servilleta y limpio rápidamente el vino sobre el traje del lord.

—Oh, lo siento muchísimo, lo siento —murmuro, y mis palabras se atropellan a toda prisa.

Lord Greystone me mira con sorpresa y desdén y una corazonada me pide que no espere una respuesta y me vaya. Giro sobre mis

talones y corro con el miedo enredándose a mi cuello como una serpiente y ahogándome.

Me encierro en la alacena y trato de respirar, pero el aire se niega a llegar a mis pulmones. Pego la espalda a la pared y unos botes se mueven y hacen ruido, pero no logro detenerme; tiemblo y uno de ellos cae al suelo y se rompe en pedazos.

—¿Helena? ¿Helena? —escucho cómo Mrs. Whitmore me llama al otro lado—. ¿Helena? ¿Está bien? —Empuja la puerta y me encuentra en medio de un ataque de pánico. Casi no la veo, una nube de polvo se instala entre nosotros. Ella me agarra y me empuja hacia delante. Lo siguiente de lo que soy consciente es que me da un vaso de agua y me obliga a beber—. ¿Está mejor?

—Yo… Yo… —Mis manos se mueven compulsivamente y no logro articular palabra.

—Siéntese. —Me arrima una silla y me obliga a tomar asiento—. Tranquilícese. Ha cometido un error, pero no se ponga así… —Sigue hablando, sin embargo, dejo de escucharla.

¡Eres una inútil! ¡No sabes hacer nada!

Es la voz de Richard la que se instala en mi mente y lo invade todo, absolutamente todo.

—Descanse. Yo me encargo del salón. Prepare el postre cuando se recupere y recoja la cocina —me asigna. Yo asiento y me termino de beber el agua.

Dos horas más tarde, guardo la vajilla en el mueble después de secarla con un trapo limpio, apago la luz y me dirijo al vestíbulo para subir al primer piso y acostarme. Peldaño a peldaño, con cada pisada rememoro lo ocurrido dos horas antes, sus ojos sobre los míos, el vino cayendo sobre la chaqueta de su traje, el fuego en mi garganta, cómo las paredes de la mansión se cerraban a mi alrededor y ahora hacen lo mismo mientras asciendo. Me agarro la falda y respiro una y otra vez. Un, dos, tres. Cuando llego al último

escalón veo el corredor de la derecha, pero una sombra me obliga a detenerme.

—Uhhh… —Me llevo las manos al pecho y me asusto.

No es un fantasma.

No es Richard.

Es Lord Greystone en la puerta de la biblioteca con una expresión en el rostro que no logro descifrar.

—Señor, yo… yo… —Su presencia se agranda, es como si el castillo fuera una extensión de él. Postura recta y una mirada que atraviesa mi alma.

—Mrs. Prescott —su voz resuena en las paredes.

—Disculpe, lord Greystone…

—¿Está bien? —Me sorprende su pregunta. A pesar de la incomodidad de la noche, hay algo que consigue calmarme.

—Sí, milord —respondo con un hilo muy fino de voz—. Siento lo ocurrido. Me afanaré en limpiar su traje.

Él no dice nada, solo me mira, y me atrapa en esa mirada. Da un paso hacia mí y el corazón se me detiene… Y no de miedo.

—No se preocupe, es solo una chaqueta. ¿Por qué reaccionó así? —No hablo—. Me lo ha contado Karen. Es su deber. No se lo tenga en cuenta.

Todo es su deber.

La ha llamado por su nombre de pila. La relación con ella no es tan formal.

—No es algo de lo que deba avergonzarse.

—De verdad, no quise… —Apago mi voz al notar que se acerca más, muy despacio, asegurándose de que se lo permito, como si

tuviera que hacerlo, no obstante, hay algo en sus movimientos que parece entenderme, sabe lo que necesito.

—Lo sé. No fue su intención.

—¿Va…? ¿Va a despedirme? —No parpadeo. Ahora puedo oler su perfume.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque no he cumplido con las normas de esta casa.

—Que son…

—Perfección y orden.

—Derramar vino no es un crimen imperdonable.

—Sí para Mrs. Whitmore —susurro. Me atrevo a observarlo y mi corazón se tranquiliza, late más suave. Los rasgos de su rostro están marcados por la nobleza, pero hay algo más escondido tras la dureza y la oscuridad de sus ausentes líneas de expresión—. Le prometo que no volverá a ocurrir. No cometeré más errores.

—Los errores nos hacen humanos. —También hay algo oculto tras sus palabras—. Por favor, acepte mis disculpas si fui yo quién provocó su estado de ansiedad. No lo hice a propósito.

¿Me está pidiendo disculpas? ¿He escuchado bien?

—No fue usted, milord. No me encontraba bien; eso es todo.

Y otra vez, encuentro algo diferente en cómo me mira y en lo que me hace sentir, me atrae hacia él. De alguna manera siento que compartimos un rincón oculto en el mundo. El mío es su castillo, el suyo no lo adivino.

—Milord…

—Puede retirarse. —Lee mi mente. Justo antes de abrir la puerta de mi dormitorio…—. Buenas noches. —Miro hacia atrás.

—Buenas noches, milord. —Entro y cierro. Parpadeo dos, tres veces, y me cercioro de que Lord Greystone ha sido amable conmigo.

No ha sido una alucinación ni un sueño.

Brian duerme en mi cama. Voy hasta él y tropiezo con un juguete tirado en la alfombra. Es un oso de peluche que nunca antes había visto. Me agacho a cogerlo y lo observo de cerca.

¿De dónde ha salido esto?

16

LO QUE ES AMOR Y LO QUE NO

Nath

Pasado…

Richard y yo comenzamos a salir y nos casamos demasiado pronto. Con él siempre fue demasiado, todo, lo bueno y lo malo. Cuando estaba bien, llamémoslo así, era un magnífico hombre, salíamos a cenar y disfrutábamos de las noches de Londres, me trataba con respeto y cariño y me adoraba; cuando llegaba estresado, se convertía en un monstruo, pero para ser fiel a nuestra relación, me di cuenta demasiado tarde. Al principio, ese hombre que me esperaba al salir del restaurante y me llevaba a casa era encantador, un caballero que siempre sabía cómo sacarme una sonrisa. Pensé que el destino nos había unido y que juntos hacíamos magia.

Richard Gadbury, considerado y cariñoso, me sorprendía con regalos, palabras de aliento cuando estaba cansada y miradas que me hacían sentir única en el mundo.

—Eres una mujer muy fuerte y que brilla con luz propia —me repetía a menudo, y llegué a creer que había encontrado un amor sincero y profundo, lejos de lo que tenía con Jared.

Con los días, mis sentimientos fueron creciendo, al igual que su deseo de formar una familia conmigo. Cuando me propuso matrimonio, solo dos meses después de conocernos, me alegré tanto que no pude negarme. Salté de alegría y le dije un gran y seguro sí. Aquello fue una promesa y, aunque dudé si estaba lista para el compromiso, él me convenció de que juntos podríamos enfrentarlo todo.

Sin embargo, nuestro amor pronto se volvió opaco. Quise pensar que los cambios eran fases, partes de la vida de unos jóvenes recién casados, pero cada vez que llegaba estresado por el trabajo, la atmósfera de la casa cambiaba. Sus dulces palabras se tornaban lanzas que se clavaban en mi pecho.

—Nathalie, ¿puedes hacer algo bien?

Estalló una noche porque había olvidado un ingrediente en el guiso, uno que llevaba dos horas cocinando para darle una sorpresa por nuestro segundo aniversario de boda.

—¿Lo has hecho a posta? —Se quejó y me atacó verbalmente—. No sabes hacer nada. —Fue una crítica afiliada y dolorosa—. Eres una inútil.

Le dije que estaba embarazada y su forma de tratarme mejoró un poco, hasta que se convirtió en algo normal levantarme la voz y prohibirme hasta beber refrescos porque podrían hacerle daño al bebé. Cualquier situación le valía para insultarme y hacerme sentir de menos. Un plato mal presentado, una cama con arrugas, una camisa mal planchada, una percha mal colocada, una mota de polvo sobre su escritorio. Los reproches eran constantes y me guardé mi incomprensión durante más de un año porque, además, Richard se excusaba en que yo era demasiado sensible. Y yo me lo creí.

Preparé velas y una cena con su receta favorita, me puse un vestido rojo, su preferido, y lo esperé con una sonrisa y una botella de vino abierta. Brian se quedó a dormir en casa de mi madre aquella noche. Empezó bien, pero cuando vio el vino…

—No puedo creer que no sepas lo que me gusta después de todo este tiempo —ladró al ver la botella.

—Yo… He elegido la mejor…

—Tampoco sabes de vinos. —Se levantó, me dejó sola en medio de la cena, se puso la chaqueta y se fue. Llegó a altas horas de la madrugada, aunque yo hubiera preferido que no apareciera. Intentó

que nos acostáramos, pero me hice la dormida y conseguí que su boca no tocara la mía.

Seguí esforzándome por mantener la armonía.

Es solo una racha. Tiene mucho trabajo.

No obstante, me desesperaba y los espacios vacíos que Richard dejaba no los llenaba con otra cosa que no fuera mi hijo. Él me salvó en muchos momentos de esos años oscuros que pasé con Richard. Yo no era su esposa ni su compañera, sino una sombra que hacía lo imposible por encajar en los recovecos de la vida de un hombre que una vez me había prometido el cielo.

—Tienes que dejarlo, Nath. No lo ves, pero no eres la misma —me pedía Brenda cuando nos veíamos, muy de vez en cuando, porque Richard tampoco quería que quedáramos. Me apartó de mi círculo más cercano. Hasta dejé de visitar a mi madre.

Me desdibujé y dudé de mi propia valía.

Pasaron meses y años, y el amor que sentía por él se transformó en una lucha continua de mi propia identidad. Mi amor propio desapareció. Vivía para complacerlo, trataba de evitar su ira, y cada vez que él aparecía me perdía a mí misma.

Me ahogué en mi deseo de ser la esposa perfecta en un matrimonio que tenía que salir bien.

Pasaba las tardes mirando la pared y preguntándome cuándo había cruzado la línea de la devoción al sacrificio, atrapada en unos grilletes construidos con reproches, insultos velados y malas caras. La tristeza se convirtió en una compañera constante y acepté que mi destino era inevitable.

Richard tomaba un baño mientras yo hacía la cena con música de fondo. Él debió gritar y llamarme desde el aseo, pero el piano no me dejó escucharle. Llegó hecho una furia porque no le había dejado la toalla sobre el lavabo y fue entonces cuando el verdadero monstruo

salió para agarrarme y meterme en su infierno. Levantó el brazo y me dio una bofetada que me giró la cara. Me quedé petrificada. No la esperaba a pesar de las señales. Jamás lo había hecho antes. Me palpé la mejilla, caliente, y mis ojos se llenaron de lágrimas. Ni me pidió disculpas. Se sentó a la mesa, cenó conmigo a su lado muerta de miedo y se acostó porque cogía un avión de madrugada.

Y fue ahí cuando el terror se adueñó de mi vida.

17

PRIMERAS SONRISAS

Nath

Presente…

Brian no está a mi lado cuando me despierto el viernes por la mañana, pero ya no me asusto como antes. Me doy una ducha y vuelvo al dormitorio envuelta en un albornoz que Karen me dio ayer. Cuando tiro de la hoja del armario veo unos diez vestidos nuevos colgados de las perchas. No me da tiempo a preguntarme de dónde han salido. La voz de mi hijo a través de la ventana llama mi atención y me asomo. Juega en el patio con un balón nuevo junto a Henry. Me visto con una blusa verde y una falda marrón y bajo hasta la parte de atrás. Brian ha desaparecido y pronto me dan su ubicación exacta.

—Está en la biblioteca, con su tutora —explica Mrs. Whitmore bajo la pérgola.

—¿Tutora?

—Ahora tiene una educadora. Un niño de su edad debe asistir a clases. El colegio está lejos. Una profesora vendrá cada mañana de lunes a viernes durante cuatro horas.

—Pero yo… No puedo pagarlo.

—Nadie se lo ha pedido. La ha contratado el lord. —Coge una cesta cargada de ropa y la deja sobre la mesa—. Es para planchar. Después, vaya a las caballerizas. Henry necesita su ayuda.

—Pero…

—Desayune, no vaya a casi desvanecerse de nuevo. —Se marcha y me deja con la palabra en la boca.

¿Lord Greystone ha contratado una maestra para mi hijo?

Sonrío sin controlarlo, una sonrisa corta y medida, y escucho a lo lejos un aullido espeluznante que me eriza la piel. Achino los ojos y distingo pisadas aceleradas y un bulto borroso. Doy un paso atrás, me tropiezo con el escalón y caigo de culo sobre el mármol. De repente, un perro comienza a lamerme la mejilla. Un Old English Sheepdog, grande, peludo y bonachón. Tiene el pelaje desordenado y espeso, gris y blanco y un flequillo que le cubre los ojos y le da un aspecto simpático y algo torpe, aunque seguro que es muy listo. Una bola de lana rodando.

—Eh, ¿de dónde has salido? —Le froto las orejas y el lomo con afecto y una amplia sonrisa—. ¿Cómo te llamas?

—¡Joey! ¡Joey! —Henry corre hasta nosotros—. ¡Helena! Menos mal que eres tú. Si lo ve Mrs. Whitmore, lo echa a patadas.

—¿A este cielo? —Sigo jugando con él.

—Para ella es el infierno. —Él también sonríe.

Me levanto y me limpio la falda.

—¿Esta monada?

—Una vez se comió su desayuno.

Me hace soltar una carcajada y es liberadora. Algo nuevo y reconfortante.

—¿Es tuyo?

—De mi padre. Voy a llevarlo al veterinario esta tarde. ¿Quieres acompañarme?

—No sé si debería…

—Es viernes. Has trabajado día y noche desde hace dos meses. Te vendrá bien desconectar. Mrs. Whitmore lo entenderá.

—No es ella la que me… —Nuestra conversación no es brusca, sino amigable y confiada.

—Greystone no está y…

—¿Cómo lo sabes?

—Salió al alba. Siempre que sale al amanecer tarda en volver al menos una semana.

—De todas formas, se lo comentaré a Mrs. Whitmore. Tendré que llevarme a Bri… Bunki. —Un lapsus que espero haber corregido a tiempo.

—Le encantará el paseo. —Alza una mano, el perro va hasta él y se detiene a su lado—. Buen chico. Vamos, te has ganado un *brunch* de frutas. Hasta luego. —Se despide de mí.

Mi sonrisa, mi risa ha sido pequeña, pero visible, ha tenido ruido, brillo y testigos. Un gesto que ha nacido sin permiso, como una flor que brota en la grieta de un muro.

He sonreído, y soy consciente ahora, un rato después, de verdad.

Me quedo quieta, como si hubiera hecho algo prohibido. Me llevo los dedos a los labios, comprobando que ha ocurrido. Una sonrisa de raíz, que ha salido de dentro, donde estaba escondida. De un lugar en el que he pensado que Richard había arrasado para siempre. Porque cuando te rompen durante tanto tiempo, aprendes a esconderte incluso de ti misma. Te acostumbras a apretar los dientes para no llorar, a bajar la mirada para no provocar, a quedarte quieta para no ser más culpable. Y en medio de todo eso… olvidar que alguna vez supiste sonreír. Pero hoy, por un segundo, la vida me ha rozado de nuevo. Un recuerdo. Una mirada amable. Una voz que no duele. Y en ese instante, he sonreído. No por lo que tenía. Sino por lo que ya no tenía encima.

Porque él ya no está.

Y yo sí.

Y esa sonrisa, aunque pequeña, quizá sea la primera señal de que estoy regresando. A mí. A la mujer que fui. O quizás… a una mucho más fuerte.

***

Brian y yo subimos al coche mientras Henry mete bártulos detrás de la furgoneta. Joey se posiciona en la parte trasera con mi hijo y abrocha a los dos con los cinturones y se acomoda tras el volante.

—¿Estáis preparados? —Arranca el motor—. Eldridge no está muy lejos. —Salimos de la finca y recorremos el camino. Giro el cuello y Brian juega con Joey y le da una galleta.

—*My ángel,* Joey no debe comer dulces —le regaño.

—Déjalo, por un poco de azúcar no pasa nada. Pero solo un poco. —Mira por el retrovisor y sonríe—. Espero que tengas ganas de escuchar música.

—Oh, está bien así. Me gusta el sonido del viento.

—No me refiero a ahora. Hoy tocan en The Cozy Nook.

—Es la cafetería de Tracy.

—¿La conoces?

—Ella me encontró este trabajo.

—Algunos viernes toca un grupo, Los Bro Rovers. Mi amigo Tom es el vocalista. Os puedo traer de vuelta antes de pasarme. No tienes que venir, pero te vendía bien ver caras nuevas.

—Yo no quiero…

—No es una cita. Tranquila.

—¿Y Bunky?

—También está invitado. Habrá gente de todas las edades. Esto es muy pequeño. Las reuniones son familiares.

—Está bien. —Me convence.

Al llegar al veterinario, Henry habla con el profesional mientras yo me ocupo de Joey y Brian le acaricia la cabeza. La consulta es breve y el veterinario, un hombre de aspecto amable, le asegura que Joey está en perfecto estado de salud y que solo necesitaba una vacuna.

Con la misión cumplida, nos dirigimos a Pembroke, en concreto al bar de Tracy. Subidos a la ruidosa furgoneta, nos detenemos frente al edificio ya anocheciendo. Las risas irrumpen en cuanto alguien sale y se abre la puerta. La camaradería es evidente entre las personas de la localidad, conocidos y amigos que comparten una cerveza felices al concluir una semana de trabajo intensa en las granjas de alrededor. Henry saluda a varios de ellos con palmadas de manos y cortos abrazos.

—Vamos. —Nos guía hasta la barra, donde Tracy nos sonríe en cuanto nos ve.

—¡Hola! ¡Qué alegría veros por aquí! —Bunky se sube a una banqueta conmigo a su espalda—. ¿Qué tal os va en The Whispering Manor? —me pregunta a mí—. Henry, ¿cómo está tu padre?

—Recuperándose.

—Salúdalo de mi parte. —Nos pone unos refrescos y me preocupo.

—No quiero inmiscuirme, pero… ¿qué le pasa a tu padre? ¿Está bien?

—Una operación de espalda. Se cayó del tractor hace cuatro meses.

—Lo lamento.

—Gracias… —Un hombre con tatuajes le sorprende por la espalda y se dan un abrazo.

—Eh, tío. Ya pensaba que no vendrías. Creí que también habías muerto en ese castillo. —Henry fuerza una sonrisa—. Tom está ansioso por verte. Vamos. —Tira de él pero se detiene un segundo.

¿Alguien ha muerto en el castillo?

—Eh… John, te presento a Helena, una amiga.

—¿Amiga? —El hombre alza las cejas.

—Es la nueva cocinera en Whispering. —La información repercute en su rostro y ahora achina los ojos.

Una música muy fuerte comienza a sonar y la multitud se reúne alrededor del improvisado escenario. Brian salta con energía y no evito sonreír al verlo. Tracy nos trae las bebidas y se queda a mi lado.

—Ese es Tom —me indica la dueña del bar. El susodicho sube al escenario y los presentes estallan en aplausos y vítores. Toca una melodía muy animada con una guitarra eléctrica y la gente se mueve a su ritmo—. La música une al pueblo —comenta, y alguien la llama desde la barra—. Son unos pesados. Voy a poner cerveza.

—¿Lo pasas bien? —me pregunta Henry con Brian sobre los hombros y dando saltos.

—Mucho. Gracias por invitarnos. —Sonrío, y acepto otra cerveza que me ofrece. Al llevarme el cuello a la boca, un escalofrío recorre mi interior.

Observo a Bunki animado, pero cuando alzo la mirada hacia un grupo de hombres al fondo, mi corazón da un salto.

18

EL PASADO SE HACE PRESENTE

Nath

Presente…

Música muy fuerte.
Demasiada gente.
Y una sombra al fondo, entre la multitud.

El miedo te paraliza, detiene hasta el ruido; solo escucho mi corazón latir como si fuera la cuenta atrás del lanzamiento desde un avión de una bomba atómica.

Al principio creo que es una ilusión, como esas que ya he tenido, que solo duran un segundo, pero no, esta sigue ahí, mirándome, con una chaqueta oscura que desentona con el lugar.

—No… No puede ser… —murmuro, ante un fantasma que se hace de carne y hueso.

Me pongo muy nerviosa y retrocedo un paso. Me quedo atrapada entre el deseo de confrontarlo y el instinto de huir. Al momento, me engulle una tromba de miedo, pero me yergo, compruebo que Brian sigue bailando junto a Henry y le pido a este que tenga cuidado con él.

—Quédate aquí, por favor. No te muevas —le ruego—. Vuelvo enseguida. —El desasosiego me invade.

Sin esperar una respuesta, zigzagueo entre la gente y decido aclarar la situación.

Si está aquí, no parará hasta hacerme daño.

Con paso firme, me abro paso entre la multitud, dando empujones por los que ni pido disculpas y, con el ritmo de la música vibrando en mis venas, me dirijo a la salida. La puerta del bar se cierra y me encuentro en una calle poco iluminada, sin embargo, no me detengo y sigo a la persona hasta un callejón contiguo, aunque algo me grita que salga corriendo. Sí, eso, que coja a mi hijo y me traslade a otro estado.

Huye.

—Es solo un hombre, un hombre que se parece a Richard… —me digo, borrando las imágenes que se crean en mi mente de mi pasado.

Llego a la calle estrecha con el vaho saliendo de mi boca y el frío calando mis huesos. Ahí está, a unos metros, de espaldas.

Doy un paso.
Doy otro paso.

Pongo la mano en su hombro y el hombre gira la cabeza. Se me corta la respiración, pero al segundo siguiente la imagen se hace clara y la distingo. Richard jamás tendría esa barba desaliñada de unos días.

Va a explotarme el pecho.

—¿Necesitas algo? ¿Un cigarrillo? —Levanta la mano y me enseña una cajetilla de tabaco.

—Eh… No, gracias. Lo he… Lo he confundido con otra persona.

Lleva el tatuaje de una estrella en el cuello. Una muy pequeña. Vuelvo sobre mis pasos y respiro antes de volver a entrar. Estoy mareada. Henry me pregunta dónde he estado. Sigue con Brian en los hombros.

—En el baño. —Finjo una sonrisa—. Estoy… —Bajo a mi hijo—. Estoy cansada. Quédate, nosotros buscamos un taxi para que nos lleve a la mansión.

—Aquí no hay taxis, Helena. —Él sí suelta una sonrisa sincera—. Bronco te lleva a la ciudad si lo avisas con al menos un día de antelación. Yo os acerco.

—Oh, no, tú sigue pasándolo bien. Hablaré con Tracy. —Ambos la miramos, estresada tras la barra.

—Anda, vamos. Pero dame un segundo. —Se gira y se despide de los amigos que me ha presentado, muy agradables.

Veinte minutos más tarde, Brian y yo cruzamos las puertas de la mansión solos; Ronald nos abre con la misma expresión de siempre, diría que está enfadado, pero ¿cuándo no lo parece?

—Es tarde, señorita Prescott.

—Lo siento. No he cogido llaves —me disculpo, y pienso en por qué no he caído en eso—. Vamos, Bunky, es tarde. —Lo empujo hasta las escaleras y casi tengo que subirlo en brazos—. Pon de tu parte, pesas demasiado para mí.

En ese momento escucho unos pasos detrás de mí. Me giro unos centímetros y ahí está Lord Greystone, con esa estatura imponente y mirada profunda que siempre me deja desconcertada.

¿Qué hace aquí? Estaba de viaje.

Evalúa la situación y actúa:

—Permíteme ayudarle —dice, y antes de que pueda protestar, se acerca y extiende los brazos hacia Brian—. Yo me ocupo.

Dudo un suspiro, sin embargo, la posibilidad de liberar el peso es tentadora, me resigno y dejo que lo coja y lo cobije en su pecho. El niño no se queja.

—Es pesado. Gracias, milord. —Me aseguro de que mi pequeño se siente cómodo.

Mientras subimos las escaleras, me fijo en que se mueve con naturalidad, como si cargar a un niño en brazos no fuera algo nuevo para él; aun así, es un escenario poco común para ambos.

Nos detenemos frente a la puerta de la habitación y él me mira durante una fracción de segundo, noto algo diferente entre nosotros. Una conexión que no logro definir, nos entendemos en el silencio.

—Es un niño encantador —comenta—. Tiene suerte.

—Lo sé. Es mi alegría, mi vida…

Greystone inclina la cabeza en señal de empatía y eso que hay entre los dos aumenta por su comprensión. Sin más, empuja suavemente la puerta y entramos en el dormitorio, lo coloca con cuidado de no despertarlo sobre la cama y le acaricia el cabello con un dedo hasta que algo lo empuja hacia atrás.

—Gracias de nuevo. No tenía que hacerlo.

—A veces es bueno dejar que alguien más cargue con el peso —sugiere, virándose un poco hacia mí y encontrando mis ojos de nuevo; una corriente de vulnerabilidad se cuela por la ventana.

¿Habla de Brian?

Reflexiono sobre lo que acaba de decir y admito que esperaba una vida más controlada, que pensaba que soportaría esto sin ayuda y comprendo que, aunque sea así, permitir que me tiendan la mano no es un signo de debilidad.

—La vida pesa, incluso para los más fuertes —sigue, y algo me indica que hay más, mucho más, detrás de sus palabras.

La ventana deja entrar también la luz de la luna. El calor de su mirada y su presencia me animan, y por primera vez en mucho tiempo siento que hay esperanzas que atender más allá del dolor, no por el señor del castillo, sino por lo que significa que alguien como él hago algo así por alguien como yo.

—Se lo agradezco —repito. Hace un gesto con el rostro que no descifro y da un paso atrás.

—Buenas noches.

—Milord —logro que se detenga antes de desaparecer—. ¿Ha sido usted quien ha regalado a mi hijo esos juguetes?

No contesta y se marcha.

19

ENCERRADOS HASTA LA ETERNIDAD

Nath

Presente…

Doy un beso en la mejilla a *My Angel* y me retiro a mi cuarto, donde me pongo el pijama y una rebeca de lana para bajar a la cocina a tomar un té. La tranquilidad de este lugar se contagia y, aunque sonrío al recordar a Brian bailando en el bar, prefiero que estemos entre estas paredes de piedra, me siento mucho más segura.

Encerrados hasta la eternidad.

Me asomo de nuevo a su cuarto antes de hacerme un té y cierro suavemente con el sueño de mi hijo susurrándome la calma. Me alejo y lo imagino acurrucado, tranquilo y disfrutando de esta nueva vida.

Los peldaños de las escaleras están fríos bajo mis pies pero me llevan a encontrar una pequeña tregua en mi ajetreada mente. La cocina se ha convertido en un hogar para mí. Me acerco a la estufa, caliento el agua en una tetera y saco la taza, el plato y la cuchara, un pequeño ritual que me conecta con la realidad actual, alejada del infierno, cuando lo hacía con las manos temblando y muerta de miedo por si le echaba demasiado edulcorante. Coloco la bolsita de té negro tras verter el agua ya caliente y el líquido se colorea ante mis ojos.

Con la taza humeante en las manos, tomo asiento en una de las sillas y la dejo sobre la mesa. El silencio me envuelve. Tomo un sorbo y disfruto de la calidez que baja por mi garganta, no obstante, mi mente se distrae con lo que ha ocurrido hace un rato con Alistair

Greystone. ¿Qué es eso que he percibido? ¿Bondad? ¿Humildad? Familiaridad, una que me atrae irremediablemente.

Mientras medito sobre ello, escucho unos pasos acercándose y me quedo muy quieta, a la espera de que Mrs. Whitmore aparezca para comprobar que ningún animal se ha colado por una ventana, pero no… Alistair emerge en la puerta y, como siempre, su porte sorprende, pero esta vez su expresión es menos formal y más relajada.

—No esperaba encontrarla aquí. Siento interrumpirla —habla con seriedad.

—Milord, es su casa. Yo… Yo ya me iba. —Me levanto.

—No, por favor, siéntese. ¿Ha hecho té? —Va hasta la tetera.

—Sí, se lo sirvo enseguida.

—Puedo hacerlo yo. —Coge la taza y lo prepara—. Haga como si yo no estuviera.

—Es difícil, milord —musito, mirando la cuchara junto a mi mano. Él toma asiento frente a mí. Lleva vestimenta liviana, un pantalón chino gris y un chaleco de hilo.

—Té a esta hora. Un placer, ¿no cree? —Comienza una conversación.

—El té es un placer a cualquier hora —contesto, sin saber muy bien a dónde quiere llegar.

Observo la manera y la confianza en sus movimientos, muy alejado de mi torpeza, consecuencia de su presencia. Poco a poco, intercambiamos miradas y él sigue charlando.

—¿Está leyendo algún libro de la biblioteca?

—El conde de Montecristo.

—Una narrativa intensa. Me fascina la forma en que la venganza se entrelaza con la redención. —Da un sorbo—. Todos enfrentamos nuestra propia prisión en algún momento de la vida —dice, como si estuviera revelándome un secreto.

Una prisión, aquí encerrados hasta la eternidad.

—¿He dicho algo inoportuno? —pregunta, al notar el cambio en mi rictus.

—Oh, no, no. ¿Cree que pasar de ser una víctima inocente a alguien que busca justicia puede llegar a ser ilícito?

—Complicado sí, ilícito no. Las transformaciones siempre traen consigo una lección valiosa.

—Hay algo intrigante en perderse en otro mundo, especialmente cuando tu realidad es tan… compleja —susurro.

—Completamente de acuerdo. Los personajes literarios tienen la habilidad de tomar decisiones que a menudo nosotros no podemos —asegura, sin saber cuánta razón lleva para mí.

Me siento visiblemente más relajada. Con cada palabra, el ambiente adquiere una cercanía que no había anticipado.

—Algunas veces me pregunto si los personajes se sienten incomprendidos, igual que yo —me abro un poco más—. Como si nadie pudiera entender realmente las elecciones que tomamos. —Greystone me observa con atención.

—La vida a menudo nos lanza desafíos que escapan a nuestros deseos. Pero entre las páginas de un libro, encontramos una pizca de libertad. —Su comentario resuena dentro de mí—. Los libros ayudan a escapar, a encontrar consuelo. —*¿Está admitiendo algo? ¿me enseña su vulnerabilidad?* —¿Tiene algún autor favorito?

—Me encanta Jane Austen. Su forma de retratar las relaciones y la sociedad es, en muchos aspectos, similar a lo que vivimos —me siento ligera.

Alistair sonríe de manera comprensiva.

—Austen fue brillante en capturar las sutilezas de las emociones humanas.

La charla se extiende, fluyendo sin esfuerzo mientras intercambiamos recomendaciones de libros y anécdotas sobre autores favoritos. El mundano castillo pierde peso y mis temores se desvanecen en la simplicidad de la compañía.

Sin darme cuenta, el tiempo pasa volando. Mientras conversamos, la soledad que me acosa se desdibuja y difumina, alejándose. Pero la realidad se asoma entre las sombras y las incógnitas de por qué está pasando esto me rodean.

Hay límites que no debo cruzar.

—Gracias por la conversación, milord. Debo retirarme si lo ve conveniente.

Me devuelve la mirada.

—Tal vez podamos intercambiar algunas lecturas más la próxima vez.

20

LO QUE SOY

Greystone

Presente…

Soy Alistair Greystone, lord de estas tierras que han sido de mis antepasados durante generaciones. La mansión que habito se alza con orgullo sobre los paisajes de este hermoso campo; es un bastión de historia, de tradiciones y de recuerdos que me han moldeado tanto como sus muros de piedra. En su interior, la biblioteca guarda más de mil historias, cada una susurrando secretos de tiempos pasados, mientras los retratos en las paredes parecen seguirme con ojos llenos de sabiduría y de… tristeza.

Pero mis días no se definen solo por esta majestuosa propiedad. Soy neurocirujano, una vocación que escogí con pasión. En el quirófano, rodeado de instrumentos que parecen artísticos en su complejidad, hallo un propósito que trasciende lo material. La vida humana, con su fragilidad y su fortaleza, es un misterio que busco desenmarañar cada vez que me enfrento a un nuevo caso. Las horas que paso en el hospital son una mezcla de adrenalina y dedicación, un contraste evidente con la calma silenciosa del castillo, eso, demasiado silenciosa hasta hace poco más de dos meses que llegaron los Prescott.

Mis colegas a menudo se sorprenden de que un hombre que lleva un título nobiliario elija una carrera tan rigurosa y exigente. Pero para mí, el desafío intelectual y la posibilidad de cambiar vidas son las recompensas más grandes que uno puede recibir. La neurocirugía no solo demanda habilidades técnicas; exige empatía, concentrada en la esencia de lo que significa ser humano. Cada paciente que

entra en mi sala de operaciones es una historia en sí misma, y para mí, es un honor contribuir a su narrativa.

En esta vida de contrastes, se ha forjado en mí una fortaleza que, a menudo, he considerado como un escudo. He decidido no permitirme el lujo de las emociones. La pérdida ha dejado una herida que creo que nunca sanará por completo, y así he aprendido a vivir con una especie de resignación que me mantiene alejado de cualquier lazo profundo. Sin embargo, el castillo que poseo es más que solo un hogar. Es un recordatorio constante de lo que he perdido y, al mismo tiempo, un símbolo de lo que aún podría encontrar en el futuro.

Como lord, tengo consideraciones y responsabilidades que cumplir, un deber hacia aquellos bajo mi cargo, y un legado que sostener. Pero, a pesar de la posición que ocupo y de las influencias que mis tierras traen consigo, hay un vacío que ni las paredes de esta casa han podido llenar. A veces, en la soledad de mi estudio, la luz de mi lámpara ilumina más que páginas de libros antiguos; ilumina anhelos ocultos, el deseo de conexión que he mantenido a raya.

Soy un hombre atrapado entre dos mundos: el intelectual y el emocional; el legado familiar y la búsqueda de mi propia identidad. Y aunque el castillo y los vastos terrenos que lo rodean son testigos de mi historia, es en la sala de operaciones donde descubro la verdadera esencia de lo que soy. Soy Alistair Greystone, un neurocirujano que lucha por cambiar vidas, y un lord que lucha por redescubrir la suya.

A pesar de la belleza que me rodea, mi mente, ahora mismo, en estos segundos, está lejos de los paisajes encantadores y la historia de mi familia; atrapada en la conversación que acabo de tener con Helena.

La imagen de ella, sonrojada y radiante mientras hablamos de literatura, llena mi mente. Sonrío al pensar en nuestra primera conversación. Le pregunté por cómo cocinaba por charlar más

tiempo para que no se fuera de mi despacho. Ha pasado mucho tiempo desde que me siento fascinado por alguien. Cada palabra que ha pronunciado con una claridad suprema me ha dejado sin aliento. Hablar sobre *El conde de Montecristo* ha sido solo el comienzo, lo sé, no voy a poder alejarme de ella, aunque sería mi deber, lo mejor para los dos.

Me quito el chaleco y lo doblo para colocarlo en un armario. Tomo asiento en el filo de la cama y siento el cansancio en los músculos. Ha sido un día muy largo en el hospital y tener que posponer el viaje me ha cabreado bastante. Pero este cansancio es diferente al del resto de los días, casi liberador. No solo he disfrutado de la charla, sino de la compañía y eso es un sentimiento que creía tenerlo enterrado en el subterráneo del castillo.

Cierro los ojos y añoro momentos que creía haber dejado atrás. Helena, desde que pisó The Whispering Manor, ha abierto la puerta de las mazmorras, cerrada con un millar de candados cuyas llaves tiré al lago. Eso me asusta, porque, cuando el pasado resurge, un tsunami de recuerdos me arrastra de regreso a un abismo del que me ha costado salir. Aprendí a manejar la tristeza, pero tuvo consecuencias, también me olvidé de la felicidad. Me he acostumbrado a ser una estatua esculpida de cualquier manera y a la que no le importa sentir o no.

¿Por qué ahora, Helena?

Me pregunto en silencio por qué. ¿Qué hace aquí? Mis propios demonios han salido de debajo de las piedras y me gritan que siga siendo en quien me he convertido.

—No… —Niego con la cabeza.

Helena, una mujer fuerte, inteligente y genuina. La manera en la que ha descubierto sus miedos, la forma en la que sus labios se curvaban en una sonrisa tímida mientras compartía sus pensamientos… Todo en ella me parece cautivador. Pero sé leer en las personas, y hay muchas páginas de su libro que no ha enseñado.

La parte racional de mi mente ha luchado por mantener el control, sin embargo, Helena sabe tirar el muro que he construido contra la desolación.

¿Es realmente sabio dejar que lo traspase?

Me levanto y camino por la habitación tratando de calmarme.

¿Qué me pasa?

He tomado decisiones, todos los días las tomo, son de vida o muerte, ¿por qué no puedo cortar por lo sano con Helena?

Una de esas decisiones fue encerrarme tras una coraza, evitando que cualquier sentimiento pueda amenazar mi equilibrio.

Sopeso qué puede significar esto… Un riesgo, eso es lo que es. He optado por no amar, por no perderme en un mar de emociones que pueden anclarme de nuevo en el fondo del océano.

Mi mirada se detiene en una pila de libros en la estantería y vuelvo a la conversación. Sus ojos brillaban y compartíamos un idioma secreto que solo nosotros hemos entendido. Helena ha visto más allá de mi fachada, lo sé, porque yo la he dejado, pero no sé por qué.

Me recuesto sobre el colchón, paso la mano por mi cabello y empiezo a calmarme. Cierro los ojos y borro la última hora y ese destello que se ha encendido dentro de mí.

Quizá es hora de dejar ir el dolor y abrirme a la posibilidad de volver a sentir…

¡No!

Sé que la vida es cruel, que no soy el único que vive con fantasmas, y con este pensamiento me quedo dormido, también con la imagen de Helena flotando en el aire, evitando que se pegue a mí y me arrulle en mi delicado sueño.

21

EL SILENCIO QUE PRECEDE A LA TORMENTA

Nath

Pasado…

La casa siempre estaba en silencio, solo lo rompía Brian con su vocecita o tocando el piano. Las paredes se cerraban cada vez más, se encogían, y los días se convertían en noche. Había aprendido a vivir en esa inquietud, a anticipar los sonidos, su llegada, lo que ocurriría si no estaba todo como él pretendía.

El silencio era el precursor de la tormenta.

Richard Gadbury tenía una forma de manejar su mundo, un aire de confianza que, al principio, había encontrado atractiva. Con el tiempo, esa atracción se tornó una cuerda atada a mi garganta, un recordatorio constante de cómo el amor puede transformarse en miedo y… odio. La primera vez que las palabras duras salieron de su boca, frías como el acero, se clavaron en mi piel como dagas y hasta me dolían.

Esa noche en particular, él había llegado tarde a casa. Sabía que eso significaba problemas: no era el mero hecho de su retraso, sino la carga que traía con él. Esperé en la cocina, preparada para ofrecerle un plato caliente, la siempre útil salvación de una comida que parecía curarlo todo. Pero cuando cruzó la entrada, su rostro mostraba un desdén que me erizó la piel. Me gustaría haberme hecho invisible en ese momento.

—¿Dónde están mis cosas? —preguntó con voz cortante como un cuchillo. No era una pregunta, era una orden disfrazada de investigación.

—¿Qué cosas, Richard? —musité. Luché por mantenerme serena, recordando las instrucciones no escritas que había aprendido a lo largo de los años: no respondas a la provocación, no le des más razones para enfadarse.

—¡Las malditas llaves del coche! Las dejé aquí esta mañana. ¿Acaso soy un niño que necesita ser cuidado por ti? —Su tono se tornó ácido y mis manos comenzaron a temblar. Pude sentir el vaivén de mis pensamientos, como si su voz hubiera disparado un resorte dentro de mí.

—No las he visto, lo prometo —aseguré, pero eso nunca era suficiente. La ira se cernía sobre nosotros como un rayo a punto de caer. La mirada de Richard se volvió fría, casi vacía, pero había en ella el fuego de la frustración.

—¡Es tu culpa! Siempre es tu culpa —escupió con desprecio. Retrocedí un paso, como si su furia pudiera tocarme. Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero me reprimí. Sabía que llorar solo lo provocaba más; las lágrimas eran un combustible para su rabia.

En un instante, la situación escaló. Richard tomó la silla más cercana y la lanzó hacia la pared donde se estrelló provocando un estruendo ensordecedor, pulso de una tempestad que me sacudió hasta los huesos. Los fragmentos de madera se dispersaron por el suelo como si fueran mis esperanzas deshechas. Salté con el corazón latiendo a mil por hora.

—No me hagas hacer esto, Helena —suplicó, como si lo que fuera a ocurrir estuviera en mis manos—. Solo quiero que hagas bien las cosas. ¿Es tan difícil?

La pregunta era retórica y me avisaba. Un balde de agua helada que me recordaba lo frágiles que eran mis intentos por hacer que todo funcionara. El hecho de que él siempre tuviera razón lo convertía en un dios en su propia casa, y yo era solo una plebeya, temerosa y sujeta a sus caprichos.

—Lo siento… —manifesté en un hilo de voz. En el fondo, sabía que no podía ganarle. Sus ojos se estrecharon, como si pudiera ver a través de mi fachada, y con un solo movimiento de su mano, regresó a mí el silencio, esa espada de Damocles que siempre pendía.

Decidí que lo mejor sería huir. Con pasos veloces, me deslicé hacia la habitación como si el suelo estuviera en llamas. Cerré la puerta detrás de mí, pero su voz todavía resonaba en mi cabeza; escapar era imposible. Me refugié en la oscuridad, tratando de calmar mi respiración mientras me abrazaba a mí misma, esperando que se le pasara el furor.

Sin embargo, esa noche no era como cualquiera otra. Esa noche descubrí que el miedo había comenzado a infiltrarse en mi alma, como una sombra que incluso la luz más brillante no podía disipar. Lloré en silencio, temiendo la próxima tormenta, pero un rayo de esperanza se aferró a mi corazón. Aunque la vida con Richard era un ciclo de dolor y súplica, una parte de mí sabía que debía ser valiente. De algún modo, podría encontrar mi voz, si tan solo pudiera resistir el peso de su sombra.

Cuando por fin el silencio reinó en la casa, barrí las lágrimas con la mano y respiré profundamente. Estaba viva. Aunque el miedo me había roído, aún podía soñar con la libertad. No sabía cuándo llegaría ese día, pero un hálito de determinación anticipaba un futuro en el que las cadenas del miedo pudieran romperse finalmente.

Pero por ahora, solo quedaba esperar en la oscuridad, manejando mi vida en las sombras, con la esperanza de que algún día podría encontrar las corrientes de luz que se prometían, más allá de los muros que me mantenían cautiva.

22

NUEVA NORMA

Nath

Presente…

Me muevo por la cocina, inmersa en la rutina de preparar la cena. El olor ya me es familiar y sé qué tengo que hacer sin que Mrs. Whitmore me ordene, cosa que le encanta. Hace unos días que no veo a Greystone, desde nuestra conversación mantenida aquí mismo. Hoy cena en el salón comedor y eso es lo que estoy preparando. Me acompaña el sonido del cuchillo al chocar contra la tabla mientras corto verdura y tarareo muy bajito una canción. Sazono el pescado y busco una botella de vino; cuando salgo de la alacena casi dando saltitos, me encuentro con el ama de llaves detenida junto a la mesa.

—Está muy animada hoy —indica, sin mutar su rostro.

—Se acerca la primavera. —Dejo la botella sobre la encimera, cojo una de las copas y le entrego todo, pero ella no lo acepta.

—Esta noche el lord ha decidido que sea usted quien sirva la cena en el comedor. —Se ajusta el delantal. Su afirmación me toma por sorpresa.

—¿Yo? Pero siempre es usted quien se encarga de… —no protesto, solo reclamo claridad.

¿He escuchado mal?

Ella alza una mano.

—Es lo que ha pedido. No entiendo la razón, pero tampoco es mi deber buscarla. —Me escanea con la mirada tratando de percibir qué

ha cambiado. Viene hasta mí y me aparto para dejarle el camino libre.

—Organicemos el servicio —manifiesta, y un leve cosquilleo sube desde mi estómago.

Con el corazón en un puño, me dirijo al comedor y, cuando cruzo la puerta, lo veo al fondo, absorto doblando la servilleta sobre su regazo de una manera muy elegante, como la mesa y todo en este castillo. Nota mi presencia y me mira.

—Buenas noches, milord. —Me acerco a la mesa.

—Buenas noches, señorita Prescott —dice con voz profunda, con un tono que resuena en mi pecho de una forma inesperada.

—Me informaron de que seré yo quien sirva la cena. —Sonrío tímidamente.

—Así es —responde, y señala la manta que se extiende sobre la mesa, donde dejo la crema de verduras.

—¿Desea que le sirva el vino ahora? —pregunto, pero él, en vez de contestar, me clava la mirada.

—Es otro mi deseo. —Se remueve sutilmente—. Por favor, ¿le importaría compartir mesa conmigo esta noche?

Me quedo petrificada, un escalofrío me recorre de pies a cabeza, pero no es malo. No esperaba su propuesta y un silencio muy largo se instala entre nosotros.

—Helena…

—Milord, no creo que sea conveniente —corto lo que mi nombre ficticio en su boca reaviva en mí, algo que hace mucho que no siento.

—Solo quiero volver a charlar con usted sobre literatura. Karen preparará ahora para otro comensal.

No puedo negarme de nuevo y ofenderle, este trabajo para mí es muy importante, por ello, tomo asiento en la silla que me indica con un movimiento delicado ante el parpadeo de las velas.

—¿Está seguro, milord?

—¿Se siente incómoda? Es lo último que deseo.

—Me preocupa lo que Mrs. Whitmore pueda pensar sobre…

—Eso no debería inquietarle. —Llama a Karen y esta atiende sus indicaciones sin dejar de echarme una ojeada. Tampoco se lo esperaba—. Gracias. —El ama de llaves se retira y nosotros charlamos sobre algo trivial, el clima y el cambio de estación que pronto se producirá, hasta que me sirven a mí también la crema de verduras y nos quedamos solos—. ¿Vino?

—Prefiero tomar agua.

Greystone rellena mi vaso y me quedo ojiplática.

—Gracias.

—¿Le gusta vivir aquí? —cuestiona, sin despegar sus ojos de los míos.

—Me encanta. Es un lugar precioso y muy tranquilo.

—Le gusta la tranquilidad.

—La valoro mucho.

—¿Está leyendo algún otro libro?

—*En busca del tiempo perdido*.

—Marcel Proust, cumbre de la literatura universal, a la altura de Shakespeare. Hurga en el universo del alma humana. Describe con maestría las impresiones que dejan en nosotros personas, objetos y acontecimientos y cómo nos despiertan las más dispares emociones.

Richard. Él marcó mi vida y la de mi hijo.

—Proust me parece arrogante al creerse sabedor de la ilusiones y afán de las mujeres —me concentro en el tema en cuestión.

—¿No está de acuerdo conmigo en que describe con precisión asombrosa algo tan simple y corriente como morder una magdalena?

—No he llegado aún a ese capítulo.

—Habla sobre las pasiones humanas… —Alza unos milímetros una ceja y abre la boca—… en general. —Me centro en la crema un momento—. ¿Está bien?

—Eh… sí. Pero aun no entiendo que hago aquí. Solo soy la cocinera.

—Nadie es solo una persona.

—Pero hay cosas y situaciones que nos convierten en alguien —respondo, y la conversación comienza a hacerme daño.

—Nos moldean, sin embargo, está en nosotros mismos recordar quiénes somos y en quién queremos convertirnos.

—Es fácil hacer esa afirmación cuando se tienen oportunidades. —Miro a nuestro alrededor y él capta a qué me refiero.

—Yo no soy este castillo —cambia el tono a uno más serio.

—Pero nacer aquí le dio un estatus, oportunidades, libertad de elección.

—Todos tenemos elección.

Me levanto de golpe, no sé por qué, pero lo que dice me indigna y me hace arder por dentro.

—Disculpe… —Doy un paso hacia un lado y él me imita. Mi corazón se acelera al pensar en la conexión que siento y en la extrañeza de esto y su descontento actual.

—No se vaya —murmura, temiendo que su voz lo delate.

—No me encuentro bien. Yo…

Alistair desliza la mano por mi brazo y me agarra suavemente de la muñeca.

—Perdóneme. —El contacto es fugaz, pero una corriente de electricidad recorre mi cuerpo, el de Greystone también, o eso me transmiten sus pupilas, que se dilatan. Su cercanía es abrumadora y cada nervio se me ilumina de pronto.

Inexplicable.

—Milord… —susurro, invadida por su caos, su mirada y un deseo implícito que se escapa a mi control.

—Ojalá pudiera leerte… —Su sinceridad me desconcierta.

¿Qué es ese sentimiento que se enreda en mi pecho?

Cierro los ojos un segundo y me centro en la calidez de su piel a través del tejido del vestido, no obstante, el deber y el sentido de la protección hacia mí misma me llaman a otro camino. Recupero la fuerza y me libero con delicadeza de su agarre. Un paso atrás y la sensación de pérdida. Y me marcho, aunque gran parte de mí se queda atrapada en ese roce.

Cuando llego a la planta superior, al principio del pasillo, me topo con Mrs. Whitmore, que me curiosea sin duda.

—¿Todo bien? —cuestiona—. La cena ha terminado demasiado rápido ¿no cree?

—Estoy indispuesta —explico, tratando de contener la voz entrecortada por las emociones.

Mrs. Whitmore asiente.

—Tenga cuidado, no vaya a sobrecargarse y caer desmayada de nuevo —me advierte, sin comprensión.

—Lo haré, gracias. —Aprieto el paso y me dirijo a mi habitación. Cierro la puerta. La soledad me envuelve. Me apoyo contra la madera y respiro al fin.

23

FRONTERAS INFRANQUEABLES

Nath

Presente…

—¡Bunky! ¡Bunky! —La búsqueda de mi hijo al anochecer de un domingo me lleva a todos los rincones de la casa. No está en el establo ni en el jardín botánico ni en ninguna parte. Exploro la cocina, los pasillos y ni rastro de él. La inquietud comienza a concomerme al bajar al sótano y no verlo—. ¡Bunky! —grito y el eco de mi voz impacta sobre mi pecho en las catacumbas.

Subo a la primera planta de nuevo y me dirijo al área a la que no puede accederse. ¿Es posible que se haya saltado las normas? Es un niño, un niño aburrido porque no tiene con quién jugar y puede ocurrírsele alguna travesura. Le he advertido que no puede estar aquí ni en las torres del castillo por el peligro a caerse y hacerse daño, pero también y sobre todo porque todo el personal tiene prohibida la subida a aquellas estancias intermedias. Sin embargo, nada más atractivo para un niño que el reto de la aventura y saltarse las prohibiciones, añadido además a la natural inclinación por fisgonear y por alimentar su curiosidad.

La preocupación me apremia y sobrepasa mi sentido del deber.

Con sigilo, me acerco a una puerta entreabierta, la empujo y cruzo el umbral.

¿Qué es esto?

Decoración en tonos suaves y juguetes esparcidos bien colocados en los rincones. Dos camas pequeñas meticulosamente hechas, una

con colcha azul y otra rosa. En el lugar se palpa amor, promesas y risas de pequeños.

Lentamente, me acerco al centro, donde está Brian, absorto en su mundo, jugando con un tren de madera. La luz de una lámpara ilumina su rostro. Me invade alegría y tristeza al comprender que este lugar se creó para personas que ya no están, por lo menos aquí.

—Brian… —susurro, para no asustarlo, pero él sigue inmerso en su juego, ignorando mi presencia. Decido acercarme un poco más, pero justo cuando estoy a su lado, escucho un ruido fuerte detrás de mí. Al darme la vuelta, veo al lord Alistair Greystone entrar a la habitación, con expresión de mezcla de sorpresa y enojo. Le arden los ojos, enrojecidos.

—¡¿Qué hacen aquí?! —abronca, de una manera que me hace encoger. En su mirada hay más que simple molestia; decepción profunda, como si la trasgresión de esta acción lo hiriera profundamente.

Instintivamente, el miedo se apodera de mí, ese miedo antiguo y del que no he logrado deshacerme, miedo del pasado, porque la forma en la que la rabia puede expresarse me aplasta el pecho. Sin querer, doy pasos hacia atrás. El dormitorio, que me ha parecido acogedor, se convierte en una prisión. Bunky está bajo mis pies.

—Mamá, estoy jugando —dice mi hijo, confuso e inocente.

—¡No deberías estar aquí! —ruge, y su advertencia me atraviesa. Me tiemblan las piernas y un escalofrío recorre mi espalda al darme cuenta de que estoy en el mismo lugar pero frente a otro hombre que, aunque no me ha hecho daño, evoca recuerdos profundamente arraigados.

—Lo siento, no quería… —musito, incapaz de encontrar las palabras adecuadas. La forma en que me mira, molesto, y otro

sentimiento indefinible, me hace querer desaparecer de este espacio.

—¡No hay excusas! ¡Esta habitación es infranqueable! ¿Quién la ha abierto?

—Yo no… —Trago con dificultad.

—He sido yo. —Brian se levanta, aun con el tren en la mano. Greystone se queda mirando el juguete con los ojos muy brillantes. Lo miro de reojo y un remordimiento se instala en mi garganta, pero el instinto de protección es más fuerte que la necesidad de explicarme.

—No volverá a ocurrir. —Cojo al niño en brazos y trato de escapar del escenario peligroso que se ha creado inadvertidamente. No me permito el lujo de que la situación tome un giro oscuro.

Salgo de allí y voy hasta mi habitación. Cierro la puerta con pestillo, dejo a Bunky sobre la cama y trato de acompasar mi respiración ante los ojos abiertos de mi hijo.

Y recuerdo de nuevo que es solo un niño que he arrancado de su hogar, su colegio, sus amigos y su padre, de los jardines de Londres donde se ha divertido de lo lindo, de la bulliciosa ciudad. Lo he alejado de los gigantes con los que peleaba, de las sillas en las que saltaba, de los sofás en los que se envolvía tras la merienda. Echa en falta la compañía de toboganes, columpios, risas y diversión.

—*My Angel*… No puedes entrar ahí. ¿Por qué lo has hecho? —Me arrodillo en frente.

Palabras de represión que debería controlar, pero he de disciplinar a un niño para que respete la voluntad del dueño de estos espacios que nos han acogido, así que me esfuerzo por hilvanar palabras suaves para que comprenda que los muros en esta casa no son físicos, que tratan de normas impuestas por la superioridad del lord que puede y debe ordenar sus dominios.

—Es un buen hombre, pero…

Además de mandón e irascible.

—Él me regaló los juguetes —explica.

—¿Cuándo?

—Durante un desayuno. Me dio una taza de chocolate y galletas. Me cae bien. ¿Por qué se ha enfadado?

Le explico que hay normas, se las recuerdo y le doy una ducha. Yo me preparo un baño para relajarme por lo ocurrido y bajo a preparar la cena. Greystone ha desaparecido y en su lugar me encuentro con Mrs. Whitmore. Me detengo frente a ella y espero a que me regañe y me eche a patadas de este lugar, sin embargo…

—El lord ha ordenado que le dé la noche y el día de mañana de descanso. Puede retirarse.

Sin decir una palabra, me marcho a mis aposentos, doy un beso en la frente a mi hijo, ya dormido, y me recuesto a su lado, pensando en por qué ha tomado esa decisión.

24

MALDITOS CELOS

Greystone

Presente…

Malditos celos de un hombre sensato con lo mucho que llevo visto y vivido, lo que me precio de conocer el alma humana, el poco o nulo derecho que tengo sobre los sentimientos de nadie, menos aún del personal que sirve mi casa.

Helena ha llegado a mi vida con un niño revoltoso y me ha llenado de inquietud, me sirve con diligencia, cordialidad y respeto, como he puesto como norma de convivencia en los entornos que ejerzo autoridad, mi casa y mi trabajo, el castillo y el hospital. Y mi aportación valiosa consiste en transmitir seriedad, responsabilidad sobre mis obligados, enfermos y personal de servicio, también sobre mis compañeros de trabajo con los que guardo prudente distancia.

Pero esta mujer ha conseguido acortar esa distancia que tan a raya he conservado desde hace un tiempo, y no me explico por qué, o sí, me inspira confianza, me despierta el afecto dormido, me golpea la mente para que acepte que me abra al mundo.

Mis sentimientos respecto a ella y su hijo se han soliviantado al contemplar la amistad , cercanía y confianza con que se dirigen en sus frecuentes encuentros y conversaciones. Y me duele más porque mientras más se acerca al jardinero, percibo que se aleja de mí por mucho que la requiera a mi lado en las labores que antes hacía Karen.

Qué me pasa.

¿Es posible que ella lo haga a propio intento para sacarme de mis casillas, de alejarse de mí, entendiendo la distancia entre señor y servicio insalvable?

El amor todo lo puede.

¿Qué amor?

Bueno, a lo mejor tengo que hacer un movimiento brusco con el jardinero y alejarlo de ella, despedirlo. El problema es su fidelidad y profesionalidad y no voy a actuar al modo del bíblico rey David que envió al general Urías al frente de batalla, desprotegido, para que lo matara el enemigo, como así ocurrió, y posesionarse de su bella esposa Betsabé.

Me duele hasta el pensamiento, pero me asusta lo que sería capaz de hacer por ella y porque reduzca la distancia y se temple su indiferencia y vuelva la calidez de nuestras relaciones amistosas.

¿Por qué se asustó tanto la otra noche?

Soy un necio.

Las personas a cierta altura social, con nivel intelectual y de autoridad nos creemos que todo lo tenemos dominado y que todos están obligados a servirnos. Eso es así en caso de actuar como tiranos, no como yo me considero, persona comprensiva con el suficiente margen de libertad para que cada cual decida lo que considere mejor para su vida.

Y para mi vida, mi equilibrio mental y anímico, lo mejor será no mezclarme en amoríos y pasiones plebeyas, de gente sin grandes aspiraciones y poco exigentes, sedientos de experiencias afectivas y de prácticas amorosas ardientes y demoledoras que a la postre te dejan vacío.

A qué vienen esas salidas a diversiones y esparcimientos festivos, a beber cerveza y a bailar como locos. Eso nunca formará parte de mi vida, es la vida nada elegante de ocupar el tiempo libre. No

podría compartir mi vida con quien prefiere beber cerveza y bailar a asistir a teatros y reuniones donde se discutan y diriman asuntos trascedentes.

Pero si me hago estos planteamientos es porque no me importaría perder el tiempo acompañándolos a dar un paseo por el campo, a compartir un rato en la cafetería hablando de banalidades y a sentir su sonrisa amable y acogedora que me llena el alma de alegría y de consuelo. Me da que pensar que en esta vida también existen cosas importantes dentro de la sencillez de unas palabras cariñosas, una mirada de ternura y una broma de un niño travieso. Y la satisfacción, el inmenso placer, de sentir el calor de su cuerpo con los dedos entrelazados, tacto sublime que perdí hace tiempo y he de volver a recuperar.

Tengo que plantearme en serio si persistir en mis formalidades y distancias con semblante serio, o como el jardinero, entablar conversaciones anodinas con una amplia sonrisa y los ojos echando chispas.

Creo que prefiero una sonrisa, una charla relajada y una mirada de Helena que todas las satisfacciones de una vida reglada y perfecta en mi mundo gris y opaco.

Me he equivocado con ella. Hay algo en Helena que la hace vulnerable y no logro averiguar qué es.

Cojo el teléfono desde mi despacho, mirando a través de la ventana, observando cómo charla con Henry y sonríe en el patio.

—Necesito información sobre una persona.

—Lo que me pidas.

—Helena Prescott.

25

LA MÚSICA COMIENZA A SONAR

Nath

Presente…

Es sábado y el castillo se ha despertado con una luz primaveral que ilumina los pasillos de piedra y hacen que el polvo brille como pequeñas estrellas. Brian corretea alegremente, feliz, lo que alivia la sensación de opresión que a veces envuelve este lugar y a mí, sobre todo desde aquella tarde en esa habitación de niños. No he querido preguntarle a Karen por qué está vacía. A lo mejor ahí creció el lord, pero… ¿y la cama rosa?

Bajo hasta el sótano y doblo ropa durante una hora. Ya no me da miedo estar aquí, es más, me gusta esconderme bajo tierra. Pero en medio de ese silencio una suave melodía llama mi atención. Viene de arriba, se desliza por los escalones y llega a mis oídos.

Intrigada, sigo el sonido; paso a paso hasta que me aproximo a la fuente de la música. Es un piano antiguo, uno que ya había visto. Brian tiene sus pequeñas manos sobre las teclas con una concentración que solo los niños alcanzan. Su rostro, iluminado como hace mucho que no veía.

Me quedo en el umbral un instante, atrapada en la belleza de este momento. Cada nota que toca llena la habitación de vida y de sueños, y por un segundo, el castillo parece menos sombrío. Sin embargo, una parte de mí recuerda que este lugar tiene sus normas y que mi hijo no debería estar ahí, así que, tomando aire, empiezo a acercarme.

—Bunky, cariño, no deberías tocar el piano… — comienzo, pero mis palabras se detienen cuando escucho pasos firmes detrás de mí.

Con una sombra que parece concentrarse en el aire, lord Alistair Greystone aparece en el marco de la puerta, su figura alta y poderosa marca la entrada a la habitación—. Señor… Milord… Solo es un niño y…

—Déjelo —dice él con una extraña calidez en su mirada—. Nadie ha tocado ese piano en años. Me gusta que lo haga. —Sus palabras me dejan atónita. La decisión de permitir que Brian explore el piano, algo que quizás ni él mismo se había permitido, es un gesto que me sorprende y, al mismo tiempo, me alivia.

El pequeño levanta la vista, alegre tras la aprobación del lord. Observándolos, siento una mezcla de cariño y un inquietante anhelo de pertenencia.

—Solo está probando algunas notas —le aclaro a Alistair, aunque mi voz suena más ligera de lo que esperaba. El ambiente se llena de una energía renovada, y aunque las tensiones del pasado parecen desvanecerse, recuerdo el reciente altercado en el que hemos estado envueltos.

—Lo hace muy bien —responde Alistair, manteniendo la mirada en Bunky, pero luego vuelve a mirarme con sinceridad. Da unos pasos hacia mí—. Quiero disculparme por lo que ocurrió en la habitación. No debí ser tan brusco con usted y con Bunky.

Sus palabras alcanzan mi corazón, y me doy cuenta de que en su tono hay verdadero remordimiento. La sinceridad en su mirada me hace cuestionar mis propias reacciones. He pasado tanto tiempo construyendo muros a mi alrededor que, de repente, la posibilidad de bajar la guardia me aterra, pero también me libera.

—Está bien… —susurro con una sonrisa tenue. Hay algo reconfortante en el hecho de que ambos podamos reconocer nuestros errores—. No debimos entrar…

—Quizá yo deba borrar algunos límites.

Bunky, ajeno a la conversación entre nosotros, sigue tocando el piano, y las notas flotan por la habitación. Puedo sentir cómo el ambiente se calienta con la música, convirtiendo la atmósfera de nuestro pequeño encuentro en un momento mágico.

¿A qué se refiere?

—Le agradecería que fuera más benevolente con Bunky. Hay cosas que aún no entiende.

—Así es… —Se acerca unos milímetros—. Y es bueno que la música regrese a esta casa. A veces es necesario romper el silencio.

En ese momento, sus ojos se encuentran con los míos, y una conexión fugaz brota entre nosotros, como un hilo invisible que nos une. El reloj del castillo parece detenerse, y el ruido del mundo exterior desaparece, dejando solo el sonido del piano y el latido de nuestros corazones.

—Gracias…

—Gracias a ti por derribar los muros del castillo.

Trago con dificultad y respiro hondo. Estamos detrás de Brian, absorto en las teclas, inconsciente del instante que se forma entre el señor del castillo y yo. Intercambiamos miradas otra vez y las palabras quedan atrapadas en la garganta. La melodía avanza y sonreímos con complicidad. Una chispa nos envuelve y me hace sentir viva. Las notas del piano fluyen entre nuestros cuerpos y nos carga de una corriente eléctrica extraordinaria.

—La música tiene poder —comenta—. El poder de recomponernos.

Se acerca un poco más y noto la calidez de su aliento en mi nariz. Su fragancia me atrapa y soy consciente de lo mucho que me gusta.

—Me da miedo —confieso.

—¿Le doy miedo?

—Me da miedo el señor del castillo.

—No soy solo eso.

—No sé lo que es usted, casi no nos conocemos.

—En cambio, tú has sido una revelación. Me parece que puedo leer a través de tus ojos como en las páginas de los libros.

—¿Qué lee usted ahora? —Me tiembla el pulso y la respiración.

—Deseo. —Mira mis labios y me atrevo a levantar el mentón dándole permiso. Alistair inclina la cabeza y nuestros labios se observan casi sin distancia alguna.

Exploto por dentro. Ardo.

El primer roce es suave y temeroso, un contacto delicado que envuelve mis sentidos. Su boca es cálida, y cuando se da cuenta de que lo he dejado tomar la iniciativa, la fragilidad del momento se transforma en algo más profundo. No puede evitarlo, y yo tampoco. Él cierra los ojos mientras aumenta la intensidad del beso, y todos mis nervios se disipan en un instante.

Sus labios se mueven con una suavidad que despierta una oleada de sensaciones que son a la vez familiares y extrañas. Es un beso de exploración, un descubrimiento mutuo que quiere llegar a saber más de cada uno de nosotros. Con cada movimiento, las barreras se rompen, y nos entregamos a la belleza de lo que nace entre nosotros.

Y así, en medio de una nada que ocupa todo, el tiempo se detiene; el castillo entero se disuelve en el aire alrededor de nosotros. Mis manos se deslizan entre los cabellos oscuros de Alistair, él sostiene mi rostro como si temiera que me desvaneciera en un acto de ternura profundo.

Cuando finalmente nos separamos, aún manteniendo nuestras frentes unidas, sus ojos me recuerdan que hay más que el miedo,

mucho más. ¿Cariño? Hay un millón de cosas no dichas, pero ahora mismo nos entendemos. No hacen falta explicaciones.

—Así que esto es la música —susurro, por fin rompiendo el silencio. Él sonríe, esa sonrisa amplia y genuina que me hace desear que este momento dure para siempre. El beso ha cambiado todo, y aunque no sé hacia dónde nos llevará, una cosa es segura: hemos comenzado a componer nuestra propia melodía, y no puedo esperar a escuchar lo que vendrá a continuación.

26

LO QUE VIENE A CONTINUACIÓN

Greystone

Presente…

La noche ha caído sobre el castillo y la oscuridad se ha deslizado por los muros y ha cubierto el paisaje de tranquilidad.

El señor del castillo… ¿Eso es lo que soy?

Una luna llena y muy brillante crea luz y me recuerda que no soy solo una persona. Me ha costado mucho aceptar mis errores, las historias que cuentan sobre mí no son ciertas, al menos no del todo, y trato de ser mejor cada día. Esta es mi escapatoria, el lugar donde puedo alejarme de las exigencias del título que porto y permitir que mi mente divague por travesías menos restrictivas.

El beso con Helena…

Camino por el sendero, algo tira de mí, ese beso clavado en cada poro de mi piel. Desde que llegó, ha transformado el entorno en algo más que un simple castillo: se ha convertido en un hogar lleno de risas y melodías, en una casa que había creído perdida. Confieso que hay aún mucho por resolver en mi vida, pero el tiempo compartido con ella me ha inspirado a buscar respuestas más allá de mis responsabilidades.

De mis sombras…

Mientras sigo la senda de piedra, mis pensamientos son interrumpidos por una figura familiar entre el claro de las flores. Helena está allí, sentada en una banca de madera con la mirada

perdida bajo el cielo estrellado. La serenidad en su rostro me apresa, y me encuentro cautivado por su belleza.

—¿Le gustan las estrellas? —pregunto al acercarme, disfrutando del momento en que se gira para mirarme. Su sonrisa, iluminada por la luz de la luna, despierta en mí una calidez que me hace olvidar las preocupaciones del día.

—Me ha asustado.

—Lo lamento.

Amplía la sonrisa.

—Pasamos demasiado tiempo pidiéndonos disculpas. —Yo también sonrío—. Son hermosas, ¿no cree? —responde—. Parece que nos miran. Es fácil olvidar lo pequeños que somos en comparación con la inmensidad del universo. —Se pasa una mano por el cabello, un gesto que me resulta deliciosamente vulnerable.

—A menudo pienso en ello. La inmensidad a veces puede ser aterradora, pero, por otro lado, también nos ofrece una libertad impresionante. ¿Me permite? —Señalo el hueco a su lado.

—Por favor, es su casa. —Su olor me invade y mi miembro viril da una sacudida dentro de mis pantalones—. Encontrar esa libertad requiere un poco de valentía —dice Helena, mirando el firmamento —. Es un desafío dejar que el pasado no dicte nuestro futuro — susurra.

Sus palabras resuenan profundamente en mí. Desde su llegada, he comenzado a cuestionar tantas cosas que había dado por sentado. La responsabilidad, la soledad y las sombras del pasado parecen ser abrumadoras, pero con cada interacción que tengo con ella, siento que es posible buscar algo más brillante, algo más lleno de vida.

—Valentía —repito, alzando la vista hacia el cielo—. Usted es valiente.

—¿Cómo lo sabe? —Se vuelve hacia mí.

—Vino aquí dejando atrás muchas cosas que le importaban y amaba, pero aun así decidió hacer lo correcto.

—No tuve elección. No fue valentía.

—Arriesgó por lo que ama… Fue por su hijo.

—Por los dos, en realidad.

Nuestras miradas se encuentran una y otra vez y el deseo resuena de nuevo dentro de mí. Con un movimiento casi imperceptible, me acerco un poco más, dejándome llevar por el magnetismo que nos empuja a estar más próximos.

—¿Qué es lo que realmente quiere, señorita Prescott? —La pregunta se escapa de mis labios antes de que pueda detenerme.

—Paz. ¿Y usted?

—Un propósito. Llevo mucho tiempo buscándolo.

—¿Y lo ha encontrado?

—Está frente a mí. Solo tenía que entender y mirar.

La expresión en su rostro cambia, y la vulnerabilidad brilla en sus ojos.

—Es un imposible.

—Nada es imposible.

Contiene la respiración y el jardín se ilumina como si alguien hubiera encendido las luces. Los sueños se logran si se persiguen, y yo solo tengo que encontrar esos sueños que perdí hace mucho tiempo.

Sin pensarlo, acerco mi mano a la suya, dejando que nuestros dedos se entrelacen. Su piel es suave, y el contacto envía un escalofrío por mi cuerpo.

—Pide un deseo. Yo voy a hacerlo —le ordeno, y cierro los ojos. Cuando los abro, ella tiene las pupilas clavadas en las mías.

—¿Qué ha pedido?

—Si se lo digo, no se cumplirá, y hacía mucho que no deseaba algo tanto. —La sostengo un poco más cerca. Esta noche me siento más abierto a la posibilidad que nunca, y las palabras suenan a verdad.

Los latidos de mi corazón resuenan entre los dos, como si cada impulso estuviera marcando el compás de algo más grande. Helena se asoma un poco más hacia mí, y todo se siente tan natural, tan inevitable.

—¿Y usted? ¿Ha pedido algo a las estrellas?

Es ella quien en esta ocasión se acerca a mí y roza sus labios a los míos. El sabor de su boca, la suavidad de su piel, todo se funde en una experiencia sublime que trasciende la simple acción física. Me envuelvo en ella, absorbiendo cada momento de pureza que este beso ofrece.

Cuando nos separamos, el espacio entre nosotros se ha estrechado y las estrellas parpadean. Dos corazones que tratan de sanar y seguir adelante. El mío hecho añicos, el suyo escondido aún bajo un montón de escombros.

27

SOY HELENA PRESCOTT

Nath

Presente…

—Helena, soy Helena Prescott —me recuerdo frente al espejo de uno de los baños de la planta baja, ante una mujer nueva, que sonríe por las mañanas y se acuesta suspirando. Los dos besos con Alistair han coloreado mi mundo, antes gris muy oscuro, a veces negro.

La del castillo es una atmósfera peculiar por la noche, envuelta en un silencio profundo que solo se interrumpe por el crujir de las viejas tablas de madera y el sonido de algún animal fuera.

Vengo de doblar ropa y me dispongo a retornar a mis habitaciones cuando, al pasar por uno de los pasillos, veo una figura que no esperaba. Es una mujer, acompañada de una niña pequeña, que camina con el paso decidido pero sereno. Hay algo intrigante en el brillo de su mirada; su aura es poderosa, y sin embargo, me resulta evasiva.

Me acerco un poco, lo suficiente para escuchar su voz. Se presenta a Mr. King, el mayordomo, que parece estar explicándole algo sobre el castillo. Ella lo escucha con atención, a veces sonriendo mientras su pequeña juega con la falda de su vestido. No puedo evitar sentir una punzada de curiosidad; hay algo en la mujer que me resulta familiar, aunque no sé por qué.

La niña es pequeña, con cabello rizado y ojos grandes. Me muestro interesada en conocer la situación, pero me detengo. No quiero ser intrusiva, así que opto por observar desde las sombras.

King se inclina levemente, más de lo habitual.

—Lord Greystone estará encantado de verlas —dice. Y siento una ligera punzada de celos. Hay una cercanía en su voz que me molesta, una atención que no me gusta compartir.

¿Quién es esta mujer que parece ingresar al castillo con tal tranquilidad? ¿Y qué papel tiene la niña en todo esto?

Deseo acercarme y preguntar, pero en vez de eso, me quedo inmóvil, atrapada en mi propia indecisión. Mis dudas me acosan como sombras que no se disipan.

Tras un momento que se siente eterno, decido que no puedo quedarme sin actuar. Reuniendo un poco de valor, salgo de mi escondite y me acerco al grupo.

—Buenas noches —saludo, tratando de transmitir una calma que no siento. La mujer se vuelve hacia mí y sonríe.

—Hola, soy Mía. ¿Y tú eres…?

—Helena, Helena Prescott.

—Es la nueva cocinera —apunta King.

La pequeña levanta la mano en un saludo tímido, y mi corazón se ablanda un poco ante la dulzura de su gesto.

—Yo soy Ava.

—Hola, Ava. —Me agacho unos centímetros—. ¿Has cenado? ¿Tienes hambre?

—Tengo hambre.

—Te preparé un puré. ¿Te apetece? —La niña asiente.

—Llevaré su equipaje a sus aposentos —le indica a Mía el mayordomo.

—Te acompaño. ¿Le importa quedarse con Ava? Es una niña muy obediente —me pide a mí.

—Claro. —Ava me da la mano y sonrío, sin embargo, una delgada línea se instala en mi mente entre lo que me gustaría preguntarle y la contención, sobre todo por el lugar que ocupo aquí.

La cocinera.

—Lord Greystone está ocupado esta noche, pero me encargaré de que tenga todo lo que necesite. —Escucho que le dice el mayordomo detrás de nosotras.

Al oír su nombre, mi corazón da un giro abrupto. No lo he visto en estos días.

—No es ninguna novedad —Mía responde con una fracción de preocupación en su mirada, lo cual me hace preguntarme qué relación tienen con Alistair.

Hay algo reconfortante en su juventud y frescura.

Ava me mira con curiosidad y eso me da confianza. Caminamos juntas hasta la cocina. Los muros de piedra me intimidan menos ahora.

—¿Te gusta el puré de verduras? —le pregunto mientras la acomodo en un taburete.

—¿Puedes ponerle queso? —contesta, con una sinceridad que me arranca una sonrisa.

—Bien, entonces le pondremos un poco de queso — digo, sintiéndome guiada por su entusiasmo. Me gusta la idea de que sea parte de esto, incluso en un gesto tan simple. Comienzo a sacar las verduras del cajón: zanahorias, patatas y guisantes. La niña observa atentamente cada movimiento, como si estuviera en el espectáculo más fascinante del mundo.

—¿Vives aquí? —La niña se inclina hacia adelante, apoyando sus brazos en la mesa de madera.

—Sí. ¿Tú sueles venir de visita? —Una parte de mí debate si debería preguntarle sobre su relación con Alistair, pero la voz de la precaución me detiene. No quiero parecer imprudente.

Asiente.

—¿Y no te gusta?

—Es aburrido.

—Pero ahora vive aquí mi hijo. Es más o menos de tu edad. ¿Cuántos años tienes?

—Cinco. —Abre la palma de la mano y me enseña sus cinco dedos.

—Podéis jugar mañana. Si tu… Si tu madre lo permite. —Le cambia el semblante y le brillan los ojos.

—¡Seguro que sí! ¡Podemos jugar a dragones!

—A Bunky le encantan los dragones.

—¡A mí también! Ojalá me encontrara alguno y pudiera llevarlo a mi casa.

—¿Y qué harías con él?

—Así tendría algún amigo.

Lo que dice me entristece.

—¿No tienes amigos?

Encoge los hombros.

—¿Me ayudas con el puré? —Deseo animarla—. ¿Te gusta jugar con el agua? Podrías lavar las verduras en el fregadero. —Ella amplía la sonrisa y salta de la banqueta.

—A la señorita Ava no se le permite jugar en la cocina —nos interrumpe Mrs. Whitmore. La coge de la mano—. Vamos, la cena se servirá en el comedor. Lord Greystone acaba de llegar. Ya sabe lo que hay que hacer.

28

TODOS NECESITAMOS UN RESPIRO

Greystone

Presente…

He echado de menos a Helena.

Entro en el salón y ya está iluminado con la luz de las velas, como cada noche; la mesa dispuesta de manera elegante y adornada con un centro de flores. Me es familiar, pero algo me llena de expectativa.

Ella…

—Debiste avisarme de vuestra visita —digo a Mía, sentada frente a mí. A su lado, Ava. Mía es una madre cariñosa y me llena de orgullo. Pero hoy mis pensamientos se desvían de rumbo y preferiría que no estuvieran aquí porque no sé si lograré aguantar mi deseo.

—¿Ahora tengo que avisar para venir a mi casa? —responde mi hermana.

—Llevo esperando nuestro encuentro siete meses, pero no lo imaginaba así ni a esta hora.

Pasar tiempo con mi hermana y mi sobrina siempre es un placer, pero con la presencia de Helena todo ha cambiado. Y me gusta controlar mi entorno.

—Necesitaba un respiro. Además, Ava quería ver a su tío, ¿verdad, cariño?

—Me aburro en el castillo, pero ahora voy a tener una amigo —canturrea.

—Ava, ya lo hemos hablado; en la mansión no hay fantasmas. No existe tu amigo imaginario.

—Sí hay, pero no es ese amigo. Se llama Bunky y es hijo de Helena.

—La cocinera. —Mi hermana deja de mirar a la niña y me mira a mí—. ¿Has contratado a una mujer con un hijo? ¿Un niño pequeño? —Abre los ojos, asombrada.

—Tenía buenas referencias.

Frunce el ceño y me escudriña con la mirada.

—¿Significa eso que estás mejor? Pensaba que odiabas por aquí a…

—Mía… —le regaño.

Karen entra llevando un plato de carne asada y, aunque he perdido el apetito, me obligo a empeñarme en la cena, sin embargo, mis ojos se enfocan en Helena y su cintura estrecha. Nuestras pupilas se encuentran y su intensidad me deja sin aliento.

Pregunto a mi hermana por sus viajes para que deje a un lado el tema que deseaba sacar, pero mi concentración se ve desplazada por la visión de Helena y su cercanía. Cada uno de sus movimientos desinfla mi autocontrol. Un pequeño suspiro se escapa de mis labios cuando su brazo roza el mío al rellenar mi copa de vino.

—¿Estás bien, Alistair? —pregunta Mía, con un rápido vistazo hacia mí—. Pareces ausente.

—Tengo muchas obligaciones aquí. No pude elegir vivir como hubiera querido —respondo y creo disimular, pero el destello en los ojos de la astuta Mía me dice que no la he engañado.

—Siempre dedicado al castillo, no vienes a vernos porque no te da la gana. Eso y la obsesión por tu trabajo.

—No hables así. Y no puedo escapar, como hiciste tú.

—Ni quieres. Estar aquí no los hará tenerlos más cerca.

Ardo por dentro al escucharla hablar sobre…

Y encima la idea de no poder mostrar lo que siento hacia Helena, no poder acercarme a ella y tomar su mano me resulta agonizante.

Finalmente, el postre llega y la conversación continúa fluyendo, pero mi mente está obsesionada. La dulzura de la tarta de manzana se siente insípida comparada con la abundante mezcla de emociones que me aturden. Karen y Helena se mueven entre nosotros y cada vez que Helena se me acerca, su aroma me envuelve y la tensión se vuelve casi insoportable.

—Mamá, ¿puedo ir a buscar dragones? —Mi sobrina está deseando irse a jugar.

—Es tarde. Cuando terminemos el postre subiremos a dormir.

La niña no reclama nada y se termina la tarta, haciendo alarde de su buena educación.

—Ahora sí, voy a dormir a Ava. Es tarde para ella —anuncia mi hermana tras el té.

Se levantan y se retiran, dándome un beso en la mejilla.

—Hasta mañana.

Me quedo solo en el salón unos instantes, hasta que Helena hace acto de presencia para recoger la mesa.

—Milord, si han terminado, me dispondré a retirar la cena.

Quiero levantarme y besarla, deshacer el espacio que nos separa.

—Helena —comienzo—. La cena ha sido deliciosa.

—Gracias, Lord Greystone —expresa, y mi corazón se acelera—. Hago lo que puedo para que todos disfruten.

—Es más que eso —insisto, incorporándome y poniéndome a su altura.

—Milord… —Sus mejillas se tiñen de rojo—. Mrs. Whitmore vendrá enseguida. —Lo prohibido y ella me provocan un deseo incontrolable. Mi cuerpo responde de inmediato y deseo cruzar la distancia, acercarme, tocarla, acariciarla, llenar el vacío entre nosotros.

Helena desvía la mirada hacia ambos lados, nerviosa. Ella también lo siente y está deseando que estemos solos. Pero no puedo arriesgarme a que alguien nos descubra.

Control, prudencia y firmeza.

—Voy a besarla —anuncio, pero ella da un paso atrás y niega muy seria.

—A Mía no le gustaría. Le estará esperando en su dormitorio —informa. Yo frunzo el ceño.

—¿Mía? —Caigo en la cuenta—. Mía es mi hermana. Ava es mi sobrina. —Ella alza las cejas y abre la boca.

Esa boca…

La agarro de la mano y tiro de ella cruzando pasillos, saliendo al patio y corriendo hasta el jardín botánico. Cuando llegamos, la detengo en medio de las flores, la agarro con suavidad del cuello y la mejilla, la atraigo hacia mí, pego su cintura a mi cintura y la beso, esta vez sin contenerme. ¡Estoy harto de hacerlo!

29

NO ES DE MI INCUMBENCIA

Nath

Presente…

—Buenos días, Helena. ¿Puedo llamarte Helena? —Mía me pregunta cuando entra en la cocina.

—Por supuesto, señorita Greystone —contesto—. ¿Quiere café? ¿Té?

—Llámame Mía. —Toma asiento en una silla y se recoloca la melena por detrás de los hombros—. Café, por favor.

Lo preparo mientras ella toquetea la pantalla de su móvil con velocidad.

—Aquí tiene. —Se lo planto delante—. He hecho tortitas y cortado frutas. —También lo coloco al lado de la taza.

—Oh, gracias. Podría estar desayunando en el Hilton, o mucho mejor. —Coge un tenedor y pincha plátano y manzana.

—Gracias. La fruta es del mercado de Pemberton.

—¿Y cómo te llevas con Alistair? —pregunta de repente, sin esperármelo. Menos mal que no me ve la cara, escondida tras la puerta del frigorífico del que saco zumo de naranja que exprimí hace veinte minutos—. ¿Tenéis buena relación?

¿Relación?

—La oportuna. Es el lord de la finca. —La cierro, vierto el zumo en un vaso y se lo doy.

—Es demasiado estirado y responsable. Aburrido, como vivir aquí. Mi hija lleva razón. Llevo años diciéndole que se mude a Londres cerca de nosotras, pero se niega a abandonar este lugar. Además, estaría también más cerca de su trabajo.

¿Su trabajo?

Mejor no pregunto, no es de mi incumbencia. ¿O sí?

Brian y Ava entran en la estancia, uno detrás de otro y nos saludan.

—Ya he conocido a tu hijo. Se han hecho amigos al instante —me informa Mía con una sonrisa—. ¿Queréis desayunar?

—Síííí —grita Ava. Brian me mira a mí, pidiéndome permiso.

Lo siento en otra de las sillas y preparo más platos.

—Por favor, Helena, siéntate con nosotros —me pide la señorita Greystone.

—No sé si debería.

—¿Mi hermano no te deja desayunar acompañada? ¿Es demasiado duro? No sé cómo se aguanta él mismo —farfulla esto último—. Por favor, yo me encargaré de él. Desayuna con nosotros —casi me obliga.

Me hubiera gustado preguntarle más sobre el lord, pero me aguanto y me guardo mis preguntas por no ser cotilla y descortés. Le agradezco en silencio la charla. Echo de menos a Brenda y se me ocurre una idea que lleva semanas rondando mi cabeza. Más bien una promesa que aún no he cumplido. Por esto, cuando termino de recoger la cocina, voy a las caballerizas en busca de Henry.

No hace frío, el invierno ha pasado y se ha llevado el aire invernal, pero una pequeña bruma se aferra al campo. La rutina constante en mi vida me ayuda a seguir adelante, aunque a veces, ese deseo de

algo diferente se enreda en mí, y ese algo tiene nombre y apellidos: Lord Alistair Greystone, el señor el castillo.

Cuando empujo la puerta, veo a Henry ocupándose de los caballos. Se mueve con destreza, llena los comederos y acaricia el lomo de uno de los animales. Este hombre me hace sentir más tranquila y segura; un amigo en el que puedo confiar.

—Buenos días, Henry —le saludo mientras me acerco. Él levanta la vista y sonríe, en un gesto sincero.

—Buenos días, Helena. ¿Cómo va la cocina? —pregunta mientras continúa su labor.

—Va bien, gracias. Pero… quería hablar contigo sobre algo —digo — ¿Podrías llevarme al pueblo esta tarde?

—Claro. Cuenta conmigo para lo que necesites.

—Tengo que comprar algo —invento—. No hay floristería en Pemberton, ¿me equivoco? —Quiero que me lleve a Eldridge. Mis pulgares se entrelazan mientras llevo a cabo mi plan.

—Podemos ir a mi pueblo. Cerca de mi casa hay una muy buena.

Eso quería escuchar.

—Estupendo. —Voy a llamar a mi madre y a Brenda. Se lo merecen. Y yo deseo escuchar voces familiares—. Gracias, Henry —repito, sintiéndome aliviada.

Él se vuelve hacia mí con una chispa de curiosidad en sus ojos.

—¿Todo bien en el castillo? No es sencillo trabajar en un lugar como este.

—Es complicado, a veces…

—Puedes contarme lo que sea, Helena. ¿Seguro que estás bien?

Dudo sobre un instante, pero no voy a involucrar a nadie en mis problemas, y menos a él, que me ha tratado desde que llegué como una amiga.

—Sí, por supuesto. —Tras unos segundos sigue con su trabajo y yo lo miro—. ¿Sabes? Me gustaría salir de aquí un día. Ver tu pueblo.

—Es un lugar encantador. Te mostraré algunas de mis partes favoritas: la fuente en la plaza, las tiendas… hay una panadería con el mejor pan de la región.

—Suena maravilloso —sonrío, deseando tener un día normal, como los de hace muchos años, como una chica joven que pasea y se mueve por el mundo sin miedo.

—¿Te parece bien el próximo sábado?

—Debo hablarlo con Mrs. Whitmore.

—Está bien. —Asiente con un ligero rayo de satisfacción—. Nos vemos al atardecer. —Alzo una ceja—. Para llevarte al pueblo —esclarece.

—Sí, claro. —Me giro y me detengo tras unos pasos—. Henry, no… No es una cita. Somos amigos.

—Considéralo un favor de amigos. —Amplía la sonrisa.

—Significa más de lo que imaginas.

30

LLAMADAS NECESARIAS

Nath

Presente…

La furgoneta de Henry se mueve por el camino de tierra que conduce al pueblo. Miro por la ventana el paisaje, no obstante, son los ojos del señor del castillo los que aparecen delante, tal y como me han mirado desde una de las terrazas antes de subir al coche sin inmutar su cuerpo ni esconderse. Me ha puesto los vellos de punta y mi corazón ha palpitado en mi pecho.

—¿Qué flores deseas comprar? —Henry maniobra por una vía estrecha.

Piensa rápido.

—Lirios…

—¿Por alguna razón especial?

—Me recuerdan a mi madre.

—¿Cómo era?

Reacciono al tiempo verbal de su pregunta. Cree que ha muerto.

—Oh, no ha fallecido. Vive lejos.

—Siento el error. Soy un idiota. ¡La he matado! —Da un golpe al volante, y me hace sonreír.

Aparca junto a una floristería modesta pero encantadora con un letrero de madera que dice Flor de Vida en letras de colores.

—Voy a hacer unas gestiones en la ferretería de al lado. Aunque si lo prefieres, te acompaño dentro.

—No te preocupes. Solo voy a comprar unas flores —bromeo, ante el jardinero.

—No quieres un profesional. —Alza las manos—. Lo entiendo. —Salimos del vehículo y nos separamos.

Respiro hondo y me dirijo a la puerta. Huele a fragancia de flores frescas. Ramas de lavanda, rosas, margaritas y lilas. Una mujer mayor, con el cabello canoso y sonrisa amable me saluda tras el mostrador.

—Bienvenida a Flor de Vida —dice con una voz suave que me hace sentir como en casa— ¿Puedo ayudarte en algo?

—Tiene una tienda preciosa.

—Oh, gracias.

Me prepara un ramito de lirios y me atrevo a hacerle la pregunta.

—Verá… ¿Sería posible usar su teléfono?

—Por supuesto, querida —dice la floristera con una sonrisa cálida. Le agradezco la amabilidad y me dirijo a la parte de atrás, donde me indica.

—Solo será un momento.

Una vez allí, encuentro el teléfono de línea fija en una mesa sencilla, rodeada de jarrones con flores recién cortadas y la nostalgia y el nerviosismo me envuelven.

—¿Hola? —responde mamá al otro lado.

—¡Mamá! Soy yo, Nathalie. —Mi voz se quiebra ligeramente al escucharla.

—¿Nathalie? ¡Dios mío! ¿Estás bien? He estado tan preocupada. ¿Y Brian?

—Estamos bien.

—Gracias a Dios. No sabía cuánto tiempo más podría soportar sin saber de ti. Diablos, he estado pensando en ti todos los días a todas horas.

—Yo también te he echado mucho de menos —admito, cerrando los ojos mientras me dejo llevar por su voz.

—¿Cuándo vas a volver? Richard viene casi todos los días y…

—Mamá —la corto—. No puedes decirle que hemos hablado. No puedes decirle que te he llamado por teléfono.

—Pero hija… Es tu marido.

—Hay cosas que no sabes.

—Dímelas. Está preocupado. Brian también es su hijo.

Me dan ganas de llorar.

—Cuídate, mamá. Hasta pronto. —Cuelgo, y antes de desmoronarme del todo, hago otra llamada—. ¿Brenda?

—¡Nath!

—Ahora me llamo Helena.

—¡Dios mío! ¡Estás bien! ¡Dime que estás bien!

—Sí, no te preocupes.

—¿Cómo quieres que no me preocupe? Richard me ha puesto escolta, lo sé, no soy tonta. Me siguen a todas partes. Me ha sometido a varios interrogatorios y…

—¿Te ha hecho daño?

—¡No! Pero es muy intimidatorio. Te está buscando, Nath, y no parará hasta conseguirlo. Deberías salir del país.

—No creo que sea buena idea pisar un aeropuerto ahora y… Estamos bien en el castillo.

—¿¡Vives en Whispering!?

—No digas nombres. Richard podría haber pinchado tu teléfono.

—Llevas razón.

—Debo dejarte. Volveré a llamarte. Te quiero. —Dejo el auricular sobre la base y rompo en un llanto demoledor.

—Querida… —La dueña de la tienda entra al escucharme y me agarra de las manos—. ¿Por qué lloras? —No puedo hablar y ella insiste en que tome asiento, me tranquilice y me da un vaso de agua.

Henry aparece poco después, cuando ya tengo el ramo de lirios en las manos y estoy pagándolo. Nota algo raro, sin embargo, no hace preguntas de camino al coche.

—Estás muy callada —advierte—. Sé que algo te pasa y que no quieres decírmelo, pero insisto, somos amigos.

Respiro varias veces, con las flores en mi regazo.

—Echo de menos a mi familia —me sincero en parte.

—Te entiendo… —musita—. ¿Te importa que paremos en Pemberton? Tracy tiene que darme algo para mi padre.

Tracy nos recibe en su cafetería con alegría y me da un abrazo. Le comento que he hablado con Brenda y que sigue bien.

—¿Y eso no te ha hecho feliz? Os preparé algo de cenar, eso te cambiará la cara. —También ha percibido mi malestar.

Huele a comida casera y cerveza. Hay música de fondo que sale del viejo *jukebox* y por un segundo siento que ya pertenezco a este mundo.

Henry y yo tomamos asiento en una de las maderas, lejos del grupo de hombres que hacen ruido en la barra.

—El estofado os reconfortará —indica Tracy, dejando dos cervezas entre nosotros—. Nunca decepciona —asegura con confianza.

Henry me cuenta una historia de su infancia, su mejor amigo se fue del pueblo hace más de diez años y jamás ha vuelto a saber de él.

—Pasábamos todo el día juntos y un día… desapareció. Lo echo de menos. Por esto te entiendo perfectamente. Pero tú puedes elegir volver…

—No puedo, Henry. No me pidas que te explique más, porque no puedo. —Los ojos me brillan.

—Vale, pero no te quedes atrapada en ese lugar.

—¿Lugar?

—Sí, ese que te entristece y hace que te pongas así. Me gusta verte sonreír.

La cena llega y con ella el sabor de la jugosa carne.

—Está delicioso, Tracy —afirmo, relamiéndome.

—Ya os lo dije. —Uno de los hombres tira un botellín de cerveza al suelo—. Voy a amarrar al ganado. —Se marcha a regañarles.

Mientras comemos, noto cómo la mirada de mi amigo se detiene en mí de vez en cuando, evaluando mis reacciones, buscando indicios de mi bienestar. Sus ojos son cálidos y comprensivos y dudo si lo que siente por mí es solo amistad. Si fuera más allá, me

gustaría dejarle claro que no complicaría las cosas entre nosotros, sin descubrirle que mi sangre se calienta por el señor del castillo.

—¿Te apetece tomar algo antes de irnos? —me pregunta Henry mientras salimos.

—Es mejor que regrese al castillo. Es tarde, y mañana tengo mucho trabajo —respondo, sintiendo que el tiempo ha pasado volando.

—No quiero que te regañen por llegar tarde —bromea, y ríe.

Henry arranca el motor y comenzamos el trayecto de regreso. Las luces del pueblo se van desvaneciendo poco a poco a medida que nos acercamos al castillo. La distancia entre ambos aumenta, y aunque estoy contenta por haber disfrutado de esta salida, un leve desasosiego comienza a apoderarse de mí.

Llegamos a las inmediaciones de The Whispering Manor y Henry detiene la furgoneta frente al gran portón y las escaleras.

—La princesa ha llegado a su castillo —se gira hacia mí.

—Gracias por todo lo que haces por mí.

—Lo hago con mucho gusto. Me gusta pasar tiempo contigo. —Sus ojos sostienen los míos un tiempo prolongado.

—Eres un amigo increíble. —Él considera un acercamiento, no obstante, ante de que actúe, reacciono y me despido—. Hasta mañana. —Bajo del vehículo, subo las escaleras y me quedo en la entrada del castillo observando cómo la luz de los faros se aleja por el camino.

Me vuelvo hacia la entrada principal y busco la llave en uno de mis bolsillos, sin embargo, en ese momento, el portón se abre y alzo el mentón, esperando a ver al mayordomo tras ella, pero… Es otro rostro el que me encuentro.

Lord Alistair Greystone tiene la mandíbula apretada y no parpadea.

31

TODO ES DE MI INCUMBENCIA

Greystone

Presente…

La noche se despliega sobre el castillo Greystone, así lo llamaba mi padre. La soledad viene conmigo de la mano mientras camino por los pasillos. He estado esperando, y la paciencia, aunque habitual en mis días, ha empezado a desgastarse.

Miro por la ventana, viendo cómo la luna se asoma con una luz plateada, pero no es su brillo lo que me impide concentrarme. Mis pensamientos giran alrededor de ella, Helena. Hace horas que salió, y los minutos se han estirado en un interminable sufrir. La enferma preocupación se ha colado en mi pecho, y no puedo dejar de pensar en por qué no está aquí, en el castillo, segura. La imagen de Henry, el jardinero, guiándola por el pueblo se repite en mi mente una y otra vez.

Me acerco a la puerta principal, consciente de que la tensión me consume, y cuando el sonido del motor se acerca, mi corazón se acelera. Su coche entra en el camino y la luz de los faros se proyecta a través de las ventanas. Salgo al umbral, mi respiración se tensa en anticipación, pero un rayo de celos me atraviesa con la fuerza de un trueno.

La puerta se abre y la veo; Helena. Su figura se recorta en el marco de los faros del patio, y aunque la felicidad debería invadirme, la ira de alguna forma se hace más fuerte. La imagen de ella con Henry, riendo y disfrutando del pueblo, me sienta mal en el estómago.

¿Se habrán besado?

¿Qué hay entre ellos?

—Helena —pronuncio su nombre más brusco de lo que pretendía. Ella se sorprende— ¿Dónde has estado?

—No es de su incumbencia. —Su respuesta es fría, casi despectiva.

La frialdad de su tono me hace apretar los dientes.

—Por supuesto que es mi incumbencia. Todo lo que ocurre en mi castillo lo es.

Helena frunce el ceño

—No tengo que rendir cuentas de lo que hago en mi tiempo libre. No soy una niña. Puedo salir con quien quiera.

—¿Habéis salido? —Ardo por dentro. Los celos me ciegan.

¿Habla de una cita?

—¿Tanto le importa? —Su tono se agudiza, provocándome una batalla verbal que no sé si deseo ganar— ¿Se ha convertido en mi guardián? —El fuego en sus ojos despierta algo dentro de mí, una mezcla de rabia y deseo. "

—No, Helena. Pero me preocupo por ti. La noche puede ser muy peligrosa.

—Usted mejor que nadie sabe que la zona es muy tranquila. —Se mueve unos milímetros—. No sabía que necesitaba su permiso para salir de la mansión.

—No lo necesita. —Freno un poco. Me gustaría decirle cuántos peligros hay ahí fuera y que ni yo puedo mantenerla a salvo.

No… Yo incluso podría acabar con su vida…

—Entonces… No entiendo por qué me ha recibido así —replica, furiosa. No conozco esta faceta suya que solo alimenta el deseo en mi interior.

El aire se enrarece más todavía, se espesa, y no logro ignorar lo que siento, ya no.

—No se trata de que no puedas hacerlo.

—Milord, si no desea nada más, me retiro a mis aposentos.

Desprende rabia y no sé por qué. Doy un paso hacia ella, cerrando la distancia que nos separa y musito sobre sus labios.

—No quiero verla con él, simplemente no puedo soportarlo —rujo esto último.

El silencio que se establece entre nosotros sobrepasa fronteras y la chispa que ya se encendió hace unas semanas se hace más intensa.

No lo resisto ni quiero. La agarro del cuello con los dedos y la beso sin reprimirme. Ella responde de igual manera y el fuego se concentra ahora en nuestros labios.

No hay palabras; solo sentimientos.

Sus manos se deslizan por mi espalda y vuelco sobre su boca y su lengua la lucha, la rabia, los celos y el deseo. Me pierdo en una intensidad que no controlo y lo que somos cuando estamos juntos surge como un gigante.

La empujo hacia atrás y su espalda se apoya en la pared; mi pecho contra su pecho. Soy consciente de que su piel arde y que abre la boca para darle espacio a mi lengua, que se enreda con la

suya. Hacía mucho que no sentía esto, la humedad, el calor, la cercanía. Helena sabe a una nueva oportunidad, huele a las primeras lluvias del invierno, se siente como los rayos de sol sobre la piel en un día de verano.

Aferro mi mano a su cintura y aprieto. Ella gime y nos escondemos en un recoveco del hall, tras un muro y unas cortinas. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que me puse tan cachondo? Ahora sé que he querido hacer esto desde que la vi, aunque me lo negara. Y no me aguanto ni quiero. Rozo mi sexo con su sexo sobre la ropa durante unos segundos. Levanto una de sus piernas y le muerdo el cuello. Introduzco la mano entre sus braguitas y noto su humedad, dos dedos resbalan entre sus labios y cuelo uno dentro. Ella se agarra a mi cuello y amortigua un jadeo pegando su rostro a mi pecho.

Me pongo a mil. No quiero hacer esto con ella aquí, prefiero en la cama, sin embargo, algo se apodera de mi raciocinio. Masajeo también su clítoris, hago giros sobre él y su boca se convierte en un círculo perfecto, coge aire e hincha el pecho.

—Mírame —le ordeno, para que abra los ojos; quiero leer dentro de ellos; cuánto le gusta, cuánto lo desea.

Empujo una puerta y, sin salir de su vagina y besándola de nuevo, entramos en una habitación que hace la función de armario, un vestidor muy grande que guarda enseres inservibles. La tumbo sobre una mesa, le quito la ropa interior, le subo la falda hasta la cintura y abro sus piernas. La observo aún vestido, ella casi desnuda, libre, pura y sin vergüenza. Me agacho y chupo su monte de Venus. La follo con mi lengua hasta que sus gritos ahogados y los espasmos de su cuerpo me indican que se ha corrido. No me detengo, no quiero ni puedo, con ella todo se desvirtúa. Ahora no soy lord ni miembro de la nobleza británica; soy un hombre, un mortal, el señor del castillo. Me bajo los pantalones y acerco el glande hasta ella, me gustaría metérselo en la boca, pero no quiero asustarla. Ella alza la

cadera para darme acceso, pero la sujeto con suavidad, introduzco la punta y me quedo inmóvil, sintiéndola…

Helena se rinde a mí y me ruega.

—Alistair, por favor…

—¿Qué quieres, Helena?

—Hazme tuya.

Yo solo obedezco, además de calmar mi sed y cumplir mi deseo desde hace meses, oscuro y oculto. La meto con cuidado, hasta el fondo, lo noto. La saco de nuevo y lo repito, golpeo el final.

—Ahhh… —gimo.

—Arrggg —ella jadea.

Llevo mis dedos hasta su clítoris, otra vez, esparzo su excitación por su piel y me llevo uno de ellos a la boca y lo chupo, relamo su sabor. Ella mantiene las piernas ligeramente flexionadas y trata de moverse, pero le prohíbo que arquee la espalda y la aguanto abriendo otra mano sobre su torso.

Entro y salgo de ella una y otra vez, una y otra vez.

Ella, su cuerpo, su mente y sus músculos se han rendido a las sensaciones. La alzo, rodeo mi cintura con sus piernas, agarro sus nalgas y acelero el movimiento de mi pelvis. El placer se acumula en el ojo del huracán que los dos hemos creado. Se gesta, crece y se vuelve inaguantable. Nos comemos a besos, nos devoramos, los dientes chocan, la mordisqueo.

Ella es mi debilidad.

Cuando la siento al borde de la exasperación incremento más el ritmo, y más y más; la velocidad, la presión, la locura… Nos corremos al unísono. Me derramo dentro de ella y no paro hasta

exprimirme, porque no quiero ni puedo ni lo deseo, porque con Helena no controlo ni el querer ni el poder ni el desear.

Ella me vuelve loco, a mí, al lord, al controlador, al señor del castillo, al hombre que oculta un pasado que arrasará con todo a su paso.

32

SI FUE UN SUEÑO, NO QUIERO QUE TERMINE

Nath

Presente…

Anoche me fui de su cama; no lo deseaba, pero tenía que evitar que alguien nos viera y Brian dormía en mi dormitorio, podía preguntarse dónde he estado durante la madrugada si se despertaba.

Hicimos el amor… En el vestíbulo, en una pequeña habitación y después en su dormitorio.

Abro los ojos lentamente y la confusión y la paz al darme cuenta de lo que ocurrió me invade. La noche fluyó con una delicia que me pone los vellos de punta. La suavidad de las sábanas y sus manos, la calidez con la que me trató y su piel rozando la mía.

¿Fue un sueño? Si fue así, no quiero que termine.

Al darme la vuelta, miro el vacío a mi lado. Brian no está allí y, a pesar de la pereza que me invita a quedarme, debo ponerme en marcha. Mía llegó hace un par de días y le he prometido un desayuno especial para ella. Quiero hacerle una tarta de queso que me enseñó a cocinar mi madre. No somos amigas, pero es la persona más afín a mí en cien kilómetros a la redonda.

Me levanto con cuidado, evitando hacer ruido, y me visto con un vestido ligero. Camino hacia la cocina, el aroma del café recién hecho me guía como una brújula. La casa está en silencio, pero en el hogar de Greystone, esta calma me resulta reconfortante.

Al llegar, encuentro a Mía sentada en la mesa, hojeando un libro de recetas con una sonrisa curiosa que ilumina su rostro.

—¡Buenos días, Helena! —exclama, su voz suave y llena de energía—. Te estaba esperando y he preparado el café.

—Buenos días, Mía —respondo con una sonrisa—. Si me das un rato, te preparo lo que te prometí.

—No tengo prisa. Ava está con la tutora de Bunky, así no pierde el ritmo de las clases, ni se ha quejado por ello. —Achina los ojos y me observa—. Hoy… Te veo diferente. —Se levanta—. Déjame ayudarte. Estoy aburrida de no hacer nada.

Busco unos platos de los estantes y ella insiste.

—¿Dormiste bien? No me malinterpretes, tienes buena cara, pero… —cuestiona, consciente de que no desaparece la sonrisa de mi rostro.

—Fue una noche tranquila —miento como una bellaca—. ¿Y tú?

—No es fácil ser la hermana de un lord, además uno como Alistair, obsesionado por la perfección y por el que dirán, con las expectativas tan altas. —Detengo el movimiento de mis manos—. No te esperabas esta declaración tan temprano. —Suelta una carcajada —. Perdona, es que siento que te conozco desde hace mucho, como si tuviéramos más cosas en común de las que se ven a simple vista.

Tras un buen rato, la mesa está lista, y nos sentamos a disfrutar del desayuno. Las risas y la conversación fluyen entre nosotras, y me doy cuenta de cuánto aprecio tener a Mía cerca.

—¿No puedes dar un paseo conmigo?

—Me encantaría, pero me debo a mi trabajo —me disculpo y voy a realizar mis tareas. Hoy toca limpiar la biblioteca, donde el polvo se acumula demasiado.

Armada con un plumero y un trapo, camino hacia allá, hacia ese mundo rodeado de conocimiento. Al acercarme, noto que algunas superficies necesitan atención.

¿Dónde estará Alistair?

Mis pensamientos divagan alrededor del lord mientras limpio el polvo con esmero. Reflexiono sobre la noche anterior y noto cómo me mojo por dentro. Me ha dejado con ganas de más, pero no solo de repetir la noche de pasión, sino de conocerlo más a fondo, sin embargo algo me dice que va a ser difícil romper esa coraza.

¿Puedes enamorarte de alguien casi sin conocerlo? ¿Estoy enamorada?

De repente, paso la mano por el lomo de un libro de tapas doradas, lo cojo y algo cae al suelo. Me agacho para recogerlo y encuentro que son dos fotografías que han estado atrapadas entre las páginas. Las sostengo con cuidado, observando las imágenes.

En la primera foto, hay dos niños sonrientes, con el cabello despeinado y los rostros radiantes; están en bañador, como si acabaran de salir de una piscina. En la segunda, ellos posan junto a un perro de grandes orejas.

—¿Quiénes son? —susurro. Una oleada de nostalgia me golpea.

Pero hay más, bajo la estantería se ha caído otra. Alargo el brazo y me hago con ella. Los mismos niños, pero están acompañados por Alistair, también sonriente, con una felicidad que no le he visto desde que lo conozco, parece otra persona.

La curiosidad nace en mí, y con la mente llena de preguntas, empiezo a buscar indicios en la biblioteca. Recuerdo haber escuchado fragmentos sobre su infancia, historias que habían flotado

de los labios de Mía en momentos desprevenidos, pero nunca nada tan concreto.

Coloco las fotografías sobre la mesa y sigo buscando en los libros alrededor. Abro libros y busco en miles de páginas. Quiero saber más, no solo sobre ellos, sino sobre Alistair, sobre esa historia que hay detrás sin duda.

Encuentro un papel con unas palabras escritas a mano:

El amor también vive en los recuerdos, en nuestro interior, en nuestro corazón. Mía.

Escucho un ruido fuera y guardo las fotografías en uno de mis bolsillos. Alguien entra sin pedir permiso, por supuesto.

33

NO PUEDE SER

Greystone

Presente…

El bullicio de Londres es un mundo diferente. El sonido de motores, conversaciones que van y vienen y su inconfundible olor a asfalto y contaminación.

Miro a través de la ventana del coche que me lleva a encontrarme con mi cita y las edificaciones del distrito financiero se alzan hasta el cielo, recordándome lo que en realidad me gusta estar en el castillo.

Más ahora… Con Helena.

He venido a reunirme con Peter, el investigador privado al que le he encargado averiguar todo sobre Helena Prescott. Desde que nuestras vidas se cruzaron, la inquietud sobre su pasado no me deja en paz. Necesito respuestas, y hoy por fin espero obtenerlas.

Hemos quedado en un café. Mi chófer se detiene junto a la acera y bajo del vehículo con ganas de averiguar eso que no me cuadra. Localizo a Peter en una mesa al fondo, con una carpeta en la mano. Su expresión, generalmente confiada, ahora tiene una sombra de seriedad que me inquieta.

—Alistair —saluda, levantándose y dándome un firme apretón de manos—. Siento haberte avisado con tan poco tiempo. Pero es importante.

—¿Qué has encontrado? —indago sin más preámbulos y tomo asiento frente a él—. ¿Has hecho bien la tarea que te encomendé?

—La duda ofende. —Su mirada no refleja humor—. He estado investigando a fondo a Helena Prescott como me pediste.

Recibo la carpeta con ansiedad, hasta noto su peso. La abro y, en un primer vistazo, me encuentro con una fotografía. El rostro que aparece no es el de Helena. Esta mujer no es ella; es más seria, no concuerda con la calidez de la persona que está a punto de derribar la fortaleza.

—Esto… no es ella —aseguro, revisando la foto una y otra vez, como si el hacerme el desentendido pudiera cambiar la realidad.

—Lo sé —responde el investigador—. Ella se identificó como Helena Prescott, pero tras unos cuantos cruces de información, encontré que es otra persona. Su nombre real es Nathalie Moore.

—¿Qué estás diciendo? —interrogo, sintiendo que toda mi certeza se tambalea.

—He encontrado cosas…

—¿Qué tipo de cosas?

—Su marido la está buscando.

—¿Marido? ¿Está casada? —Asiente, y yo hincho los pulmones y los lleno de oxígeno.

Cierro la carpeta y el ruido del papel suena como un golpe en mi pecho.

—No puede ser. Helena es amable, generosa. Hay algo en ella que no encaja con esto.

—Quizás la persona que has conocido es parte de una gran mentira, Alistair. A veces, las apariencias pueden ser engañosas. Deberías tener mucho cuidado —advierte Peter, dejándome con un lacerante nudo en el estómago—. Debes ser cauteloso.

—No puedo darme el lujo de mirar hacia otro lado. —Me levanto —. Te agradezco la información, pero no puedo asumir que este sea el final. Sigue investigando.

—Como desees —accede, aunque veo un destello de preocupación en sus ojos—. Pero recuerda que algunas verdades son más difíciles de enfrentar de lo que imaginas. Mantén los ojos abiertos, Alistair.

De regreso a Greystone, mi mente no deja de pensar en Helena o en… Nathalie. Cierro los ojos y trato de recordar su risa, la forma en que ilumina las habitaciones con su presencia. La conexión que siento con ella es tangible, es real. Pero ahora, como un hilo negro en medio del color, la incertidumbre se cierne sobre nosotros.

A medida que regreso a mi hogar, mi pecho se agita con la lucha interna entre la necesidad de confrontar la verdad y el deseo de aferrarme a la Helena que he llegado a conocer. Pero no puedo ignorar la advertencia de Peter. Algo en mí me dice que de esta vez no puedo simplemente dejar que las emociones dirijan mis acciones.

Juro que descubriré qué hay detrás de la hermosa fachada de Helena Prescott y si en verdad hay motivos para temerla o, por el contrario, si ella es la salvación que he estado buscando.

Nathalie Moore.

34

TRAICIÓN

Greystone

Presente…

Regreso al castillo y dejo atrás Londres, aunque la incertidumbre y la decepción se vienen conmigo; van sentadas a mi lado en el coche que me lleva hasta la mansión Greystone. Reviso mentalmente la conversación con Peter y el informe que me quema en las manos. La confusión y la ira tampoco se han quedado en la ciudad, preguntándome cómo enfrentar a Helena y ni si debo hacerlo.

Nathalie Moore, me has traicionado.

Bajo del coche y le doy las gracias al chófer. Todo está igual pero distinto, al menos, yo lo veo de otra manera. Henry me saluda al pasar a unos metros y me da la bienvenida; lleva un saco cargado en los hombros. Es raro, pero me alivia que no esté pasando el tiempo con Helena.

Helena…

La he conocido como tal y mi mente se niega a llamarla Nathalie, porque ¿quién es esa mujer? ¿Qué hace aquí? ¿Qué busca? ¿Qué pretende?

Una idea crece delante de mí, se hace grande. ¿Tendría un plan para engatusarme? ¿Se ha acercado a mí por mi dinero?

Subo las escaleras hasta la entrada principal con una firme convicción, algo que he madurado durante tres días, mientras estaba en quirófano, atendía a pacientes y asistía a reuniones en las que no

me apetecía estar. Una decisión difícil que me deja sin aliento: despedir a Helena.

La revelación de su identidad no deja espacio para la confianza que a duras penas hemos construido. Ronald me espera en la puerta para informarme de los pormenores ocurridos en la finca.

—¿Todo bien, señor? —Al mayordomo le extraña mi despiste al escucharlo.

No le respondo y voy directamente a la cocina en busca de esa mujer, la que me ha mentido, la que no conozco. La tarea de preparar el almuerzo la mantiene concentrada en el fuego y no se percata de mi presencia y me tomo unos segundos para observarla. No lo hago a posta, sino que algo más fuerte que yo me obliga a detenerme y me sacude el pecho.

Sus manos se mueven con agilidad, coge una cuchara del cajón y prueba el caldo. Cierro los ojos y su boca hace un ruido reproduciendo en mí un escalofrío. Cuando los abre, posa sus pupilas sobre mí y sonríe.

—Milord —se sorprende. Sigue tratándome la cortesía que merezco y respetando mi rango en esta casa y no sé cómo me hace sentir eso.

Aprieto los labios y me quedo mudo. ¿Qué decir? Hay tanto que hablar que cada sílaba se queda atrapada en mi garganta.

¿Quién eres?

—¿Cómo le ha ido el viaje?

—Perfectamente —suelto con frialdad, pero la profundad de sus ojos me tambalea.

Achina los ojos y tuerce el gesto, pegando su mejilla al cuello, escudriñándome.

—¿Seguro? Parece decepcionado. —Da en el clavo.

—Tengo cosas que hacer.

Frunce el ceño, pero no protesta. En su lugar, asiente con tristeza y el nudo en mi pecho se hace más grande. Cada vez que la miro, dejo de ver solo a la mujer que se ha insertado en mi vida, sino a alguien cuya existencia se vuelve un rompecabezas. Y sin embargo, no puedo permitir que sus ojos me roben el aliento.

Con un movimiento decidido, me doy la vuelta y empiezo a alejarme, pero mi mente lucha contra cada paso. Me repito que es lo correcto, que no puedo quedarme en un lugar donde la confianza ha desaparecido, incluso si eso significa perderla. La distancia entre nosotros se siente amarga, cargada de palabras que no digo y verdades que no puedo transmitir.

El remordimiento me oprime, como un enemigo invisible que se aferra al centro de mi ser. Mientras recorro los pasillos del castillo, me confronta la idea de que tal vez la decisión de despedirla no es tan fácil como había imaginado.

De alguna manera, no importa lo fuerte que trate de ser, al menos por ahora, algo dentro de mí se niega a dejarla ir. Una lucha entre la razón y el deseo, entre lo justo y un amor que nacía. El silencio llena el espacio donde alguna vez hubo nuevos sueños.

35

SOMBRAS

Nath

Presente…

—Vamos, Bunky, te espera la tutora. —Llamo así a mi hijo aunque estemos solos por razones obvias. Lo animo a que se dé prisa para vestirse y baje las escaleras hasta la sala dispuesta para ello. Él va contento porque Ava sigue en la mansión y se han hecho inseparables. Yo no estoy tan feliz. Desde hace una semana Alistair casi ni me mira y no sé qué ocurre. Se habrá pensado mejor el mantener una relación con una plebeya. ¿Eso es lo que soy?

El aroma del pan recién horneado llena la cocina, pero no a mí. Mientras amaso, me sorprendo pensando en Alistair más de lo habitual. Sus risas, su mirada intensa, los momentos robados en rincones oscuros del castillo. Todo parece vago y distante.

Desde que regresó de Londres, hay una sombra que se cierne entre nosotros, densa y pesada. Alistair no se dirige a mí y, cuando lo hace, hay una frialdad en su mirada que me desarma. Siento como si me hubiera convertido en un fantasma, alguien a quien él ya no reconoce ni desea ver. Me preocupa, me confunde, y lo más doloroso: me aterra.

Hoy, como todos los días, me he levantado pronto para comenzar mis tareas, pero la verdad es que todo lo que hago me parece monótono y vacío. Mi mente está a mil por hora, preguntándose una y otra vez qué ha cambiado. He tratado de hablar con él; he buscado su mirada, pero él se zafa con evasivas. Hay momentos en que casi puedo escuchar el latido de mi propio corazón mientras busco su rostro entre los pasillos.

—¿Dónde están los ingredientes para el pastel? —me pregunta Karen y me devuelve a la realidad.

—En el armario, a la derecha —respondo absorta, sin saber si mi tono es igual que de costumbre.

¿Por qué Alistair actúa así?

Una parte de mí quiere gritarle que estoy aquí, que no he desaparecido, que lo que compartimos no se ha borrado.

Espero, espero que venga, me bese y me hable, pero eso no sucede. Una sonrisa, una sola sonrisa me valdría. Alzo el mentón y observo la puerta entreabierta. Quiero salir y buscarlo, pero él no desea que lo encuentre. Miro hacia abajo y la punta de mis zapatos se acercan a un abismo en el que me balanceo. Doy un paso atrás y salgo de la cocina. A lo lejos, lo veo de pie en el vestíbulo, con la espalda erguida, hablando con su hermana, Mía. Su voz resuena, pero distorsionada a mis oídos, mientras mi corazón se hace un nudo. No me permito el lujo de acercarme.

—Creí que habías avanzado, Alistair. Me lo juraste —le reprocha Mía.

—No es lo que piensas.

—No fue culpa tuya.

—Claro que sí. Y no quiero hablar de esto.

—No te ayuda hacer como si no hubiera ocurrido.

—¡¿Qué quieres, Mía?! ¡Me pides que avance pero que no olvide! —Alza las manos—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué has venido? ¿Por qué no os vais todos y me dejáis solo? —Me siento aludida con esto último—. Estoy harto. —Se gira y se marcha a pasos agigantados.

—¿Helena? —La voz de Mía me saca de mis pensamientos— ¿Todo bien? —Se acerca dando unos pasos—. Siento que hayas sido

testigo de esto. Los hermanos discuten. Nosotros no vamos a ser diferentes.

—Disculpa, no era mi intención entrometerme. Salía de la cocina y… —murmuro.

—Se te ve un poco pálida —comenta, preocupada. Me da la mano y me lleva de vuelta a la cocina—. Deberíamos de dar un paseo por el campo, te vendrá bien salir de esta casa un rato.

—No puedo. Me debo a mis labores —le indico, y me debato entre preguntarle de qué estaban hablando o no. Por supuesto, no lo hago, porque sería sobrepasarme mucho, sin embargo, quizá me aclararía lo que le pasa al lord conmigo.

—Mi hermano es un estirado. Y un imbécil. Sí eso, un imbécil. ¿Qué se cree? Es lord, pero jamás había sido tan clasista.

—¿Por qué dices eso?

—Me ha pedido que no me tome confianzas contigo. Será idiota. Incluso me ha pedido que Ava no asista a las clases con Bunky. —Todo lo que dice me mata, pero en lo que se refiere a mi hijo…

Me muerdo el labio e intento no llorar. ¿A qué viene esto? Me gustaría confesarle a lo más parecido a una amiga que tengo aquí lo que siento, lo que ha pasado, pero sello mi boca y reviso lo que dejé en el horno.

—Tendrá sus razones —articulo, pero pienso en cuáles serán.

Me giro hacia el fregadero y lo veo caminar hasta las caballerizas.

—¿Es mi hermano? ¿Adónde va? —cuestiona Mía de pie a mi lado de repente—. Hace mucho que no sube a uno de los caballos. No sé ni por qué los tiene. —Chasquea con la lengua y sale del castillo; yo lo hago detrás de ella.

Cuando llegamos al establo, habla con Henry en un tono alto, dándole órdenes. El jardinero y chico para todo prepara uno de los

jamelgos para que el lord lo monte.

—¿Qué haces, Alistair? —protesta su hermana—. Baja de ahí ahora mismo.

Él hace caso omiso, le arrea y el animal salta y corre hacia un camino. Lo perdemos entre los árboles.

—Henry, por favor. Prepara uno para mí —le manda, y luego me mira a mí—. Voy a buscarlo.

—¿Estará bien?

—Espero que sí.

Unos minutos más tarde, me quedo sola con Henry en las caballerizas y recojo con él los aperos sobrantes.

—¿Recuerdas nuestra cita de este sábado? Bueno, ya me entiendes.

No me apetece en absoluto, pero salir de aquí me vendrá de perlas y acepto de inmediato.

—Por supuesto. Estoy deseándolo. —Intento sonreír.

36

UN POCO DE DIVERSIÓN

Nath

Presente…

—Hacía mucho que no venía por aquí —comenta Mía a mi lado, detrás de Henry, por las calles del pueblo, bajo un cielo salpicado de

estrellas. Invité a Mía a unirse a nuestra salida y ella gritó un rotundo sí.

No sé si a Henry le hizo mucha gracia cuando le dije que esperara y ella subió a la parte de atrás del coche.

—Espero que los niños no se despierten —manifiesto.

—Bah, Alistair se encargará de ellos. —Mueve la mano. Yo frunzo el ceño—. Sabe qué hacer, no te preocupes. Aunque él crea que no… —dice esto para ella, pero la escucho.

Llegamos al bar y el jardinero nos abre la puerta con una reverencia.

—Las señoritas primero… —bromea.

Hoy hay concierto y la música suena por todas partes.

—¡Vamos a divertirnos! —exclama Mía, con una amplia sonrisa en su rostro. Me contagia su entusiasmo y me animo.

Casi se me olvida que Alistair se ha alejado por completo de mí.

Una vez dentro, nos dirigimos hacia la barra y pedimos unas cervezas. Mía levanta su vaso y nosotros la imitamos.

—¡Por una noche inolvidable! —grita, y brindamos.

—Salud —respondemos Henry y yo.

Mía y yo nos movemos al ritmo de la música y pronto Henry me enseña algunos pases de baile. Mía se ríe y hace algunas fotos con el móvil. No sé cómo decirle que prefiero que no inmortalice mi rostro en ninguna parte. Las miradas del jardinero hacia mí son evidentes, así como su aproximación a mi cuerpo.

—Deberíamos hacer esto más a menudo —destaca en mi oído. Y no, ni escalofríos ni nada, ni un mísero latido en el corazón.

—Disculpa, ahora me toca a mí. —Mi amiga tira de mí hacia ella y giramos juntas. Nos reímos, y le agradezco en silencio lo que acaba de hacer.

Nos tomamos un respiro y las dos salimos a la puerta. Ella se enciende un cigarrillo ante mi mirada de sorpresa.

—Es solo de vez en cuando. Cuando salgo a tomar algo. Y hacía mucho que no salía —se excusa.

—No he dicho nada. —Soltamos unas carcajadas.

—¿Desde cuándo Henry y tú salís?

—¿A qué te refieres?

—¿Te has dado cuenta de que Henry está enamorado de ti?

Me echo a reír de nuevo, nerviosa.

—¡Eso es ridículo! —Sé que no lo es.

Mía arquea una ceja, claramente no convencida.

—Helena, te lo digo en serio. Lo llevo viendo desde que llegué a Greystone. Tenía mis dudas, pero hoy me ha quedado claro. —Un coche llega y los faros nos ciegan—. Aunque… sospecho otra cosa… —contempla una idea que me hace sonrojar enseguida—. Te creo, no es Henry el que te gusta…

¿Qué? ¿Lo sabe?

—¡Helena! —Una voz nueva me hace girar de inmediato.

Abro los ojos por completo y la reconozco con rapidez.

—¡¿Brenda?! —Avanzo hacia ella y nos damos un abrazo apretado —. ¡No puedo creer que estés aquí! —chillo, con lágrimas de alegría asomando por mis ojos.

—Te he echado mucho de menos —asegura llena de emoción—. Estás increíble. Te ha venido bien el campo.

—Tú estás estupenda… —Me doy la vuelta—. Te presento a Mía. Mía, ella es Brenda, mi mejor amiga.

Mía se acerca con una sonrisa y extiende la mano.

—Un placer conocerte, Brenda. —Alguien abre la puerta y las notas de la música llegan con más fuerza—. Os espero dentro. Tendréis mucho de qué hablar. —No da opción a réplica y se cuela dentro.

Brenda y yo nos abrazamos de nuevo, como si tocarnos nos asegurara que esto está ocurriendo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, con un halo de preocupación.

—Tranquila, he tenido mucho cuidado. Nadie me ha seguido.

—¡Me has llamado Helena! —Sonrío.

—¿Qué te crees? Vengo ensayando todo el camino desde Londres. Te llamas Helena.

—A veces se me olvida quién soy… —Suspiro.

—Para eso estoy aquí. Para recordártelo. Una cosa es esconderte de Richard y otra muy diferente de ti misma.

De pronto, Henry sale del local con dos cervezas en la mano y se queda parado delante de nosotras, observándonos, a mí y a Brenda.

—Oh, este es Henry, un amigo y el jardinero de Whispering. —Los dos se quedan mirándose durante unos segundos.

—¿Nos conocemos? —Henry habla a Brenda.

—No lo creo —suelta ella, pero yo comienzo a sospechar que miente por la situación y porque ella vivía aquí, seguro, su tía es de Pembroke, jamás me ha hablado de su pasado, al menos no en profundidad.

—Solo traigo… —El jardinero me da la cerveza—. No sabía que estabas acompañada.

—Tranquilo, sé llegar a la barra sola —suelta Brenda… ¿cabreada? La que se queda desconcertada soy yo.

¿Qué pasa aquí?

37

LOS BORRACHOS DICEN LA VERDAD

Nath

Presente…

—No, no, no, no puedes irte todavía —me sugiere Brenda, con tres chupitos de más y agarrándome de la cintura junto a la barra del bar de Tracy, su tía, que se ha alegrado mucho al verla.

—Claro que no. No podemos irnos —balbucea Mía, con un codo sobre la barra y media cerveza en la mano, muy alejada de la nobleza británica y de parecerlo.

—Mañana tengo que trabajar. —Soy la que ha bebido menos, pero todo me da vueltas.

—Ayyy —Brenda lloriquea—. Te he echado mucho de menos. Mucho… mucho. —Me abraza.

—Y yo a ti, pero podemos vernos mañana. Te quedas todo el mes. ¡Estás de vacaciones! —Sonrío, alegre porque pase aquí casi treinta días. La beso en la mejilla.

—La noche ha terminado, princesas. En diez minutos, la carroza se convertirá en calabaza —anuncia Henry, jugando con las llaves del coche.

—Henry, tú también has bebido —le reprocha Tracy.

—No lo suficiente. Un par de cervezas. Tranquila, conduciré con cuidado.

Sigo observando que Brenda lo mira con los ojos achinados, como gran parte de la velada, hasta con odio.

¿Imaginaciones de una borracha? Tal vez sí, tal vez no… Hacía mucho que no bebía, por eso se me ha subido tan rápido a la cabeza. Brenda es una mala influencia, o buena. Jo, la quiero, la quiero mucho… A Mía también le he cogido cariño, mucho… Yo también divago.

—Con mucho cuidado —insiste Tracy—. Si esperáis, yo puedo acercar a las princesas… Aunque más que princesas, parecen gremlins mojados —sigue hablando con el jardinero.

—Vamos, monstruitos. —Me coge a mí casi en brazos, a mí, no a Mía.

—¿Qué me has llamado? —chapurreo demasiado cerca de su boca.

—Yo puedo sola —anuncia Mía con ironía.

—Yo te ayudo. —Brenda se presta voluntaria para acompañarla al coche, pero ¿qué pasa cuando una persona beoda ayuda a otra en las mismas condiciones? Que las dos resbalan cuando dan dos pasos y pegan sus bonitos culos al suelo. Se parten de la risa y se levantan a manotazos con la ayuda de dos hombres que se acercan a ellas.

Vaya panorama.

El camino hacia el castillo es de comedia, aunque Henry lo definiría de terror. Mía vomitando por la ventana y yo riendo a carcajadas y la cabeza dándome vueltas. Henry, al volante, no sabe si reír o llorar.

—Estoy mareada —musito.

—No me digas —responde el jardinero con ironía—. De pequeño me bebí un barril de vino yo solo. Mi padre casi me mata —me cuenta, y en una recta detiene el coche a un lado.

—¡Hemos pinchado! —vocifero.

—Voy a sacar a Mía para que le dé el aire —me informa. Baja de la furgoneta, la rodea y abre la puerta de atrás—. Princesa, es hora de dar una paseíto.

—Estoy bien —argumenta, sin estarlo, ojo, porque casi no se le entiende.

—Qué bueno eres, Henry —dilucido yo, asomada por la ventana.

Unos minutos más tarde, llegamos a la mansión, al castillo del señor, y me pongo nerviosa por la posibilidad de encontrarme a Alistair en estas condiciones. Me provoca un escalofrío el recordar su mirada fría y distante.

Henry detiene el coche frente a la entrada y, con un gesto teatral, nos abre las puertas y nos ayuda a incorporarnos. Nosotras nos tambaleamos un poco.

—¡Cuidado, Helena! No querrás caerte tú también de culo —suelta, riendo.

—No, por favor… —sugiero, espeluznándome el espectáculo que podría dar si Alistair me viera. Él me agarra firmemente de la cintura. Mía va enganchada a su hombro y subimos las escaleras.

Justo en ese momento, la puerta del castillo se abre y Alistair aparece, divisando con expresión grave.

Oh, oh, el señor del…

Su mirada se desliza de Henry a mí, y su mandíbula se tensa al ver la forma en que me sostiene. El ambiente cambia de inmediato; la energía en el aire se enrarece, y mi vientre se revuelve.

—¿Qué haces con ellas? —pregunta.

Eso no ha sido una pregunta, sino una orden y advertencia.

Su posesión me pone cachonda. ¿Por qué? No lo sé, porque con Richard lo odiaba.

—Asegurándome de que no se caigan del todo —responde Henry con una sonrisa burlona, disfrutando de la tensión—. Después de todo, uno no quiere que una dama se lastime, ¿verdad?

Alistair avanza un par de pasos.

—No es necesario —fija su mirada en mí—. Yo me ocupo de ellas.

Él se ocupa de todo…

—¡Hey! Estoy bien, de verdad —intento tranquilizarlo, y me suelto. Caigo hacia delante y Alistair me caza al vuelo sobre su regazo.

Qué bien huele. ¿Por qué tiene que oler tan bien?

—¡Hola, hermanitoooo! No hay razón para alarmarse. —Mía le da un beso en la mejilla y lo sobrepasa hasta entrar en el vestíbulo—. Me voy a la cama…

Estoy atrapada entre dos hombres. Pasan unos segundos intensos hasta que Henry se despide y se marcha.

Aún abrazada a Alistair de alguna forma, este me clava las pupilas desde arriba y dice:

—La próxima vez, asegúrate de estar en condiciones, Helena. No quiero que te pongas en peligro.

—Solo nos hemos tomado unas cervezas —consigo hablar ante lo que ocurre—. Y Henry nos ha traído a casa. ¿Vas a despedirme? —Le tuteo sin percatarme—. Oh, no me eches. Brian y yo necesitamos este trabajo. —Alistair frunce el ceño—. Bunky, Bunky es feliz aquí.

¿He dicho antes Brian? Será mejor que calle y me duerma. Pero aquí no, en su pecho no, aunque me gustaría. Mejor me voy a mi dormitorio.

Cierra la puerta tras él y trata de cogerme en brazos, pero me zafo.

—¡Puedo sola! —Tropiezo de nuevo y me agarro a una cortina que además se enreda en mi cuerpo—. ¡No veo! ¡No veo! —Hago aspavientos con las manos.

Él me saca de embrollo en el que me he metido solita, pasa de lo que le he dicho, me levanta y me coloca en su regazo. ¿Y yo qué hago? Rendirme a sus encantos, sostenerme a su cuello y pegar la mejilla a su hombro.

—No necesitabas intervenir así —murmuro.

—Quizás no, pero no me gusta verlo tan cerca de ti —responde, y sus palabras, aunque llenas de celos, llevan una calidez inesperada.

—Solo es un amigo. ¿Qué eres tú, aparte del señor del castillo?

No responde y siento cómo sube las escaleras que van a la primera planta. Lo siguiente que noto es que me deja sobre mi cama y se aleja. Escucho sus pasos sin escuchar sus palabras.

El puente que nos unió se rompe cada vez más.

38

DECIR LA VERDAD SOBRIO

Greystone

Presente…

Estiro el cuerpo en la cama, pero Helena se aferra a mí como los muros a este castillo, de manera figurada, claro, ojalá la tuviera aquí, entre mis brazos. Ni siquiera sé quién es en realidad y solo quiero protegerla. Mi mente no encuentra descanso y la imagen de ella llegando en el coche de Henry, su cintura firmemente sujeta por él mientras reía despreocupadamente, se repite una y otra vez en mi cerebro. Me siento molesto, incluso traicionado, no solo por cómo se comportó con Henry, sino por la mentira que ha tejido a su alrededor, esa identidad que ha ocultado con tanto fervor.

La primera vez que la vi. Hay algo en su esencia, una combinación de fragilidad y fuerza, que me atrajo de inmediato. Desde esa primera mirada, supe que había encontrado a alguien especial. Con cada risa que compartimos, con cada momento que pasamos juntos, siento cómo mi corazón se expande, llenándose de amor por ella. Pero ese amor no es puro; está tejido con hilos de duda y tristeza.

Un peso inquebrantable me persigue, un pasado que no puedo olvidar. En mi mente, revivo constantemente los momentos que me llevaron a construir muros alrededor de mi corazón. He cargado con la culpa y la pérdida, recuerdos de un amor que se desvaneció antes de que pudiera aprender a sostenerlo. Mi familia, mis responsabilidades… las decisiones tomadas angustiosamente marcan un camino sombrío del que aún no he podido escapar.

Helena, con su calidez y sencillez, ha llegado como un rayo de luz a través de mis penumbras. Pero incluso mientras sus ojos brillan como estrellas en las noches más oscuras, me asalta el temor a lastimarla, a arrastrarla al abismo que me pertenece. La única certeza que tengo es que la amo, y a la vez, esa certeza me llena de dolor..

A menudo me sorprendo imaginando un futuro donde ella y yo podríamos ser libres de las cadenas que nos atan. Un lugar donde no haya secretos, donde su risa no se apague por mis propios demonios. Pero la sombra de mi historia se cierne sobre nosotros, y cada vez que la veo, un nudo se forma en mi estómago, recordándome que este amor puede estar sellado por las cicatrices de mis elecciones pasadas.

La pena me consume al pensar en lo que pudo haber sido. Me aferro a la idea de que, si tan solo pudiera liberarme de la angustia que me persigue, podría ser el hombre que Helena merece. Pero cada vez que me acerco a ella, una voz en mi mente grita recordándome que no puedo darle esa vida. Que el amor no puede brillar en un camino empedrado de inseguridades y temores tan profundos.

Duermo poco y mal, espero al alba para cruzar los pasillos, cabreado, mi vista se posa en el dormitorio de Helena. Empujo la puerta con cuidado. Está acostada, con los ojos cerrados y el rostro sereno, pero eso no hace que mi irritación se disipe. Me acerco a ella, y su paz se burla de mi agitación.

—Helena —la llamo al tiempo que la sacudo suavemente. No es un movimiento brusco, solo una invitación a despertarse, a enfrentar lo que está a punto de suceder. La miro mientras parpadea. Tiene una expresión de confusión que me resulta casi adorable, pero la decepción que siento es más fuerte que cualquier otro sentimiento.

—¿Alistair? —murmura, somnolienta—. ¿Qué ocurre?

—Tenemos que hablar —respondo, incapaz de ocultar la tensión.

Con movimientos lentos, se sienta en el filo de la cama y enreda sus dedos en las sábanas. Está preciosa. La empujaría hacia atrás, la besaría, la desnudaría…

—Milord, yo… Siento lo de anoche… —musita.

—Helena, soy Alistair, no me llames así cuando estamos solos, por favor.

Doy vueltas por la habitación meditando qué hacer, cómo decírselo. No sé cómo va a reaccionar, por qué ha mentido. A mí y a todos. Ella se levanta y bebe agua de un vaso que llena con la jarra.

—Milord, usted es el dueño de estas tierras. Yo, una simple cocinera a su servicio. Lo ha dejado claro con su actitud estos últimos días. Lamento si he llegado a confundirme.

Sigo dándole vueltas a lo del jardinero.

—Sería un cretino si te amonestara por ir agarrada de la cintura de Henry, pero ¿qué si lo soy? Sostenerse de un hombre así…

—¿Ha escuchado lo que le he dicho? ¿Y usted en qué siglo vive? Henry es mi amigo. ¿Qué hago dándole explicaciones? —Se inclina hacia delante—. ¿Qué quiere? No lo entiendo. Estoy tratando de encontrar mi lugar en Pembroke. —Se lleva la mano al pecho—. ¿Qué le importa lo que haga en mi tiempo libre?

—¡Por supuesto que me importa! —estallo, alzando la voz de forma involuntaria. La mirada aterrada en sus ojos me hace detenerme. Respiro hondo antes de continuar—. ¡Me importa que me hayas mentido sobre quién eres!

Ella se encoge, como si la hubiera golpeado, y da un paso atrás. Dudo si seguir, pero…

—Nathalie Moore —digo su nombre, y los ojos se le llenan de lágrimas—. Te llamas Nathalie Moore.

—Yo… no quise mentirle. Solo deseaba empezar de nuevo. Necesitaba una oportunidad para dejar atrás todo lo que había sido.

—¿Y quién eras?

—No somos una sola persona, ¿no? Usted lo dijo —me parafrasea e hipa.

—Desde luego. Nathalie Moore es una mujer casada y Helena…

—Helena solo huyó del infierno —me corta.

—Estás casada —repito, aún sin creerlo.

—Soy esas dos mujeres. Soy la mujer que aguantó demasiado y esa que decidió decir basta.

¿De qué está hablando?

—¿Qué importa quiénes sean mis padres ni de dónde venga ni cómo me llame? Soy aquí y ahora.

Su sinceridad me deja sin aliento, pero la decepción se agarra con fuerza a mi piel.

—¿Y cuál es la verdad?

Helena se lleva las manos a la cabeza y la agacha. Llora y llora y mi corazón se resquebraja.

—Richard me maltrataba… —susurra.

Todos los vellos de mi cuerpo se erizan y el ogro que llevo dentro sale a relucir, no contra ella, sino contra ese hombre que abusaba de Helena.

—¿Te pegaba? —ladro, y ella asiente.

—Tenía miedo, mucho miedo y Brian… Brian comenzó a estar en peligro.

—¿También le pegaba a él? —Aprieto los puños.

—No, pero sabía cómo empezaba y cómo terminaba. Y se acercaba a Brian cada vez más. —Sé la batalla interna con la que lucha.

La oscuridad se cierne sobre mi mente, la confusión, el deseo de protegerla.

—Helena… —Voy hasta ella y la abrazo. La acuno en mi pecho y le acaricio el cabello. Se aferra a mí como un salvavidas.

39

UN MUNDO NUEVO

Nath

Presente…

Lo que quiero decir lo tengo en la punta de la lengua, pero dejo que se quede ahí, anclado. No es fácil encontrarlo en mi cabeza, donde brilla una luz intensa. Haber sido sincera con Alistair me ha hecho libre de alguna manera y la primavera no solo ha cubierto de flores el jardín, también mi corazón.

Me siento más ligera que nunca. He compartido mis secretos con Alistair; he revelado la historia que he arrastrado como un lastre, la verdad que me ha mantenido prisionera durante tanto tiempo. La confesión ha dejado caer un peso de mis hombros que ni siquiera sabía que estaba allí, y ahora respiro con una libertad que me resulta extraña, pero profundamente liberadora.

Mi marido me maltrataba.

Esa frase era un grillete en mis labios antes de pronunciarla, pero ahora suena más como un canto que he lanzado a la oscuridad, esperando que al escucharlo, finalmente pueda alejarme del pasado que me atormenta.

Alistair me miró con una mezcla de sorpresa, dolor y, lo más valioso de todo, comprensión. Él no dio un paso atrás; en cambio, se acercó, abrazándome, también con su alma.

Las lágrimas brotaron de mis ojos y me convertí en una mariposa recién salida de su capullo, temerosa pero ansiosa por volar.

Su presencia, su empatía sincera, me hizo creer que quizás, solo quizás, podía permitirme soñar con un futuro diferente.

La realidad de mi vida anterior aún es dolorosa; sin embargo, al nombrar mi sufrimiento, le he dado el poder de perder su control sobre mí. No puedo cambiar lo que ocurrió, pero no permitiré que me defina. Cada día es una oportunidad para dar un paso hacia un nuevo comienzo.

Salgo al balcón que da al jardín, del que tanto me he enamorado. Miro hacia el horizonte, donde el cielo se encuentra con la vasta extensión de verdes, y se abre ante mí un abanico de posibilidades infinitas.

De repente, me doy cuenta de que mi vida en Londres, marcada por el miedo y el abuso, es solo un capítulo. No es el final de mi historia. Ahora, con la valentía de ser honesta y el apoyo de Alistair, estoy lista para escribir un nuevo relato. Siento que las raíces del miedo empiezan a deshacerse, permitiéndome florecer de nuevo.

No tengo que ocultarme más; no tengo que jugar el papel de la mujer que intenta encajar cuando todo lo que realmente anhelo es ser auténtica.

Nathalie Moore.

Estoy lista para volar.

Entro en la cocina y rebusco entre los cajones, sin acordarme de lo que iba a coger, pero no me pongo nerviosa, solo sonrío y suspiro.

Nath, tienes que hacer el desayuno, me digo.

De repente, escucho pisadas en el pasillo y no me tenso, eso pasó a la historia. En el castillo no hay fantasmas ni secretos ni mentiras. No me esperaba lo que encuentro. El señor del castillo entra también con una sonrisa y nuestros ojos se miran con complicidad. Ni muros antiguos y gruesos ni oscuridad ni soledad, eso ha desaparecido, así como las tormentas y los miedos. La verdad duele a veces, pero se

prefiere a una mentira, aunque esa mentira estuviera cimentada con buenas razones.

La distancia que nos separaba se ha disipado, y ahora viene hasta mí, me rodea la cintura con las manos y me da un beso en los labios.

—Alistair, alguien puede vernos —susurro sobre su boca, sin ganas de que se aleje.

—Llevas razón. —Me da otro beso, y su nariz viaja hasta mi cuello —. Hueles muy bien. —Hace cosquillas en mi oreja. Después, me mira con más seriedad y pregunta—: ¿Estás bien?

—Sí. Te prepararé el desayuno.

—Tengo una idea mejor. —Me agarra de la mano y me lleva hasta la alacena.

—Milord, ¿cree que esto es lo correcto? —bromeo.

—Solo jugamos al escondite —responde como un niño feliz. Nunca antes lo había visto así, de esta manera. Lleva razón, no somos de una única manera, no somos una única persona.

Me acurruca contra una pared y entrelaza nuestros dedos.

—Me escondía aquí de niño y me comía todas las magdalenas. —Me sorprende lo que me cuenta, aunque no sea nada especial.

—¿Eras un niño travieso? —Asiente.

—Y puedo llegar a ser un hombre muy travieso. —Muerde mi hombro.

Todos los vellos se me ponen de punta y suelto un pequeño gemido. Río con suavidad sintiendo la calidez de sus dientes y su saliva en mi piel. Me mueve más cerca e inclina el rostro hacia mí, rozando sus labios con mis labios.

Me humedezco y el vientre se me encoge.

—¿Te imaginas que nos descubrieran? —Lo pongo a prueba. Hay algo electrizante en el peligro de ser atrapados.

—Mantengamos el silencio… —Me levanta la falda e introduce la mano debajo para acariciar mis muslos de abajo arriba.

—Juegas sucio —jadeo, cuando aparta mis bragas a un lado.

—¿No le gusta, señorita Moore? —Introduce un dedo dentro de mí utilizando mi verdadero apellido.

—¿Usted qué cree, milord? —Lo mueve dentro y fuera.

—Que está muy húmeda. Disfruta —decreta, sin opción a negarme ¡ni quiero!

Trato de controlar mis jadeos, sin embargo, el placer que me da es indescriptible y se me escapa un gritito. En ese momento, escuchamos un ruido en la cocina, tras la puerta que ni hemos cerrado del todo.

—Alistair… —ruego que se detenga, pero él no lo hace. Me cubre la boca con la palma de la otra mano y sigue recreándose en mí

Se oye una conversación entre Karen y Mía. Se preguntan dónde estoy y por qué he llegado tarde. Bueno, esto lo dice el ama de llaves; Mía me defiende e inventa una excusa.

—Anoche no se encontraba bien —alega, o eso creo; yo viajo a través de las estrellas, de universo en universo con dos dedos de Alistair dentro.

—Nadie más importa ahora mismo. Solo nosotros —asegura muy bajito.

Las piernas me tiemblan mientras me dejo llevar y me corro. Cuando se percata de que he terminado, sale de mí, se abrocha la corbata con la mano húmeda de mi sexo y se ajusta la chaqueta del traje.

—Es hora de irme —comenta.

—i¿Qué?! ¡No puedes salir de aquí! —siseo, asustada.

El lord deja el último beso sobre mis labios y se mueve. Va a darme un infarto, no obstante, no va hasta la puerta, sino a una pared al fondo, la empuja y se abre hacia atrás. Es un pasadizo secreto.

Sacudo mi falda, cojo dos botes de mermelada y salgo a la cocina, donde están Karen y Mía.

—Buenos días —las aviso. Ambas me miran—. No encontraba la mermelada —improviso y disculpo el tiempo que llevo ahí dentro.

Karen alza el mentón, me da órdenes y se marcha. Mía me observa con el ceño y los morros fruncidos.

—¿No te duele la cabeza? —me pregunta, y me da una taza de café.

—Eh… Estoy bien. ¿A ti te duele? —La cojo y se da cuenta de que tiemblo.

—¿Estás segura?

—He dormido poco. ¿Te preparo tortitas?

—Solo si a ti también te apetecen.

Desayunamos juntas y reímos recordando la noche en la que salimos.

—Tenemos que repetirlo antes de que me marche.

—¿Te vas?

—Vuelvo a Londres —suspira—. ¡Ven a visitarme algún día!

—Odio la ciudad —me disculpo.

—Y te encanta el campo. —Da un mordisco a un trozo de manzana—. Por cierto, la puerta del pasadizo hay que engrasarla. —Me guiña un ojo y yo me quedo tiesa.

40

NO TE CREAS TODO LO QUE TE DICEN

Nath

Presente…

Silencio, mucho silencio. La casa está dormida, sumida en un reparador descanso, y yo me muevo con cautela, evitando que las baldosas crujan bajo mis pies.

Me aseguro de que Brian duerme profundamente. Sonrío y le doy un beso en la frente. Ha sido un buen día para él, se ha divertido mucho con Ava y está aprendiendo a montar a caballo. Henry le enseña.

Pero ahora, mi corazón palpita con impaciencia. La necesidad de estar cerca de Alistair me arrastra como un imán. Me detengo un instante y me aseguro de que no hay gente en el pasillo antes de deslizarme hacia el dormitorio de Alistair, donde me está esperando.

Mis dedos rozan la puerta de su habitación. Empujo suavemente y la escena que se presenta ante mí es como un trozo de un sueño: Alistair está recostado en la cama, con la luz de la luna bañando su rostro en un suave resplandor plateado. La intensidad de su mirada me atrapa, y mientras cruzo el umbral, la respiración se me acelera.

—Nathalie… —murmura. Me encanta que me llame así. Se levanta, nos encontramos en medio del dormitorio y me rodea la cintura con su brazo.

Nuestros ojos también se encuentran y, por un instante, el mundo se detiene. Una fuerza, sutil pero poderosa, que hace que los miedos se desvanezcan. Nuestros labios se encuentran en un beso,

suave al principio, como él sabe hacerlo, con una ternura que me hace sentir viva y querida.

El beso se intensifica, y me pierdo en la calidez de su abrazo mientras nuestras manos exploran, como si cada caricia pudiera desvelar los secretos que llevamos dentro. Su cuerpo contra el mío, un lugar donde el pasado ya no importa, donde las cicatrices se desvanecen ante el poder del amor.

Poco a poco, nos separamos, y en ese instante hermoso, nos miramos, compartiendo sonrisas suaves que dicen más que mil palabras. Me hunde en el océano de su mirada, y en ella, veo el reflejo de mi propia esperanza.

Alistair se mueve, ajustando su posición para acomodarme más cerca y, en aquel gesto, todo mi ser se relaja. Disfruto de la forma en que nuestros cuerpos se adaptan perfectamente el uno al otro.

—Estaba deseando que vinieras —señala, con voz ronca.

Extiende el brazo y nos abrazamos. Escucho el latido de su corazón que me arrulla con promesas y me doy cuenta de que he encontrado a alguien que me entiende y me acepta en mi totalidad.

***

Me dirijo al establo, en el que Brian aprende a montar a caballo con Henry. No es algo que me hubiera imaginado jamás y él está muy ilusionado. Ava y mi hijo ríen y juegan con la alpaca, sin embargo, mi atención se centra en Henry, de pie a un lado, y que frunce el ceño en cuanto me ve. Cruza los brazos y se tensa.

¿Qué le pasa?

—¿Henry? ¿Qué te pasa? —pregunto, intentando sonar casual. Su mirada se endurece al encontrar la mía.

—Nada. —Se gira y va a llenar un cubo de agua. Los niños siguen divirtiéndose y riendo, ajenos a nuestra conversación. Lo sigo.

—¿Está bien tu padre?

—Genial —suelta, y pasa por mi lado de manera brusca, derramando el líquido a mis pies.

—Henry, pensé que éramos amigos. ¿Puedo ayudarte en algo? —insisto. Él se incorpora y me clava la mirada.

—Estás acercándote a la persona equivocada, Helena —dice con seguridad—.Ten cuidado. El dueño de estas tierras no es quien tú crees.

Un escalofrío recorre mi espalda. La insinuación es clara y el pánico se asienta en mi pecho. Lo sabe. Sabe lo que ocurre entre Alistair y yo.

—¿Qué quieres decir? —De todas formas, me hago la ingenua, no obstante, su advertencia se cuela en mis venas.

—Exactamente eso. No conoces su historia.

—¿Qué historia? —El coraje no me abandona—. ¿Qué sabes tú de él? No llevas mucho más que yo trabajando aquí.

—He crecido en la comarca.

—¿A qué viene esto? ¿Es porque estás celoso?

Él sonríe de lado. Acabo de confirmarle sus sospechas.

—Lo hago por tu bien. —Me agarra de la mano—. Helena, por favor, tienes que alejarte de él. —Me aprieta.

—Me haces daño. —Sigue apretando, hasta que me suelta.

—Lo… Lo siento. —Un caballo relincha y los niños gritan, sacándonos de la charla inesperada. Nos ocupamos de ellos y me despido para hacer mi trabajo en la casa—. Helena… —me llama—. Tienes derecho a saber la verdad. Greystone…

—¡Helena! ¡Helena! —Mía entra en el establo e interrumpe lo que Henry iba a decirme—. Estás aquí. Llevo buscándote más de media hora. Esta noche vamos a hacer una fiesta y necesito tu ayuda. —Mete el pie en un charco—. Por Dios, qué asco. —Se sacude—. ¿Cómo va la clase de hípica?

¿Qué sé realmente sobre Alistair?

41

LAS PAREDES HABLAN

Nath

Presente…

Hoy he escuchado a Alistair discutir con Mía. No está de acuerdo con su idea: hacer una fiesta e invitar a amigos de Londres y alrededores. Yo tampoco, pero no tengo ni voz ni voto…

Ni vela en este entierro. Sí, eso es, mi entierro; como alguien me reconozca tendré que irme de aquí y, a pesar de lo que me ha dicho Henry, prefiero quedarme.

La música llega hasta la cocina, así como las risas y las conversaciones. El salón principal se ha transformado en un escenario de película romántica y un grupo de música muy bueno versiona canciones de cantantes conocidos.

—Helena, saca más vino —me pide Karen, tan inquieta como yo pero por otra razón.

He hecho un gran esfuerzo para encajar aquí, tanto que hasta me he enamorado del lord, con esto quizá me he pasado un poco, pero me defenderé alegando que ha sido sin darme cuenta, sin querer, como los niños cuando rompen algo; sí, eso, y yo voy a romper mi corazón, otra vez.

Mía lleva un vestido de seda muy elegante y se mueve entre los invitados, sonriendo y saludando con simpatía. Me acerco a las mesas repletas de deliciosas viandas, tratando de pasar desapercibida. Echo un ojo a Alistair, que habla con una mujer, no una cualquiera, sino una de las que cenó con él en este mismo salón cuando yo apenas llevaba aquí unas semanas.

—Helena, me hubiera gustado que asistieras a la fiesta como una invitada. —Mía se posiciona a mi lado.

—¿Y quién va a daros de comer? —intento bromear.

—Hubiéramos contratado un cáterin. Hasta Alistair estuvo de acuerdo. No entiendo por qué te has negado.

Dejo dos platos en una mesa y al girarme, alguien me observa desde la distancia, entre los presentes, una mujer que no conozco, no me suena su cara, pero ella no me quita la vista de encima.

—Es mi trabajo.

—Pero ahora eres parte de esta familia. —Abro los ojos—. Oh, no soy idiota. Mi hermano está enamoradísimo de ti y no me sorprende. Eres una mujer increíble. —Los abro todavía más. Los pego al techo, llegan a la luna.

—Debo volver a la cocina —me disculpo ante Mía y me deslizo entre unas columnas, sin embargo, escuchar su nombre en la boca de un grupo de mujeres me detiene en seco y mi oído se agudiza.

—Se encerró en él y lo entiendo. Nadie superaría eso —dice una de ellas.

—Alistair es un hombre fuerte…

—Y guapo —la corta otra.

—Y rico, muy rico. —Ríen, y los pelos se me ponen de punta.

—Es un asesino —zanja la más alta, y se me corta la respiración.

—Salió absuelto.

—Eso no significa que no lo sea. Tiene poder, mucho poder, y su influencia llega a las más altas esferas. —Tengo ganas de vomitar. Corro hasta el cuarto de baño tras la escalera, me agacho, agarro el filo del inodoro y vomito el café de por la tarde.

¿De qué están hablando? ¿Alistair es un asesino? ¿Eso quería decirme Henry?

Me repongo frente al espejo y, blanca como la nieve, vuelvo a la cocina, sin embargo, el grupo sigue con el tema.

—Es cierto —responde otra, con un aire de conspiración—. Y lo ha demostrado con su frialdad. —Las palabras se enredan en mis oídos —. Mató a su familia y siguió con su vida. ¿Quién hace eso?

¿Mató a su familia?

Me alejo de verdad, pero no voy a la cocina, sino hacia el jardín a que me dé el aire. El murmullo de la fiesta se apaga y mi mente explota por dentro.

¿Estoy enamorada de un asesino?

Mis manos se aferran a la baranda y me debato entre huir de Whispering o quedarme y seguir escondida aquí. Estoy atrapada entre dos mundos cargados de maldad.

¿Escapé de un abismo para meterme en otro?

De repente el aire me abrasa los pulmones y cada vez que inhalo el terror se aferra a mis células.

Son habladurías. Son habladurías. Rumores sin sustancia que vuelan entre copas de vino.

Pero la palabra "asesino" se repite una y otra vez, una y otra vez. La idea de que fuera cierto me va convirtiendo en piedra, petrifica mi corazón y mi alma.

Me alejo más y me refugio entre unos arbustos, pero no siento alivio, sino más frío. ¿Qué significado puede tener el amor cuando se entrelaza con un pasado tan oscuro? ¿Es posible que haya basado mis sentimientos en una ilusión, en una imagen distorsionada de alguien que no sé si es quien realmente dice ser?

Mis cavilaciones se ven interrumpidas por el crujido de las hojas. Giro sobre mis talones, y veo a Alistair acercándose en la penumbra. La felicidad que solía sentir al verlo se transforma en ansiedad y angustia.

—Nathalie —dice, preocupado—. ¿Qué haces aquí fuera? Te he estado buscando.

Abro la boca para responder, pero las palabras se rebelan en mi lengua. En lugar de un saludo, una pregunta brota de mi corazón, aguda y directa, como un dardo que lanza mis sentimientos al aire.

—¿Es cierto? —Una lágrima rueda por mi mejilla.

—¿A qué te refieres?

—He escuchado hablar a esas mujeres.

—Oh, no creas lo que las amigas de mi hermana hablan.

—¿Mataste a tu familia? —La pregunta cuelga entre nosotros, y el silencio que se asienta es abrumador. Su expresión cambia, toma una forma que no puedo descifrar, un cruce entre el dolor y la resignación. Finalmente, asiente lentamente.

—Sí —asegura, con una voz que resuena con un peso insoportable—. Yo los maté.

42

NO HAY TIEMPO, NO HAY NADA

Nath

Presente…

He salido corriendo. Se me da bien correr. Salí corriendo de Londres y ahora lo he hecho del jardín, llorando, con un ataque de ansiedad que me ha costado controlar. Karen me ha preguntado dónde me he metido cuando he llegado a la cocina y sin responderle he seguido con mi trabajo. No me he acercado demasiado a nadie. Alistair se ha disculpado con educación de los presentes y se ha ido. Solo Mía viene hasta mí al final de la noche, tras despedir a los invitados. Nos encontramos en la parte de atrás, donde he vuelto a esconderme para pensar.

—¿Helena? —Llega con una botella de champán y dos copas. Las pone sobre una mesa—. Ha salido todo muy bien. Vamos a celebrarlo. —Las llena del líquido con burbujas—. Mi hermano se ha marchado antes de que el protocolo lo indique y es imperdonable. Mañana hablaré con él. No sé qué le ha pasado. Tampoco me sorprende demasiado. —Me mira—. ¿Estás llorando?

—Eh… —No sé qué decir. Estoy asustada—. Ha sido por mí…, creo; yo no he hecho nada…

—Voy a ser sincera. Sé que mi hermano y tú sois amantes. Las paredes hablan. Bueno, te vi salir de su habitación de madrugada. ¿Qué ha hecho ese imbécil? —zanja, con unas copas de más—. Porque doy por hecho que ha sido él.

—Mía… Yo… Me he enamorado de Alistair —me sincero.

—También lo sé. Y él de ti, aunque creí que jamás volvería a ocurrir. No me malinterpretes. Lo ha pasado muy mal estos últimos años. Me ha repetido tantas veces que el amor ya no es para él que hasta yo me lo creí, pero llegaste tú y… Hasta se ha vuelto más simpático. Vale, simpático no, pero es más amable.

Casi ni la escucho porque sigo atrapada en su afirmación.

¿Mataste a tu familia?

Sí.

¿Debo preguntarle a Mía? ¿Qué me diría? ¿Ella lo sabe? ¿Qué opina al respecto?

No me calmo, estoy confusa; tomo asiento en una de las sillas y me bebo la copa de un trago.

—Mía… —comienzo, y tomo un respiro profundo, nerviosa, muy nerviosa—. Necesito preguntarte algo… ¿Es cierto lo que se dice de Alistair?

—¿A qué te refieres exactamente? Se dicen muchas cosas. Algunas son ciertas, otras no.

—¿Tenía familia? Ni siquiera sé si tenía familia —musito.

—Sí… —Ella también bebe, repanchingada en la silla, mirando las estrellas—. También eran mi familia. —Le tiembla la voz.

—No sé cómo decir esto…

—Dilo sin más. —Sospecha lo que guardo para mí y deseo sacar.

—¿Qué pasó?

—Alistair se enamoró perdidamente de Aurora. Se casaron y tuvieron dos hijos, Isabella y Samuel, mis sobrinos —suspira.

—La habitación cerrada era de ellos. —Asiente—. ¿Cuándo murieron?

—Hace cinco años.

—Lo siento mucho. —Se me encoge el corazón—. Tuvo que ser muy duro…

—Lo fue, muchísimo, Alistair se aisló del mundo.

—¿Qué pasó? —Ella bebe de nuevo—. ¿Alistair los mató? —Un silencio más denso—. Necesito saberlo, Mía. Sé que es tu hermano, pero trabajo aquí, mi hijo vive aquí, me he enamorado de él y no lo conozco.

—No, Helena —responde con firmeza—. Alistair no es un asesino, aunque él crea que sí. —Se incorpora.

—¿Y por qué piensa eso? —Sus palabras no me tranquilizan.

—Debes preguntárselo a él. Quizá contigo se abra más que conmigo.

—Cree que es culpable… —hablo para mí.

—Sí. Lo cree de verdad. —Mía se acerca un poco más—. Aquella noche cambió su vida para siempre. Dijo que él podría haber hecho algo diferente, que podría haber salvado a su familia. La culpa lo ha perseguido desde entonces. No puedo quitarle ese dolor…

No es solo un hombre marcado por su pasado; está luchando contra demonios que lo consumen lentamente.

—¿Por qué no me lo ha contado? Yo he compartido mi pasado con él, ¿por qué…?

—Todos ocultamos algo para protegernos. Alistair no quiere que nadie sepa la realidad de lo que ha vivido. Le resulta más fácil vivir con ese peso de culpa que enfrentar el horror que le rodeó. Y mientras esté vivo, prefiero que lleve la carga solo a exponerlo a un mundo que podría no entenderlo.

—¿Nadie sabe la verdad del todo?

Yo desde luego no tengo ni idea.

—Nadie fuera de nuestro entorno, que somos él y yo. Y no me ha dejado que desmienta los rumores. Es como si le tranquilizara que, aunque la justicia lo declaró inocente, la gente no lo haga.

43

NO ME DAS MIEDO

Nath

Presente…

El jardín botánico, sé que Alistair está allí, lo he visto salir desde la ventana de mi dormitorio y conozco ya sus costumbres. Además, su presencia me atrae, un magnetismo invisible nos atrae en el espacio.

Me preocupa y me consume lo que ha ocurrido estos días, lo que me dijo él y después Mía; llevo en mi alma una carga y lo único que necesito es entender sus heridas. No me ha dejado hablar con él durante estos días, se ha escondido en su despacho y ha ordenado que nadie le moleste.

Recorro el sendero de adoquines y me introduzco entre las plantas, apartando hojas y flores que han crecido con la primavera. No tardo en encontrarlo, apoyado contra un árbol y mirando las estrellas.

—Alistair… —musito, y ni se inmuta; él también reconoce mi presencia antes de verme—. Alistair… —Doy otro paso hasta él.

—Detente —ordena.

—¿Por qué? No quiero.

Se gira unos centímetros y…

—Porque es lo mejor para ti. —Se endereza.

—No me das miedo. —He estado preparándome para esta conversación tres días, pero ahora estoy aquí frente a él todo es diferente—. Sé que no eres un asesino.

—Lo soy.

—¡Eso no es cierto!

—No sabes qué ocurrió…

—No, no lo sé. Vas a contármelo.

Un suspiro se escapa de su labios y su lucha interna se ve desde fuera. Agacha el mentón, hunde los hombros y toma asiento en uno de los bancos del jardín. Lucha contra la oscuridad de su corazón antes de hablar.

—Llovía, llovía mucho aquella noche —empieza con voz grave y bajita—. Estaba enfadado y distraído. Nunca debimos haber salido aquella noche. Yo había tenido una semana muy larga de trabajo y le prometí a los niños que iríamos a aquella fiesta. —Cierra los ojos y los abre—. Conducía rápido, o eso recuerdo… Había un animal, un ciervo cruzó la carretera. Intenté esquivarlo… —Respira—. Recuerdo el golpe y… Nada más. El coche voló por el acantilado, después de estrellarse contra otro coche. Mi mujer y mis hijos… no sobrevivieron. El conductor del coche tampoco. Yo… yo viví, no sé la razón de por qué sobreviví, pero sentí que morí aquel día.

Su declaración es un latigazo en mi pecho, mi espalda y mi alma. La magnitud de su dolor es inmensa, inconcebible.

—Y aún cargas con la culpa… Nadie puede soportar algo así… — Le agarro de la mano.

—No lo he soportado durante cinco años, la culpa también puede matarte, pero yo ya estaba muerto… Hasta que te conocí, Nathalie…

—¿Qué…? ¿Qué quieres decir?

—Hasta que te vi, no sabía lo que significaba volver a sentir algo. Me abriste a la posibilidad de la vida de nuevo. Nunca pensé que podría amar a alguien, después de… todo. Pero tú me has mostrado que es posible. —Sus ojos están llenos de intensidad, un fervor que me hace estremecer—. Te amo, Nathalie Moore.

Un calor se despliega en mi pecho, un alud de emociones que no puedo contener.

—Yo… yo también te amo, Alistair Greystone —le confieso sin reservas.

Me acaricia el rostro y deja un suave y casto beso en mis labios.

—Quiero ser digno de tu amor. —A veces habla como si estuviéramos en el medievo.

—No necesitas ser perfecto —le digo, deseando que esto le brinde consuelo.

Alistair deja escapar una risa entrecortada, mezclada con alivio y sorpresa.

—¿Te quedarás a mi lado? Yo os protegeré.

—Nada ni nadie podría alejarme de ti —le prometo, y nos besamos, porque los besos sanan hasta las heridas más profundas.

Instantes que marcan nuestras historias. Caminos inciertos y llenos de desafíos. Oscuridad y luz. Tristeza y felicidad. Noche y día. De eso va la vida. De morir y resucitar. De curar, aceptar y seguir adelante. Enorgullecernos de las heridas y recordar al mirarlas todas las guerras que hemos ganado. Lo que vale la pena y lo que no.

Mentiras a medias, verdades innegables. Escuchar y ser escuchados. Buscar y encontrar, no darse por vencido. Pasado, presente y futuro. De todo esto va nuestra noche; contamos estrellas y soñamos, pero hablamos largo y tendido por qué me lo ocultó, y es que Alistair temía que no lo entendiera, que no pudiera dejar atrás sus sombras cuando lo único que he visto en él siempre ha sido luz.

Las personas somos más que nuestro pasado, cambiamos, intentamos ser mejores, sacamos partes de nosotros que ni creíamos que existían y lo demostramos cuando es necesario.

Mar de dolor y arrepentimiento. Océano de ternura y sexo.

Solo hay un camino para encontrar la felicidad: perdonarnos y perdonar.

44

LA VIDA VUELVE A SER VIDA

Greystone

Presente…
Tres semanas después…

Hoy es un día especial, uno que he esperado con ansias. Nathalie y yo hemos decidido escapar de Whispering y las responsabilidades del mundo que nos rodea. Su hijo corre delante de nosotros con una energía inagotable.

Vamos a celebrar la llegada del verano.

—¡Mamá, mira! ¡Una mariposa! —grita, y ella sonríe.

El niño se detiene en seco, mirando embelesado al insecto que revolotea cerca de las flores silvestres. A medida que avanza su pequeño cuerpo en dirección a la mariposa, siento una oleada de calidez y ternura. Cada día que paso con ellos, me doy cuenta de lo profundamente que he llegado a querer a este niño, cómo su felicidad ilumina mi mundo.

—Estás muy callada —le indico, y le cojo de la mano.

—Desde que hablaste con Karen y le contaste lo nuestro, me trata con demasiado desdén. Quizá piense que he venido a…

—No lo digas, por favor, ni se te ocurra mencionarlo —solicito con calidez.

—Voy a seguir trabajando, Alistair.

—Ya hablaremos sobre eso.

Al llegar al claro en el campo que he escogido para nuestro picnic, me inunda la satisfacción.

—Es precioso —menciona Nathalie.

Brian corre hacia nosotros.

—Mirad lo que encontré —levanta un pequeño ramo de flores silvestres que ha recogido.

—Son hermosas. —Ella le acaricia la cabeza—. Las pondremos sobre la manta. —La desplegamos y colocamos las flores y la cesta del picnic con frutas frescas, sándwiches y una botella de jugo natural. Bunky, mientras tanto, se dedica a explorar, corriendo alrededor de nosotros.

—No te alejes —le pido, preocupado porque le pueda pasar algo —. Me alegra que aceptaras mi invitación para pasar el día así —le susurro a Nathalie en el cuello y me pongo cachondo.

—Alistair, Brian anda cerca.

—Lo sé, pero no puedo dejar de pensar en lo de anoche.

Anoche hicimos el amor en la bañera. Su piel mojada sobre la mía, resbalando, gimiendo y gritando mientras la lamía y la hacía mía.

Mía…

—Yo tampoco, pero debemos controlarnos.

Carraspeo y tomo asiento.

—Sí, es justo lo que necesitábamos. O… necesito, controlarme.

Suelta una carcajada y hasta el sol reluce más.

He encontrado mi lugar.

Brian se sienta entre nosotros, devorando un sándwich. No necesito ser un lord, no necesito cargar con los fantasmas del

pasado. Solo necesito ser lo que soy cuando estoy con ellos. Un hombre feliz.

—Bunky, ¿qué te parece si nos damos un baño? —le pregunto tras el almuerzo. Sigo llamándolo así, nadie más sabe lo que les ocurrió en Londres ni quiénes son. El niño salta de alegría.

—¡Sí! —chilla. Nathalie asiente, su risa se mezcla con la del niño mientras nos dirigimos hacia el lago, que brilla como un espejo.

Bunky no espera. Se quita los zapatos y corre hacia el agua y chapotea.

—Está fría —anuncia la madre y la mujer que amo, con los tobillos mojados.

—¿Se queja, señorita? Venga aquí. —Tiro de su mano y la obligo a seguirme.

—Alistair, ¡no!

Le salpico y el niño se une a mi idea. A Nathalie le brillan los ojos y ríe a mandíbula abierta. La vida es más ligera acompañado por gente a la que quieres.

La arrastramos entre Bunky y yo y ella se deja llevar. Nos sumergimos, nadamos y creamos recuerdos nuevos y bonitos.

Tras un rato, salimos y acurrucamos al pequeño con la manta y después nos estiramos bajo el sol.

—¿Sabes, Alistair? —dice Bunky, mientras juega con sus dedos—. Eres el mejor amigo de mamá y yo creo que también eres mi mejor amigo.

Las palabras del niño me llenan de emoción. Lo miro y veo en su rostro la confianza y la inocencia que solo un niño puede poseer.

—Gracias, Bunky. La verdad es que yo también te considero un gran amigo —respondo con sinceridad, emocionado.

Nathalie me lanza una mirada cargada de significado, agradecida.

—Gracias. Está siendo un día maravilloso. —Apoya su cabeza en mi hombro.

—Aún no ha terminado.

Nos marchamos al atardecer. El lago ha sanado alguna herida más, poco a poco, porque los miedos hay que dejarlos atrás dando pasos hacia delante.

45

UNA PASADA

Nath

Presente…

Hay amistades que son como puentes. No llegan a quedarse quietas, no sostienen cuando el terreno que pisamos se vuelve pantanoso. Esas personas que aparecen cuando el camino se vuelve estrecho y lo ensanchan, cuando deseamos algo en otra orilla y nos da miedo cruzar el río. Basta que estén ahí, firmes, silenciosos, con una mano que nos une entre lo que somos y queremos ser.

Un puente no te empuja ni te obliga. Tampoco te carga. Simplemente te permite cruzar a otro lado. Y hay amigos que hacen eso: se convierten en un buen trayecto, un fiel compañero de viaje, una estrella en el cielo que te guía. Los amigos son la forma en la que avanzamos cuando solo no podríamos. Pero hay gente que no son solo parte del viaje, sino también del destino.

Hay amigos que no duran toda la vida, pero sí salvan vidas. Creí que había perdido a Brenda cuando me marché de Londres, pero ella encontró la forma de llegar hasta mí.

El gran comedor este está iluminado por candelabros como si celebraran algo que yo aún no entiendo. Las paredes, altas y silenciosas, devuelven el eco de mis pasos cuando entro. Lord Greystone me espera en la cabecera de la mesa. Sonríe apenas, con esa expresión medida que parece llevar siglos practicando.

—Nathalie —dice, levantándose cortésmente—. Gracias por aceptar mi invitación.

Inclino la cabeza en un gesto que él sabe leer como gratitud. Me he puesto el vestido azul oscuro que Karen dejó sobre mi cama esta mañana, sin nota ni explicación. Solo un pequeño ramo de lavanda atado a la almohada. Algo está cambiando. Ahora le caigo bien.

Pero no es hasta que veo a la mujer junto a él que el aire se me corta como si me hubieran lanzado agua helada a mi rostro.

—¿Brenda?

Ella gira, y su sonrisa es una explosión que me lanza de lleno a otros días: a un bar repleto de gente, a la soledad de su piso y su sofá, a risas tiradas en el suelo, a su bondad.

—¡Nath!

Nos abrazamos con fuerza. Es un abrazo de reencuentro, sí, pero también de incredulidad. De preguntas sin formular.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto, apartándome apenas para mirarla mejor. Su rostro no ha cambiado desde hace dos días, pero su ropa sí. Luce elegante y lleva un pequeño broche de plata.

—¿Por qué te has vestido así? —le pregunto con una sonrisa.

—Vengo a un castillo a cenar con un lord —responde, dando una vuelta sobre sí misma.

Alistair interviene con la voz baja y firme de siempre.

—Le pedí que viniera. Quería darte una sorpresa. Me pareció… importante.

Me vuelvo hacia él. Me cuesta encontrar palabras. ¿Importante? No sé cómo procesarlo. Brenda se adelanta, como si quisiera suavizar el golpe.

—Me llamó esta mañana. Me habló de ti. De lo mucho que significas para él.

—Y tú estabas deseando cotillear —susurro.

—Por supuesto —habla igual que yo—. Este hombre está enamorado de ti, por si no lo sabías.

—Lo sé. —Sus palabras se sienten como una llave girando dentro de mí.

—No lo entiendo —digo al fin, sinceramente confundida—. ¿Cómo se te ha ocurrido?

Él da un paso hacia mí.

—El amor no necesita excusas. Y porque pensé que, si ella estaba aquí, quizás tú podrías quererme más.

Vuelvo a mirar a Brenda. Hay ternura en sus ojos. No juicio ni sorpresa. Solo la certeza de quien ha caminado conmigo por otros abismos.

—A veces no hay que entenderlo todo, sino no estar sola para entenderlo —asevera Alistair, conectando con lo que se cuece en mi cabeza.

Por fin estoy teniendo suerte.

***

—Tía, ¡esto es una pasada! —murmura mi amiga, ya sentada alrededor de la mesa—. Quiero reiterarle las gracias por invitarme. Es un placer para mí estar aquí. —Brenda habla con solemnidad dramática y la acuso con la mirada por la exageración.

—Si estáis de acuerdo, pediré que sirvan la cena —informa Greystone, y alza una mano. Ronald se acerca y hablan entre ellos.

—Nath, no me esperaba esto. Siempre lo he visto desde fuera —sisea.

—Cállate, y pórtate bien, por favor.

—Oh, mis modales son espectaculares. —Karen comienza a traer platos—. ¡Coño! ¡Esto es una fiesta romana! —vocifera al ver los

manjares. Le doy un codazo y Alistair sonríe.

—Por favor… —El lord nos indica con un gesto de la mano si queremos vino.

—Sí —asiento.

—Yo preferiría cerveza. —Le doy un golpe en la pierna—. Pero el vino está bien —rectifica.

—Tú no dices palabrotas. ¿Lo has hecho a posta? —le pregunto entre dientes.

—Se me ha escapado. Estoy muy nerviosa. Lo siento.

—No lo sientes. Te lo estás pasando pipa.

—Eso es cierto.

La velada transcurre tranquila hasta que tocan un tema tenebroso: la razón por la que llegué aquí. Sé que Brenda lo ha sacado a conciencia, para asegurarse de que Alistair está al tanto, tal y como le comenté a ella hace unos días, por cierto, y de que me cuidará y protegerá.

—Sé que contigo está segura, ¿o debo llamarle de usted? Pertenece a la nobleza británica.

Ya está metiendo la pata otra vez.

—Llevas una hora tuteándolo —le recuerdo.

—Ese hombre jamás volverá a acercarse a ella ni a Brian —asegura con fiereza Alistair.

46

UNA NOCHE DE PASIÓN

Nath

Presente…

En el patio de la finca, el viento mueve las hojas secas en pequeños remolinos, y Brenda y yo estamos frente a frente con una maleta entre nosotras.

—Debiste decirme que te marchabas hoy. Que hoy era nuestra última cena juntas —comento, apenada.

—¿Y estropear la… velada? De eso nada. Lo hemos pasado muy bien. Y Alistair es un buen hombre.

—Por eso has aceptado. Para asegurarte de que es así.

—Bueno… Y por cotillear los alrededores… —Reímos.

No hay necesidad de decir mucho; algunas despedidas se viven más con el silencio que con las palabras.

—¿Estás segura de que este es tu lugar? —pregunta ella, con una sonrisa que intenta no mostrar preocupación.

—No lo sé —respondo, y eso es lo más honesto que puedo ofrecerle—. Deseo que así sea, porque… jamás he querido a nadie como amo a Alistair.

Brenda asiente. La observo un momento más: su mirada firme, la chaqueta que se ajusta a su figura, el mechón de cabello que siempre se suelta y que ella nunca se molesta en recoger.

—Cuídate, ¿vale? —dice—. Y escríbeme, aunque sea con una pluma. —Vuelve a hacerme sonreír.

—Lo haré. Y tú cuida de ti. No te metas en líos. Sigue teniendo cuidado con Richard.

—Volveré. Te lo prometo. —Deja un beso en mi mejilla.

Ronald se acerca entonces, con la dignidad silenciosa de siempre.

—Señorita Brenda, el coche la espera —anuncia.

—Mi carruaje… —Hace una reverencia.

Me da un último abrazo, uno de esos que se sienten como un adiós que no se quiere pronunciar. Sus manos tiemblan apenas, pero lo suficiente para que mi pecho se oprima con fuerza. Luego se aparta con una sonrisa forzada y camina al lado de Ronald.

La observo subir al coche que la llevará hasta la estación. El portazo resuena más fuerte de lo que debería, como si sellara algo más que su partida. A través del cristal veo cómo se acomoda en el asiento trasero, abre la ventanilla y saca la mano, extendiéndola hacia mí con un gesto de despedida. Yo le respondo igual, inmóvil, los pies anclados en las losas frías del patio vacío. No puedo moverme, como si algo dentro de mí se negara a aceptar que se ha ido.

El coche se pone en marcha y desaparece por el sendero entre los árboles. Me quedo ahí, sola, con el viento enredándose en mi cabello, mirando el cielo con una mezcla de gratitud y desasosiego. Doy gracias al firmamento por haberla tenido cerca, aunque sea por poco tiempo, aunque todo esté a punto de desmoronarse.

No sé cuánto tiempo permanezco así, estática, como si el mundo hubiese dejado de girar solo para mí. El silencio lo envuelve todo… hasta que algo lo rompe.

Un movimiento, casi imperceptible, entre los arbustos que flanquean el sendero. No es el viento. Es algo más lento. Más deliberado. Una presencia.

Frunzo el ceño y me quedo muy quieta.

—¿Hola? —pregunto, mi voz más baja de lo que pretendía, apenas un susurro. Dudo. No estoy segura de haber visto algo. Pero lo sentí. Una vibración sutil en el aire. Un cambio en la energía.

Ya estamos con los fantasmas de Whispering, pienso, pero esta vez la idea no tiene nada de graciosa.

Nadie responde.

Solo un leve crujido, seco, como el retroceso de una pisada sobre ramas muertas. Me acerco con cautela con el corazón martillándome las costillas. Me agacho, aparto las ramas con las manos, conteniendo la respiración.

Y entonces las veo.

Huellas. En el barro. Claras. Frescas. Demasiado grandes para ser de un animal. Demasiado recientes para no inquietarme.

Mi pulso se acelera.

Un ruido rompe el silencio: el encendido de un motor, grave, contenido, como si quien lo pone en marcha no quisiera llamar la atención. Me enderezo de golpe y giro hacia el camino de entrada. A lo lejos, entre las sombras que se alargan como dedos sobre el suelo, veo un coche oscuro. No lo reconozco. Va sin luces. Se aleja despacio, deslizándose por el sendero como una sombra viva.

No quiere ser visto. Y él, o quién esté dentro, me ha visto a mí.

Me quedo congelada, sintiendo cómo el aire cambia a mi alrededor. Denso. Tenso. Como si algo me observara desde muy cerca, oculto, calculando. No con curiosidad. No con simpatía.

Con intención.

Y no precisamente buena.

El sonido del motor se apaga en la distancia, tragado por la espesura del bosque. Se desvanece, pero la sensación de amenaza

permanece, más densa, más real.

Respiro hondo, tratando de calmar los latidos erráticos de mi corazón, pero mi cuerpo no responde. Siento una presión en el pecho, como si alguien estuviera demasiado cerca. La brisa que corre entre los árboles ya no es fresca; se siente cargada, como si arrastrara consigo una advertencia.

Doy un paso atrás, sin apartar la vista del sendero. El instinto me grita que no estoy sola. Que no debería estar aquí. Que ese coche no era un accidente.

De pronto, un sonido detrás de mí. Rápido. Preciso. Un chasquido, como si una rama se quebrara bajo un peso.

Me giro en seco, los músculos tensos como cuerdas. Nada. Sólo el vacío del patio, la silueta del castillo recortada contra el cielo grisáceo del amanecer. Pero lo sé. Sé que hay alguien allí. No lo veo, pero lo siento. Su mirada. Fría. Fija. Penetrante.

Me obligo a moverme, sin correr, pero con pasos urgentes. Avanzo hacia la entrada principal del castillo. No me atrevo a mirar atrás. Porque si lo hago… podría encontrarme con unos ojos que no quiero ver.

Abro la puerta con manos temblorosas, sintiendo el peso de la madera antigua, y la cierro de un empujón.

Apoyo la espalda contra la puerta, jadeando.

¿Quién era ese?

¿Por qué estaba allí?

Y lo más inquietante… ¿qué quería?

El silencio vuelve, pero ya no se siente seguro. No aquí. No en Whispering

***

No pienso. Solo camino. Mis pasos me llevan directo a su puerta.

Está entreabierta. Hay luz.

Empujo suavemente.

Él está de pie, de espaldas, leyendo algo junto a la chimenea apagada. Se gira cuando me oye entrar. No dice nada. Solo me mira. Yo tampoco hablo. No puedo. Pero mi cuerpo entero grita que necesito estar cerca de él.

—¿Todo bien? —pregunta, aunque ya sabe la respuesta.

Niego con la cabeza, pero sin soltar palabra. Y entonces me abraza. Sin pedir explicaciones. Solo me envuelve con fuerza, con calor. Cierro los ojos. Me aferro a su camisa. Me dejo caer un poco contra él, como si su pecho fuera lo único sólido ahora mismo.

No le digo nada del coche. Ni de las huellas. Ni de la sensación de ser observada. Aquí dentro no hay espacio para eso. Aquí solo quiero olvidarlo todo.

Sus labios rozan mi frente. Luego mi mejilla. Después, bajan despacio por mi cuello. Yo me dejo hacer. Me apoyo contra él. Su cuerpo me calma, me ancla.

Me besa, y el beso tiene sabor a hogar. A promesa silenciosa. No hay prisa, pero tampoco dudas. Me lleva a la cama, sin soltarme, sin dejar de mirarme.

Nos desnudamos entre suspiros. Entre manos que ya se conocen. No hablamos. No hace falta.

Hacemos el amor lento, con pausa, como si cada caricia fuera una forma de reconstruirme. Como si él supiera que esta noche, más que nunca, necesito sentir que pertenezco a algún lugar. A alguien.

Sus manos me recorren despacio. Su boca me encuentra en todos los sitios que duelen. Y por un rato, solo un rato, el miedo desaparece. Me pierdo en él. En su cuerpo. En su calor. Me dejo ir.

Cuando todo termina, me quedo en silencio, con la cabeza apoyada sobre su pecho. Escucho su respiración. Él me acaricia el pelo. No pregunta nada.

Y yo agradezco que no lo haga.

***

Despierto envuelta en calor. No solo el de las sábanas gruesas, sino el de su cuerpo, pegado al mío. Su brazo descansa sobre mi cintura, pesado, protector. Respiro hondo. Huele a él, a madera, a algo que me calma.

No abro los ojos todavía. Me quedo así, escuchando el ritmo lento de su respiración, sintiendo el vaivén suave de su pecho contra mi espalda.

—¿Estás despierta? —susurra el señor del castillo y de mi corazón.

Asiento, sin moverme.

—Quédate así un poco más —añade, con la voz ronca, dormida aún.

Me giro para mirarlo. Tiene los ojos entrecerrados, una sonrisa apenas dibujada. Me acaricia la mejilla con la yema de los dedos.

—Podríamos quedarnos aquí todo el día —dice.

—Podríamos.

Pero ambos sabemos que no va a pasar.

Pasamos unos minutos en silencio, solo respirando, sin necesidad de hablar. Afuera, el sol empieza a filtrarse por las cortinas gruesas. Los pájaros cantan en los jardines. El mundo sigue.

—He estado pensando —dice de pronto, con ese tono suyo que ya conozco—. Quiero que dejes de trabajar en el castillo.

Me separo un poco para mirarlo bien.

—¿Qué?

—Que descanses. Que disfrutes. Pasea por el campo, siembra flores, escribe si quieres. Pero no más trabajo aquí dentro.

Lo miro sin saber si reírme o enfadarme.

—¿Y eso?

—Porque no quiero verte limpiando suelos fríos ni cargando con tareas que no necesitas hacer. No aquí. No ahora.

—¿Y qué quieres que haga, exactamente? ¿Que me pase los días paseando entre rosas y respirando el aire puro de la campiña inglesa?

—Exactamente eso.

Me incorporo un poco, envuelvo las sábanas alrededor de mí.

—No puedo.

—Sí que puedes —insiste él—. Solo tienes que decir que sí.

—No es tan simple. No quiero sentirme una invitada. Quiero ser útil. Necesito hacer algo con mis manos, con mi tiempo. No vine aquí para vivir como una sombra a tu lado.

Él me mira en silencio. Sus ojos se han endurecido un poco, pero no con enfado. Con algo más parecido a frustración.

—No eres una sombra —dice al fin—. Eres lo más vivo que tengo. Pero si insistes… no voy a detenerte. Solo quería cuidarte.

—Y lo haces. Pero déjame seguir siendo yo. ¿Vale?

Asiente. Me jala de nuevo hacia él.

—Eres terca —murmura contra mi pelo.

—Y tú demasiado mandón.

Sonríe. Nos quedamos abrazados un momento más, sabiendo que el día nos espera… pero sin soltar del todo la noche.

47

LOS ACCIDENTES LO CAMBIAN TODO

Nath

Presente…

No he dejado de trabajar, al menos no del todo. Alistair ha entendido que no puedo pasar los días leyendo libros y dando paseos. Quiero ser útil, así que hago el desayuno todos los días y sigo ayudando con la casa. El verano ha llegado y vamos al lago a bañarnos con Brian casi todas las tardes que él está aquí. Sigue pasando semanas en la ciudad, en el hospital, y lo respeto más por eso. Le importa de verdad la vida de las personas, sufre por ellas y por sus familias.

A veces lo observo cuando no se da cuenta. Cuando está sentado en su estudio, revisando papeles, concentrado, con ese entrecejo que se le forma cuando piensa demasiado. O cuando camina por los pasillos del castillo, con la espalda recta y el paso seguro, como si cargara algo más que su nombre. Y sé que lo amo.

No es solo porque me mira como nadie me ha mirado antes, como si viera algo en mí que ni yo sabía que existía. Es porque detrás de todo lo que es, de todo lo que representa, hay un hombre que ha elegido cuidar la vida.

Alistair Greystone. Lord. Médico. Neurocirujano. Suena tan lejano, tan ajeno a mí. Pero cuando lo veo con Brian, cuando lo escucho hablar de sus pacientes, de las operaciones imposibles que ha llevado a cabo, de los niños a los que les ha dado una segunda

oportunidad… siento que no solo lo respeto. Lo admiro profundamente.

Podría vivir en la comodidad de su apellido, de su fortuna. Pero elige el quirófano. Elige la lucha diaria contra el dolor, contra el tiempo, contra lo irreversible. Se enfrenta a la muerte no con arrogancia, sino con una humildad feroz, como quien sabe que cada victoria es un regalo, aunque crea que su supervivencia no lo sea, o no lo era.

Y aun así, en medio de esa guerra silenciosa, ha encontrado espacio para mí. Para Brian. Nos ha hecho lugar en su vida sin promesas ruidosas, sin palabras vacías. Con actos. Con constancia.

Me enamoré de su inteligencia, sí. Pero más aún de su compasión. De esa forma en que se detiene a escuchar, en que no aparta la mirada del sufrimiento ajeno. De la calma que tiene en el caos.

A veces me pregunto si lo merezco. Si estoy a la altura de alguien que puede tocar el alma de otro con un bisturí en las manos. Pero luego me mira, y en ese silencio, en esa quietud, entiendo que para él yo también soy importante.

Y eso me basta. Porque amar a Alistair no es solo un sentimiento. Es una decisión. Una certeza. Un hogar.

El día comienza despejado, con un sol amable que baña los campos y el aire perfumado de pasto fresco. Desde mi ventana los veo a los dos, Brian y Alistair montando a caballo en el claro detrás del establo. El niño se ríe, con esa risa que no conocía antes de llegar al castillo, y Alistair le responde con una sonrisa tranquila.

La vida es por fin sencilla.

—Solo será un paseo corto —me prometió esta mañana—. Ya sabe montar bastante bien.

—¿Prometes que no le pasará nada? —Estábamos en su dormitorio. Me besó en la nariz y dijo:

—Lo prometo.

Me dejé convencer. Es difícil negarle algo a Alistair.

Bajo al patio y voy hasta las caballerizas, donde me encuentro a Henry, que ha preparado los animales para ellos. No tiene buena cara. Ya no me sorprende. Casi ni hablamos.

—Bunky está seguro con ese caballo, ¿no? —cuestiono, mientras él barre el suelo de paja.

—No es el caballo el que debería preocuparte —ladra.

—¿Por qué eres así? Somos amigos, deberías alegrarte de verme feliz, de ver a Bunky reír así.

—Nadie está a salvo con Greystone. —Se yergue para decírmelo.

La amistad, para mí, siempre ha sido un lugar seguro. Un sitio en el que estar sin disfraz, sin necesidad de explicarse a cada paso. Y durante un tiempo, Henry ha sido eso. Mi aliado en los días largos, mi compañía entre rosales y senderos húmedos. Teníamos una forma de hablarnos que no necesitaba ruido, una complicidad hecha de silencios cómodos y miradas entendidas.

Pero ahora… ahora hay algo roto. Algo que no sé si puede repararse.

Desde que estoy con Alistair, Henry ha cambiado. No dice nada directamente (no lo necesita). Lo veo en la forma en que me habla, en cómo esquiva mis ojos, en la dureza súbita con la que sus manos cortan las ramas o arrancan las malas hierbas. Como si el jardín también tuviera que cargar con su resentimiento.

Al principio pensé que era preocupación. Que temía por mí, por mi hijo, por lo que implicaba acercarse a un hombre como Alistair. Pensé que era su forma torpe de protegerme. Pero no. Es celos. Y es juicio.

Y lo que más me duele es que no lo esconde.

—Tú no eres de ese mundo, Helena —me dijo una tarde, sin mirarme—. Y ese hombre no vive en el nuestro.

Me dolió. No por lo que dijo, sino por lo que insinuó. Como si yo me hubiera convertido en alguien más. Como si amar a Alistair significara traicionar todo lo que soy.

Quise explicarle, contarle lo que veo en él. La humanidad que se esconde bajo su apellido, la forma en que cuida a Brian, la pasión con la que salva vidas. Que es mentira eso que dicen de él. Que no es un asesino, sino alguien que intentó sobrevivir tras la pérdida de su familia. Pero Henry no escucha. Ya ha decidido que lo mío con Alistair es una traición. Y eso… eso ha levantado un muro que no sé cómo derribar.

Me ha fallado. No por no entenderme, sino por no intentarlo. Por no alegrarse por mí. Por no estar donde los amigos deben estar: al lado, aun cuando no comprendan todo.

Yo lo quería. Mucho. A mi manera. Y por eso esta decepción me cala hondo. Porque, cuando la amistad se quiebra, deja un gran vacío.

Me giro y salgo de allí, enfadada, muy enfadada. Escucho los cascos en la distancia. Una calma que dura apenas un instante.

Y luego, el relincho.

Agudo, desesperado.

Algo no va bien.

Salgo corriendo.

—¡Henry! —grito—. ¡Algo pasa!

Él sale con prisas detrás de mí.

Alcanzo a ver al caballo de Brian en plena carrera, desbocado, como si algo invisible lo empujara desde atrás. Brian va sobre él, sin

control, y el cuerpo rebota con violencia sobre la silla.

—¡Bunky! —grito con todo el aire que tengo, pero ya están lejos.

Alistair va detrás, espoleando a su propio caballo con fuerza. Le grita al niño, intenta alcanzarlo, pero el terreno es irregular, y los árboles cada vez más densos.

—¡Tira de las riendas! ¡Tira fuerte! —le chilla el lord.

Pero el niño no puede. El animal se alza una vez, dos… y en la tercera, Brian se desliza como una hoja al viento. Cae.

El silencio que sigue es el más terrible que he oído nunca.

Minutos después, el sonido de cascos se acerca de nuevo. Aparece Alistair sobre el caballo, con Brian en brazos. Su rostro, pálido, no es el del noble altivo de siempre: es el de un hombre asustado.

—¡Helena! —me llama así cuando hay alguien presente, con una urgencia que corta la piel—. Lo tengo. Está herido.

Corro hacia él. Brian está inconsciente, tiene la cabeza ladeada y un hilo de sangre le corre por la frente. Mis rodillas ceden.

—¡Dios mío… Brian! ¡Brian! —Bajan del caballo y lo pone en el suelo a mi lado.

—Se cayó. El caballo… se volvió loco. No pude… —Alistair tiembla —. ¡Ronald! —Este aparece de inmediato—. Lo llevaré a mi dormitorio. Trae mi maletín.

Alistair no me suelta la mirada, como si pidiera perdón con los ojos. Como si supiera que algo se ha estropeado.

Sigo a mi hijo, el corazón en vilo, sin saber si el siguiente latido traerá alivio o una herida imposible de cerrar.

Y mientras cruzamos el umbral del castillo, la luz del día se apaga detrás de nosotros como una promesa rota.

48

BAJO PRESIÓN

Greystone

Presente…

La sangre en la sien del niño no cesa. Pequeños hilos oscuros que manchan mi camisa de un rojo intenso. Lo llevo en brazos como si el más leve movimiento pudiera hacerle daño. Nathalie va a mi lado, temblando, sin hablar, sin gritar, apenas respirando.

—Todo está preparado —dice Ronald con voz grave, señalando la cama del ala sur, la más cercana a mi estudio. Ya hay agua hervida, toallas, luz. Él siempre sabe qué hacer. Lleva en esta casa, conmigo, desde que nací.

Lo deposito con cuidado sobre las sábanas. Su cara es pálida. Hay una pequeña pulsación en su cuello, leve pero constante.

—¿Alistair? —Nathalie susurra, de pie junto a mí, con los ojos desbordados—. ¿Va a…? ¿Puedes salvarlo?

No respondo. Porque en este momento no puedo prometerle nada. Solo actuar.

—Tiene un traumatismo craneoencefálico —murmuro mientras abro el maletín que mantengo cerrado con doble traba—. Sospecho una hemorragia subdural. Hay presión en el cerebro, por eso no despierta.

Saco mis instrumentos. Bisturí, taladro manual, cánulas de drenaje, pinzas. Todo esterilizado. Todo listo. Pero mis manos dudan un segundo.

No es uno de mis pacientes.

Es Brian.
Es su hijo.

Y yo lo puse sobre ese maldito caballo.

Respiro hondo, me centro. El instinto toma el control.

—Será mejor que te vayas —le pido a Nathalie.

—No pienso moverme ni un centímetro.

—Voy a perforar el cráneo. Una trepanación de urgencia —le informo—. Si la sangre sigue acumulándose, la presión lo matará.

—Hazlo —responde con voz firme—. Alistair, por favor…

Limpio la zona. Marco el punto en el parietal derecho. La piel se abre bajo el bisturí con un trazo limpio. Sangre, pero no en exceso. Con el taladro, comienzo a girar lentamente, con la precisión que los años me han enseñado. El hueso cede. Un clic sordo. Un canal se abre.

Nathalie se tambalea y Ronald se hace cargo de ella agarrándola del brazo.

***

El vendaje está firme. El drenaje colocado. Todo lo que debía hacerse, está hecho. Ahora solo queda esperar. Los minutos se estiran, se retuercen. El reloj de la pared marca el tiempo con una precisión cruel, y cada segundo se clava en el pecho como una aguja.

Helena está sentada junto a la cama, con la mano de Brian entre las suyas. Murmura cosas suaves, apenas audibles. Su rostro está empapado en lágrimas, pero su mirada es fuerte. Una fuerza que no sé si merezco.

Yo estoy de pie, a unos pasos, con las manos aún manchadas de sangre bajo los guantes. No puedo quitármelos todavía. No porque

los necesite… sino porque no estoy listo para tocar nada más.

Miro al niño. Tan pequeño. Tan vulnerable. Y mi mente, traicionera, me arrastra hacia atrás.

El hospital. La sala de urgencias. El accidente. La sangre en el parabrisas. El silencio de mi mujer y mis hijos. Sus ojos cerrados.

No pude salvarlos. Ni con todo mi conocimiento, ni con mis manos entrenadas. El cirujano brillante, el lord prestigioso… no fue suficiente. Y nunca lo será.

Y ahora esto. Brian.

El hijo de Nathalie.

El niño que reía hace apenas una hora sobre un caballo. El niño al que yo quise impresionar, ganarme, acercarme. Y lo lancé al borde de la muerte con mis propias manos.

—¿Alistair? —la voz de Nathalie me saca por un instante del abismo.

La miro. Quisiera decirle que todo estará bien. Pero no lo sé.

—Debería haberlo previsto —murmuro—. El caballo estaba demasiado nervioso. Fue un error sacarlo hoy. Un error mío.

Ella se levanta y se posiciona frente a mí.

—Lo prometiste. Me prometiste que estaría bien, que no le pasaría nada —llora, y da dos golpes en mi pecho. Trato de agarrarla sin conseguirlo. Karen entra en el dormitorio con una infusión y la convence para que se la tome. Yo salgo con Ronald al pasillo.

—No podías saberlo, señor.

Pero no puedo creerle. No esta vez.

—Brian no se ha movido. Su respiración es estable, pero aún no despierta del todo. Aún no vuelve. ¿Y si no lo hace? —digo, apenas

consciente de que hablo en voz alta—. Si algo queda dañado…

No termino la frase. No puedo.

—Lo ha salvado, Alistair. —Muy pocas veces me ha llamado así—. Sigue aquí porque jamás te rindes.

Pero su fe en mí es una herida que también duele. Porque en el fondo… no sé si la merezco. No después de esto. No cuando ya fallé antes, y ahora he vuelto a fallar, aunque esta vez la muerte pasó de largo.

Me quedo mirando al niño desde la puerta, a esa vida frágil en la cama, y sé lo que tengo que hacer.

Tal vez lo mejor para ellos sea que yo me aleje. Tal vez el amor no basta cuando uno es una amenaza para lo que ama.

49

NUNCA ES TARDE PARA PEDIR PERDÓN NI PARA PERDONAR

Greystone

Presente…

La noche es espesa, inmóvil. Todo el castillo parece contener el aliento. Estoy sentado en una butaca junto a la cama, con los codos sobre las rodillas y las manos entrelazadas. No me he movido en horas, salvo para comprobar su pulso, su respiración, los reflejos en sus pupilas. He hecho esto en hospitales de todo el mundo. Pero nunca me había costado tanto sostener el alma en las manos.

Y entonces, lo oigo. Un sonido leve, un suspiro.

Levanto la vista.

—Brian —dice Nathalie, casi sin voz.

Sus párpados tiemblan. Se abren lentamente, como si le costara cruzar el umbral entre el sueño y la vida. Sus ojos, algo perdidos, se enfocan y ven a su madre.

—¿Mamá…?

—Estás bien —Nath llora de nuevo, esta vez de alegría—. Te caíste, ¿recuerdas?

Brian niega y se toca la cabeza con cuidado.

—No te toques. —Su madre le aguanta el brazo.

—Duele un poco —indico—. Es normal. Pero has sido muy valiente.

—Mamá, estoy bien… ¿por qué lloras?

—Porque eres todo para mí.

Ella se queda un rato a su lado, acariciándole el pelo con manos que ya no tiemblan. Después de unos minutos, se vuelve hacia mí. Hay algo nuevo en su mirada. Algo más profundo que el miedo.

—Alistair… Quiero pedirte perdón.

Frunzo el ceño.

—¿Perdón?

—Por cómo reaccioné antes. Por… reprocharte lo que pasó. Estaba asustada. Desesperada. Pero ahora lo sé. Tú jamás harías nada que pusiera en peligro a Brian. Lo sé. Y si está vivo es por ti.

Quisiera abrazarla. Decirle cuánto necesito oír eso. Pero algo en mí se ha bloqueado. No puedo permitirme la comodidad del perdón. No cuando lo que está en juego es su felicidad.

Camino hacia la ventana. Al jardín lo cubren las sombras, todo está en silencio, salvo por mi respiración, que pesa como plomo.

—Nathalie. —No la miro—. He tomado una decisión.

—¿Qué clase de decisión?

Me giro. Mis ojos encuentran los suyos.

—Mañana pediré a Ronald que prepare todo. Os marcharéis a Estados Unidos. Tengo una casa en Vermont. Lejos del castillo. Lejos de Inglaterra. Lejos de mí. Allí tendrás lo que aquí no puedo darte: libertad. Seguridad. Una nueva vida para ti y para Brian.

—¿Estás… estás echándonos?

—No. Estoy… —respiro hondo—. Estoy amándolos como mejor puedo. Esto no es lo que imaginé. Pero he traído demasiado dolor a quienes he amado. No dejaré que eso se repita.

Nath me mira con ojos abiertos de incredulidad. Se acerca lentamente.

—Te amo —dice, sin temblor, sin duda—. No quiero irme. No quiero otra vida que no sea contigo.

—Yo también te amo —respondo, y me cuesta decirlo sin que se me quiebre la voz—. Pero por eso hago esto. Porque el amor no siempre ha de quedarse. A veces… se retira a tiempo.

Ella me mira durante un largo, larguísimo segundo. Luego da un paso atrás, no de rechazo, sino como quien empieza a aceptar lo inevitable.

Brian ya duerme de nuevo. La habitación se llena de ese silencio doloroso que queda cuando el amor no muere, pero se despide.

Y yo, Lord Alistair Greystone, neurocirujano, salvador de vidas, me quedo ahí, de pie en la penumbra, sabiendo que esta vez, para salvarlos a ellos… tengo que dejar que se vayan.

50

NUNCA ES TARDE PARA COMENZAR DE NUEVO

Nath

Presente…

No sé en qué momento exacto se abrió el suelo bajo mis pies. Quizás fue cuando me dijo *Esto no es lo que imaginé*, como si lo nuestro fuera un error, un paréntesis en su vida perfectamente contenida. O quizás fue cuando me miró con amor y aun así eligió el adiós.

Estoy sentada en el borde de la cama de Brian, mirando cómo respira con la calma de quien no ha oído la sentencia que se cierne sobre nosotros. Mi hijo está vivo. Gracias a Alistair. Pero también… por Alistair.

Las lágrimas bajan sin permiso, una tras otra. No hago el intento de detenerlas. Hay un dolor antiguo en mí, el que conocí cuando me veía sola con un niño en brazos, con un padre ausente y maltratador, pero esto es distinto. Esto no es abandono, es exilio. No nos deja porque no nos ame. Nos deja porque nos ama.

Y eso es lo más cruel de todo.

Me levanto, camino por la habitación como una bestia enjaulada. No puedo aceptar esto. No puedo mirar a ese hombre y decirle sí, está bien, me iré como si nunca me hubiera sentido viva entre tus manos.

Lo encuentro en el estudio. De pie, junto a la ventana, con la espalda recta y la mirada perdida. No se gira al oírme entrar.

—Nos iremos —digo, con la voz rota—. Pero no a Vermont. No a la casa que has elegido como si fuéramos un problema que necesitas reubicar.

Se gira entonces. Lento. La mandíbula tensa.

—Nathalie…

—No. Me escuchas ahora tú. Me enseñaste a confiar en ti. A creer que el amor es también un hogar. Y ahora nos echas con esa frialdad vestida de nobleza. No necesitamos que decidas por nosotros. Brian y yo sabemos cuidarnos solos.

—No se trata de que puedas cuidarte —dice, y su voz ahora sí tiene filo—. Se trata de lo que es mejor. Y lo mejor es que estén lejos de este lugar. De mí. Del peso de mi pasado.

—¿Y quién decide eso? ¿Tú, que no puedes perdonarte? ¿Tú, que prefieres castigarte antes que aceptar que mereces algo bueno?

—No hay nada que negociar —interrumpe con dureza—. Irán a Vermont. Todo está previsto. Se hará lo que yo diga.

Me quedo inmóvil. No por miedo. Por rabia. Por tristeza. Porque una parte de mí aún creía que bastaría con mirarnos para entendernos. Pero Alistair ha construido un muro invisible con cada palabra.

—Entonces no eres el hombre que pensé —aseguro al fin, con una voz tan baja que casi no me reconozco—. O quizás sí lo eres. Solo que has decidido dejar de serlo.

Él no responde. Su silencio es un adiós que aún no se atreve a pronunciar.

Y yo salgo del estudio sin volver la vista atrás. Porque si lo hago, sé que me romperé del todo.

Pero algo en mí, aunque herido, sigue en pie. Y aunque vaya donde él ha decidido, juro que esta no será la última palabra.

La noche afuera está en calma, pero en mí todo arde. La rabia, la impotencia, el amor frustrado. Camino por el patio como un espectro, con los brazos cruzados contra el pecho, intentando ahogar el temblor que no es del frío. Cada piedra bajo mis pies parece empujarme a recordar lo que estoy a punto de dejar atrás.

No sé hacia dónde voy. Solo sé que no puedo estar más bajo ese techo. Ni una hora más.

Y entonces, un ruido.

Un motor. Leve. Lejano al principio… luego más claro.

Me detengo.

El corazón me da un vuelco.

No puede ser.

Me acerco a la verja, al sendero que da a la parte trasera del castillo. Entre los árboles, lo veo: el mismo coche oscuro. El que vi aquella vez, entre los arbustos. El que se marchó sin luces. Quieto ahora, como si hubiera estado esperándome todo este tiempo.

—¿Quién está ahí? —pregunto, avanzando, aunque todo en mi cuerpo me dice que me detenga.

No puede ser Richard, no lo es…

El motor se apaga. El silencio se espesa.

Y entonces, lo siento.

Un brazo por detrás, duro, áspero, que me aprieta el torso con fuerza. Una mano se cierra sobre mi boca.

Intento gritar, pero solo logro un gemido ahogado. Mi cuerpo entra en pánico. Pataleo, lanzo codazos, muevo la cabeza de un lado a otro. El agarre se tensa. Algo me pincha el cuello. Un ardor. Rápido. Insistente.

El mundo empieza a deshacerse. Las sombras se doblan sobre sí mismas. La fuerza se me escapa del cuerpo.

—Brian… —musito, apenas un susurro interior, antes de que todo se apague.

Caigo.

La oscuridad me envuelve sin clemencia.

Y el coche desaparece… como la última vez. Solo que ahora, me lleva con él.

51

DE NUEVO, ÉL Y YO

Nath

Presente…

Despierto con un dolor sordo en la cabeza, como si un martillo me golpeara desde dentro. El aire está espeso, rancio, con un olor metálico y húmedo que se pega en la garganta. Abro los ojos con esfuerzo. La luz es escasa, amarilla, filtrada por una bombilla desnuda que cuelga del techo. Estoy en una habitación de paredes oscuras, sin ventanas. El suelo es de tierra y hay humedad en las esquinas.

Intento moverme.

Las muñecas me arden: están atadas, igual que los tobillos. Siento el roce de una cuerda áspera en la piel. La boca, amordazada. El corazón me golpea el pecho como si quisiera romper las costillas.

Empiezo a sacudirme. A hacer ruido. Lo poco que puedo.

—¡Mmm! ¡Mmmmm! —Mis gritos son inútiles, sofocados por la tela que me cubre la boca.

Estoy sola. Lo creo. Lo espero.

Pero entonces, una sombra se mueve en la esquina. Una figura, hasta ahora quieta, da un paso hacia la luz.

Y el pasado se arrastra de vuelta como un monstruo.

—¿Duele mucho, Nathalie? —dice con una voz grave, burlona, inconfundible.

No.

No puede ser.
No aquí. No ahora.

Richard.
Él.

El hombre del que hui hace meses. El que me rompió huesos y nuestra confianza. El que juró que si lo dejaba, me mataría.

Mi respiración se vuelve salvaje. El cuerpo tiembla. Siento que voy a vomitar de miedo.

Él sonríe. Tiene la misma mirada de entonces. Vacía y peligrosa.

—Creíste que podías esconderte detrás de un nombre nuevo, de un castillo… de un lord. —Escupe la palabra con desprecio—. Pero yo te conozco. Siempre te he conocido. Eres mía, Nathalie. Nunca dejaste de serlo.

Quiero gritar. Llorar. Luchar. Pero solo puedo mirarlo, con la rabia quemándome por dentro, con la voz sepultada por la mordaza.

Richard se agacha frente a mí, a solo unos centímetros.

—Vamos a tener tiempo. Mucho tiempo. Nadie va a venir a buscarte. No ahora. Nadie sabe dónde estás.

La oscuridad se cierra a mi alrededor, pero esta vez no me vence. No del todo. Porque aunque estoy atada y atrapada… estoy viva.

Y no pienso dejar que me entierre otra vez.

Me observa durante unos segundos. Luego, con esa calma que siempre ha precedido al horror, alarga la mano y me hago un ovillo para protegerme de su golpe, sin embargo, afloja la mordaza, tirando de la tela con un movimiento firme. Me arde la piel de los labios.

Toso. Escupo. Y apenas recupero el aliento, las palabras me salen atropelladas.

—No le hagas daño a Brian, por favor. Haz conmigo lo que quieras, pero a él… él no tiene nada que ver con esto. ¡Es solo un niño!

Él sonríe. No dice nada de inmediato. Solo se pasea un poco por la habitación, disfrutando del momento, de mi miedo. Y entonces se gira y me clava la mirada.

—Está en un buen lugar —informa, con una voz tan neutra que hiela—. No te preocupes. Lo tengo… cuidado.

Mis gritos son tan desgarrados que incluso a mí me asustan. La cuerda que me ata las muñecas corta mi piel de tanto forcejear. Las lágrimas me corren por las mejillas sin pedir permiso.

—¡Dime dónde está! ¡Dímelo! ¡Richard, por favor, te lo suplico!

Pero él solo se encoge de hombros.

—¿Sabes qué aprendí en estos meses? Que no importa cuánto corras. Siempre llevas tu debilidad contigo. Y la tuya… tiene cinco años y confía en cualquiera que le sonría.

Abre la puerta de la habitación sin más. Antes de salir, se vuelve hacia mí una última vez.

—No hagas ruido o… tendré que matarte.

La puerta se cierra con un golpe metálico.

Mis sollozos son incontrolables. El mundo entero se me deshace en la cabeza. La única imagen que tengo es la de Brian, asustado, buscándome con esos ojos grandes, sin entender por qué mamá no viene.

Y entonces la puerta vuelve a abrirse. Entro en alerta de inmediato. Espero ver de nuevo a Richard. Pero no.

Es Henry.

Henry.

—Henry… —susurro, sin creerlo—. Gracias a Dios. Por favor. Tienes que sacarme de aquí. ¡Tiene a Brian! ¡Tienes que ayudarme!

Él se queda quieto unos segundos. Demasiado quieto.

No corre hacia mí. No me toca. No dice nada.

Su expresión es seca. Casi… culpable.

—Henry… —repito, con un nudo helado en el pecho—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Lo siento, Nathalie —dice por fin, usando mi verdadero nombre con torpeza, como si lo hubiera ensayado—. No iba a ser así. Pero no me diste elección.

El mundo se detiene.

—Tú sabías… —Mi voz se apaga mientras la realidad me cae encima como una losa—. Tú lo ayudaste.

—No te merece —habla de Alistair apartando la mirada—. Richard sí ha sabido encontrar la forma de devolverte a tu sitio. Yo solo… abrí la puerta.

Lo miro, incrédula, devastada.

—¿Cómo has podido…?

Henry da un paso atrás, incapaz de sostener mi mirada.

—Es mejor así —murmura, más para sí que para mí—. Vuelve a tu mundo.

—¡Richard me maltrataba! ¡Es capaz de matarnos! ¡No solo a mí! ¡También a Brian! —Utilizo mis últimos cartuchos… en vano.

—Deja de mentirme.

Y con eso, cierra la puerta.
Y el encierro, esta vez, ya no es solo físico.
Es traición.

Es desesperanza.

Pero aún queda algo en mí, algo que ni Richard ni Henry conocen:

Yo no soy la mujer que huyó.

Ahora, soy la que va a luchar.

52

TE ENCONTRARÉ AUNQUE TENGA QUE CRUZAR A NADO LOS OCÉANOS

Greystone

Presente…

El silencio del amanecer no es el mismo de siempre.

Hay una tensión distinta en los muros del castillo, como si la piedra misma supiera que algo ha cambiado. Salgo de mi estudio en cuanto la luz comienza a colarse por las ventanas del pasillo este. No he dormido. No podría. Cada vez que cierro los ojos veo el rostro de Nathalie cuado me dijo que no iría a Vermont. Que se marcharía por su cuenta. Que no quería otra vida que no fuese conmigo.

Y aún así, le pedí que se fuera. Por amor, me dije. Por cobardía, me susurra ahora mi conciencia.

Me dirijo al ala sur, donde está la habitación de Brian. La operación fue un éxito, pero las primeras 48 horas son cruciales. Quiero revisar su respuesta neurológica, ver cómo ha pasado la noche. Tal vez hablar con ella. O al menos… escuchar su voz una vez más.

Abro la puerta despacio. La habitación está en penumbra, la cama, vacía.

Parpadeo. Me acerco.

Sábanas desordenadas. Marcas en la almohada. Estuvo aquí. Pero ahora no.

Y no hay notas. No hay ropa recogida. Todo está exactamente como lo dejé anoche… salvo el niño.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Camino con rapidez hacia la habitación de Nathalie. Golpeo.

—Helena —digo, sin pensar en el nombre que ya no le pertenece —. ¿Estás despierta?

Nada.

Golpeo otra vez, con más fuerza. Abro la puerta.

Vacía. Cama intacta.

No. No puede haberse ido.

Ella sabe que Brian necesita reposo. Le expliqué claramente que no podía moverse durante al menos una semana. Que cualquier alteración podría ser peligrosa. Ella no haría esto. No con él.

Corro por los pasillos. Reviso el ala de invitados, la biblioteca, incluso el jardín botánico. Nada. Nadie.

Mi respiración se vuelve irregular. Un calor helado se instala en mi pecho. No es solo preocupación. Es instinto. Algo va mal. Algo está mal desde anoche.

Encuentro a Ronald en el corredor junto a las escaleras de servicio.

—¿Ha visto a la señorita Helena o al niño esta mañana?

Ronald me mira con la ceja alzada. Luego, muy despacio, niega con la cabeza.

—No, señor. Nadie ha salido por la puerta principal.

—¿Y los coches?

—Todos están en su sitio. Menos… —Se detiene.

—¿Menos qué?

—El viejo sedan. El que requisamos de la finca del norte. No ha sido movido en meses. Pero esta mañana… no estaba.

Un frío real me cruza la espalda.

—¿Alguien más sabía de ese coche?

—Solo usted, yo… y Henry. Se ofreció a limpiarlo hace un par de semanas.

Henry.

El nombre cae como plomo en mi estómago.

Salimos al patio trasero. Ronald va delante. Se agacha en la tierra húmeda, donde el césped termina y empieza el camino de grava. Señala.

—Aquí. Rastro fresco. Huellas de neumáticos. Anchas. Recientes.

Me arrodillo junto a él. Paso la mano sobre la marca. El dibujo es claro. El coche salió esta misma madrugada. Y nadie debía saber que estaba ahí.

—Esto no es una huida —digo, en voz baja.

Ronald asiente.
—No, señor. Esto es otra cosa.

Me levanto. El corazón late como cuando estoy frente a una arteria rota en la mesa de operaciones: con urgencia, con precisión. Y con miedo.

Alguien se llevó a Nathalie.
Y se llevó a Brian.
Y yo, por protegerlos… los dejé solos.

—Prepara el Land Rover —digo con la voz tensa—. Y haz que busquen a Henry.

Ronald me mira. Su rostro ya no es neutral. Ahora está en guardia.

—¿Sospecha de él?

—Sospecho… que lo he tenido demasiado cerca. Y no supe ver al enemigo en la sombra.

Sé que detrás de todo está Richard Gadbury.

53

CRUZARÉ BOSQUES Y MONTAÑAS

Greystone

Presente…

El motor del Land Rover ruge mientras avanzamos por el camino de tierra. Las ramas de los árboles arañan los cristales. Ronald conduce con el rostro endurecido y los nudillos blancos en el volante. Yo no dejo de mirar por la ventana, buscando señales, humo, un reflejo… algo. El sedan nos dejó un rastro, y Ronald lo siguió como un sabueso.

Mi mente no se calla. Una voz me repite una y otra vez que fui un idiota. Que le entregué el alma a un traidor. Que subestimé a un monstruo disfrazado de jardinero.

Y sobre todo, que fallé.
Otra vez.
A ella.
A Brian.

—Allí —indico, y Ronald frena de golpe.

Es una casa de campo a medio caer, hundida entre árboles y silencio. El coche que me han robado está aparcado junto a un cobertizo oxidado. La puerta de entrada está entreabierta. Ningún movimiento. Pero el aire huele a encierro, a miedo.

Bajo antes de que el coche se detenga por completo. Camino con pasos firmes, con la mandíbula apretada. La adrenalina sube y empuja mis huesos a moverse sin titubear.

Empujo la puerta.

—¡Nathalie! —grito, sin importarme quién escuche.

Un ruido. Un golpe seco.

Alguien aparece al final del pasillo: Henry.

—¡Alto! —gruñe, como si tuviera autoridad alguna sobre mí, y me apunta con un rifle, uno que también ha robado de mi armería.

Lo ignoro. Camino directo hacia él. Lo veo dudar un segundo, y entonces dispara, pero falla, me roza el hombro, sin embargo, ni noto el dolor. Nos chocamos en seco, hombro contra hombro. Le quito el arma y forcejeamos, golpe a golpe, con la violencia cruda de dos hombres que ya no tienen máscaras.

Me lanza contra la pared. Me doblo, pero no caigo. Le meto el puño en el estómago. Él retrocede, jadeando. No estoy luchando para ganar. Estoy luchando para salvar a la mujer que amo y a su hijo. Y eso me vuelve invencible.

Le doy un empujón brutal. Su cuerpo choca contra una silla y cae de espaldas.

—¡¿Dónde están Nathalie y Brian, maldito cobarde?! —grito, pero no me detengo. Corro hacia una puerta entreabierta.

Y ahí está.

Nathalie.

Atada. Sucia. Golpeada por el miedo.

Sus ojos se agrandan al verme.

—Alistair… —rompe a llorar—. ¡Se ha llevado a Brian! ¡Richard lo tiene! ¡Lo tiene!

Mi corazón se detiene tras un latido fuerte.

Me arrodillo, rompo la cuerda con una navaja que Ronald me ha dado para defenderme. La desato y ella se aferra a mí como si

pudiera anclarla a la tierra.

—Estoy aquí. Ya estoy aquí, Nathalie —le susurro, con la voz que uso en quirófano cuando todo se está desmoronando—. No te dejaré. Lo vamos a encontrar.

Ella llora contra mi pecho. Pero está viva. Luchó. Sobrevivió.

Gracias a Dios…

Me levanto.

Camino de nuevo hacia Henry. Él intenta incorporarse con una mano en el costado y la cara ensangrentada. Le doy una patada en la rodilla para que no pueda incorporarse.

—Arrrgggg… —se queja.

—Dime dónde lo llevó —chillo—. ¡Dímelo ahora!

—No lo sé —escupe, con una sonrisa torcida que me dan ganas de aplastar—. Él no me dijo a dónde. Solo me pagó.

—Te juro por lo que me queda de alma, Henry, que si no me dices dónde está ese niño… —me acerco, muy cerca, hasta que lo huelo, hasta que me aseguro de que sepa de lo que estoy dispuesto a hacer— …te mato aquí mismo.

Henry traga saliva. Sabe que no estoy mintiendo.

—¡Dínoslo! —grita Nathalie, desesperada—. ¡Mi hijo confiaba en ti! ¡Richard está loco! ¡¿Has hecho esto por dinero?! ¡¡Tú también estás loco!!

Henry tiembla. Su espalda contra la pared, la cara hinchada por los golpes, los ojos cargados de miedo. Ya no tiene nada que ofrecerme excepto la verdad, y lo sabe. Mi paciencia es una cuerda que ya se ha roto.

—Habla, Henry —dictamino entre dientes—. Es tu última oportunidad de hacer algo mínimamente humano.

Él traga saliva.

—Un hotel… un hotel de carretera. Al sur. Cerca de la frontera… El Ravenscross Inn. Me pagó en efectivo hace una semana. Lo vi entrar ahí. No sé si sigue, pero si lo buscas, yo empezaría por ese lugar.

—¿Cuánto hace que se fue con el niño?

—Unas horas. Antes del amanecer. No te miento, lo juro, solo… solo me dijo que necesitaba unas horas. Que después… que después me llamaría.

—¿Para qué?

—Para que… Para que matara a Helena, a… Nathalie.

Me alejo de él, sintiendo la ira hervir en mi sangre, tan fuerte que por un segundo me cuesta mantenerme en pie. Ronald entra en la habitación con su teléfono en mano, alerta.

—¿Lo matamos? —pregunta, sin una pizca de ironía.

—No. —Miro a Henry con asco—. Pero que no desaparezca. Amárralo. Llamaremos a la policía después. Primero… Brian.

Vuelvo con Nathalie. Se ha incorporado, aunque está pálida. Me toma la mano con fuerza, como si solo eso la mantuviera de pie.

—Vamos a buscarlo ahora mismo —le aseguro—. No estamos lejos. Ronald conoce la ruta. Iremos rápido. Muy rápido.

—No me dejes atrás, Alistair. No me dejes.

—Nunca más.

La ayudo a subir al Land Rover, la envuelvo con una manta que Ronald saca del maletero. Subimos los tres. No hay palabras entre nosotros mientras arrancamos. Solo el motor, bramando como si también entendiera lo que está en juego.

Ronald conduce como un demonio. La carretera vibra bajo las ruedas. El cielo comienza a clarear, teñido de gris. El Ravenscross Inn está a menos de cuarenta kilómetros. Si tenemos suerte, Richard aún no se ha ido.

A mi lado, Nathalie respira agitada, con los ojos fijos en el horizonte. Su hijo está ahora en manos de un hombre que no conoce límites.

Y yo, que he salvado cerebros abiertos, corazones detenidos, vidas al borde del abismo… me repito una sola cosa mientras el camino se traga los kilómetros. Llego tarde una vez más, y no sobreviviré a perderlo también. Pero esta vez, juro por todo lo que soy… no me detendré hasta traerlo de vuelta.

54

LO HARÉ BIEN. ESTA VEZ LO HARÉ BIEN

Greystone

Presente…

El motel se alza al final de una carretera olvidada por el mundo, con carteles medio fundidos y una neblina que parece pegada al asfalto. Ravenscross Inn, dice el letrero, parpadeando con una luz enferma. Es un sitio donde todo parece abandonado, excepto el mal. Ronald frena el Land Rover a unos metros del edificio principal.

—Te sigo por la parte de atrás —me dice, revisando su arma—. Por si intenta escapar.

Asiento. Me bajo primero, con el corazón golpeándome las costillas. Nathalie se queda en el coche, demasiado débil para correr, pero con los ojos afilados. No me detiene. Solo me dice una cosa antes de que cierre la puerta:

—Tráelo de vuelta. Por favor.

Camino hacia la recepción con la adrenalina tragándose el dolor de mi cuerpo. Nadie en la oficina. La campanilla sobre el mostrador está oxidada. Pero al fondo, detrás de una puerta entreabierta, escucho algo. Una voz baja. Y luego, el llanto de un niño.

Brian.

No pienso. Solo actúo.

Empujo la puerta.

El pasillo huele a humedad y encierro. Las paredes son finas, el suelo cruje con cada paso. Localizo la habitación por el sonido. Una

voz ronca. Una súplica infantil.

—¡Papá! ¡No… no me dejes aquí! ¡Por favor!

Abro la puerta de un empujón. La madera golpea la pared con un estruendo.

Richard se vuelve hacia mí como una bestia arrinconada. Tiene a Brian en una esquina, y un arma en la mano. Me mira con una sonrisa torcida.

—Llega tarde, milord.

—Aléjate de él —digo, con la voz más fría que tengo.

Y entonces, dispara.

El sonido es seco, brutal. El dolor explota en mi pecho, un ardor que me sacude hasta la médula. Richard sí que ha acertado. Caigo de rodillas, jadeando, pero no suelto la mirada. No ahora. No cuando está tan cerca.

—¡Alistair! —grita Brian, corriendo hacia mí, pero Richard lo agarra del cuello de la camiseta y lo lanza hacia un rincón.

La puerta se abre detrás de mí.

Nathalie. ¡No!

Ella no debería haber salido.

Richard la ve, y su sonrisa se ensancha con una maldad que hiela la sangre. La toma del brazo, la jala contra su pecho, y le pone el cañón del arma en la cabeza.

—Se acabó el juego —jadea, con la mirada desquiciada—. Vas a ver cómo termina todo esto. Primero ella. Después tú. Y el niño, si me quedan balas.

Nathalie tiembla. Pero no grita.

—Hazlo. —Su voz es firme—. Pero mírame a los ojos cuando lo hagas.

—¡No! —llora Brian, en un rincón—. ¡Por favor, no le hagas daño! ¡Es mi mamá! ¡Papá, no le hagas daño a mamá! —La súplica me atraviesa el pecho tanto o más que la bala. Veo a ese niño destrozado, a esa mujer que ha luchado tanto… y sé que no puedo fallar.

Detrás de Richard, un leve movimiento. Una sombra en la ventana.

Ronald.

—¡Richard! —grito, levantándome con esfuerzo, con la sangre empapando mi camisa—. Si vas a matarnos, hazlo como un hombre. A mí. No a ellos.

Él gira apenas la cabeza, lo justo para que su dedo tiemble.

Y Ronald, en silencio, rompe el cristal de la ventana con una sola bala certera. El proyectil no da en Richard, pero sí en su brazo. El arma vuela por el aire. En el mismo segundo, me abalanzo sobre él, con una fuerza que no sabía que me quedaba.

Caemos al suelo. Golpeo. Una, dos, tres veces. Hasta que deja de moverse. Hasta que su mirada pierde el filo y se convierte en nada. Y yo… Yo caigo casi desmayado, respirando a duras penas…

Nathalie se arrodilla a mi lado. Y luego Brian corre a nosotros, sollozando, y se aprieta a mi cuerpo.

—Ya está. Ya está. Nunca más —susurro, mientras mi herida arde como fuego—. Nunca más volverá a haceros daño.

Ronald entra por la puerta con expresión tensa y el arma aún en la mano. Mira a Richard, inconsciente, y asiente.

—La policía viene en camino. —Y por primera vez en días, su voz suena aliviada.

El infierno ha terminado.

Y yo, con sangre en la camisa y el corazón hecho pedazos, abrazo lo único que me queda en pie. La mujer que amo y su hijo.

—Alistair, no te vayas, no nos dejes, aguanta. Aguanta, por favor… —suplica Nathalie, pero dejo de escucharla y, aunque lucho por no cerrar los ojos y seguir con vida, una que ahora quiero disfrutar, siento a la parca venir a por mí.

No me da igual morir, no ahora, después de ellos, pero me marcho sabiendo que ellos estarán a salvo en un mundo en el que, por suerte, hay más gente buena que mala.

EPÍLOGO

LORD ALISTAIR GREYSTONE

Sobreviví. A la herida. A la culpa. Al pasado. Sobreviví a mí mismo, que es quizá lo más complicado.

Los días en el castillo ya no son silenciosos. Brian corre por los pasillos con la alegría feroz de quien ha vuelto de un sitio que le horrorizaba. Su risa rebota en los muros antiguos como si renovara cada piedra. Y Nathalie, mi Nathalie, camina por los jardines al atardecer, con las manos en los bolsillos de mi abrigo, que siempre le queda grande, y la mirada en paz.

El mismo lugar donde creí que terminaría solo, ahora es nuestro hogar. No una jaula, ni un recuerdo para no recordar.

Las cicatrices han quedado. Las mías, bajo la piel. Las de ella, en rincones más hondos. Pero no las escondemos. Las miramos. Las cuidamos. Las dejamos ser parte de esta nueva vida.

He aprendido que el pasado no desaparece, pero puede convertirse en cimiento. Que el amor, si es verdadero, no necesita ser perfecto: necesita ser valiente. Como lo fue ella. Como lo fue Brian. Como tuve que aprender a ser yo.

Las segundas oportunidades no llegan con pompa ni anuncio. A veces llegan en forma de una mano que no te suelta, de una voz que te dice "estoy aquí" incluso cuando el mundo se cae. Y cuando llegan… hay que tomarlas. Aferrarse a ellas con la urgencia de quien ha estado al borde del abismo.

Hoy desayuno con Brian contándome historias imposibles sobre dragones. Hoy Nathalie me despierta con café y la promesa de que el mundo, por caótico que sea, vale la pena si ella está en él.

Y cada segundo cuenta. Cada mirada. Cada gesto. Porque lo aprendí del modo más duro: la felicidad no se espera. Se vive.

Y yo, que viví entre la muerte, el bisturí y la culpa, ahora vivo por ellos. Y eso… eso lo cambia todo.

Por la noche, la chimenea arde despacio. Nathalie está sentada en el sofá, descalza, con una manta sobre las piernas y un libro abierto en el regazo, aunque hace rato que no pasa la página. La observo desde la puerta, con la misma sensación que tuve la primera vez que la vi: como si algo imposible acabara de volverse real.

Me acerco. Me siento a su lado sin decir nada, y ella apoya la cabeza en mi hombro, sin dejar de mirar el fuego.

—¿Sabes? —murmura—. A veces todavía me despierto esperando estar de vuelta en aquella habitación. Atada. Asustada. Pensando que nunca volvería a ver a Brian ni a ti.

—Y ahora… —susurro, acariciándole el cabello— estás aquí. Con él. Conmigo.

—Ahora estoy viva. —Me mira—. Y feliz. Es un milagro. En paz.

Le tomo la mano, esa mano que una vez tembló en la oscuridad y que ahora aprieta la mía con una seguridad que me atraviesa.

—No dejaré que nada te quite eso, Nathalie. Nunca más.

Ella sonríe. Esa sonrisa que me salvó antes de que pudiera reconocerlo.

—Tú también mereces ser feliz, Alistair.

—Lo soy —respondo—. En ti encontré algo que no sabía que existía. No solo el amor… sino la calma. El sentido.

Se inclina hacia mí, despacio. Nos besamos como quien confirma que está despierto y no soñando. Lento. Cierto. Necesario.

Y cuando se aparta, aún con los ojos cerrados, dice:

—Podríamos haber tenido tantas razones para rendirnos.

—Pero elegimos vivir. —Le acaricio la mejilla—. Elegimos seguir.

Ella asiente, y en ese gesto cabe todo lo que fuimos y todo lo que seremos.

Afuera, el viento sacude suavemente los árboles. Adentro, el mundo está en su sitio. No perfecto. Pero lleno. Verdadero.

Y mientras la abrazo más cerca, sé que esta es la vida que nos prometimos sin decirlo. Una vida donde lo más valiente que hicimos fue quedarnos.
Amarnos.
Y confiar en que no nos soltaríamos más.

LADY NATHALIE GREYSTONE

El aire huele a lavanda y rosas frescas. El jardín botánico del castillo está vestido de primavera. Las flores que Alistair plantó con sus propias manos meses atrás han estallado en color, y el cielo, celeste limpio, parece haber sido escogido con cuidado para nosotros.

Camino entre los senderos de piedra con un vestido marfil que flota con cada paso. Mis manos tiemblan, pero no por miedo. Es otra cosa. Es la certeza de que, después de todo lo que fuimos, de todo lo que sobrevivimos, estamos aquí. Y estamos juntos.

Cuando llego al altar, él ya me espera. Alistair, con ese traje gris claro que le da una suavidad que pocos conocen, me mira como si fuese la primera vez. Sus ojos, tan serenos, tan profundamente humanos, no necesitan decir nada. Lo dicen todo.

A nuestro alrededor, la vida ha florecido también en forma de personas.

Mi madre, vestida de azul, aprieta la mano de Julio, su pareja, que le sonríe con ojos llenos de orgullo. A su lado está Brenda, con lágrimas en los ojos y esa expresión de quien siempre supo que lo lograríamos. Tracy, su tía, sostiene un pañuelo y un ramo pequeño, y no deja de guiñar discretamente. Mía, la hermana de Alistair, observa con una mezcla de dulzura y asombro. Ava, su hija, lanza pétalos de flor junto a Brian antes de sentarse, bendiciendo ambos nuestra boda. Pero mi hijo viene hasta nosotros, nos da la mano y se queda entre los dos.

El oficiante habla, sin embargo, yo apenas lo escucho. Todo se vuelve un rumor distante, como si el mundo entero se contuviera para dejar espacio a este momento.

—Nathalie —dice Alistair, tomándome ambas manos—. Prometo amarte no solo en los días luminosos, sino también en los días que duelan. Prometo elegirte, incluso cuando no sea fácil. Prometo no dejarte nunca más. Eres mi hogar, mi verdad, mi vida entera.

Mis ojos arden. Las palabras me tiemblan en la garganta, pero no dudo.

—Alistair, prometo amarte como lo he hecho desde el primer día que supe que me mirabas sin juzgarme. Prometo cuidar de ti como cuidas de los demás. Prometo vivir contigo cada instante como si fuera el último… porque sé lo que es perder. Y no quiero volver a hacerlo. Eres mi paz, mi fuerza, mi amor.

El beso es sellado bajo un cielo azul, entre los aplausos suaves de los que nos quieren. La música suena. Los pétalos vuelan. Y el mundo, por fin, deja de doler.

Hoy ya no soy una mujer que huye.
Hoy soy una mujer que elige.
Y lo elijo a él, una y otra vez.
Para siempre.

La fiesta se ha ido apagando con el atardecer. Las copas vacías decoran las mesas, Brian duerme en el regazo de mi madre, y el jardín huele ahora a jazmín y tierra tibia. Las luces colgantes parpadean como luciérnagas entre las ramas.

—Eh, amiga… Quiero decirte una cosa. —Brenda llega a mi lado —. Dos, en realidad. —No espera a que le conteste—. La primera…

—Has bebido —bromeo.

—Esto es una fiesta, una celebración del amor, ¡tú me invitaste! —Reímos, pero se pone seria un segundo después—. Escúchame, esto es importante. No he tenido oportunidad de pedirte disculpas. Yo conocía a Henry, me hizo la vida imposible en el colegio. Él, después de tantos años, no me reconoció.

—¿Tanto has cambiado?

—Déjame que termine. Sabía o… sospechaba que no era un buen tipo. Jamás me imaginé que podría llegar a hacer lo que hizo. Ojalá se pudran los dos en la cárcel.

—Nadie se lo imaginaba. Fue muy amable conmigo desde el principio. Yo… le creí… —Aún duele.

—Así son los psicópatas, ¿no? —Alza una ceja, y se termina la bebida de un trago—. Segundo: no has bebido alcohol en toda la noche. ¿De cuánto tiempo estás?

—De dos meses.

—¿Cuándo vas a decírselo al señor del castillo?

—Esta noche.

—Vas a hacerle muy feliz.

—Me da miedo… Me da miedo que piense que trato de reemplazar a sus hijos… —suspiro.

—Eso no va a ocurrir. —Me da un beso en la mejilla—. Por cierto, Henry no me reconoció porque yo tenía otro nombre y otro… aspecto. No sé si me entiendes.

—Por eso te acosaba el muy imbécil.

—Yo era… diferente. Por eso me fui de aquí. —Coge una copa de una bandeja que lleva un camarero—. ¿No quieres preguntarme sobre quién era?

—Eras Brenda. La misma persona que ahora, pero… —Achino los ojos—. ¿Llevabas el pelo corto? —Asiente—. A ti te sienta todo bien. Anda, vete, que he visto que has ligado con el chef. —Sonríe y se aleja.

Alistair y yo caminamos de la mano por el sendero de grava, lejos del bullicio, bajo los árboles que nos vieron enamorarnos.

—¿Eres feliz? —le pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Me mira como si la pregunta no tuviera sentido.

—Contigo, no sé ser otra cosa.

Nos detenemos junto al estanque. La luna se refleja en el agua. Él la observa, yo lo miro a él. Este hombre que ha salvado vidas con sus manos, salvó la mía con su amor.

Y entonces, le tomo la mano con suavidad, la coloco sobre mi vientre.

—Alistair… vamos a ser padres.

Él parpadea. Me busca los ojos. Su boca se entreabre. Y luego, se ríe. Una risa libre, profunda, rota de felicidad. Me levanta en brazos, me gira como si pesara lo que pesa una pluma, como si quisiera alzarme hasta el cielo.

—¡Nathalie! ¡Un bebé! ¡Nuestro bebé!

Nos abrazamos largo rato. Él me besa la frente, las mejillas, las manos. Hay lágrimas en sus ojos. Lágrimas limpias, esta vez.

—¿Estás bien…? —No sé si pregunto o confirmo.

—Por qué no iba a estarlo? ¡Es una gran noticia! ¡Brian va a ser muy feliz! —Tuerzo el gesto y me entiende—. Jamás dejaré de amar a Isabella y a Samuel —susurra, tocándose el corazón—. Pero este hijo… esta vida nueva… la amaré con todo lo que me queda. Con todo lo que soy.

Apoyo la cabeza en su pecho, y ahí, entre los latidos fuertes y tranquilos del hombre que amo, cierro los ojos. El pasado existe. Nos formó. Nos hirió. Pero no nos detuvo.

Ahora vivimos aquí.
Donde hay amor.
Donde hay raíces.
Donde, por fin, nace la vida.

***

La vida, a veces, no es lo que esperamos de ella; y me refiero a la vida en su sentido más simple, esa acción que nos conecta al mundo, el latir de un corazón que se frena en un segundo y consigue que todo termine. Adiós, vida. Te vas, te marchas, desapareces. Hay quien asegura que solo nos transformamos, que nuestra alma trasciende, pero que dejamos una huella que sigue aquí para siempre. ¿Cuánto es para siempre? Dentro de cien años no habrá nadie que nos recuerde, así que hagámoslo bien ahora, dibujémonos bonito, que todavía respiramos, e intentemos moldearla a nuestro antojo, al menos la nuestra. Persigamos sueños, defendamos ideas, corramos más veloz que el viento y saltemos tan alto que logremos tocar las estrellas.

Estrella Correa

AGRADECIMIENTOS

Treinta y tres novelas después, todavía me emociono al escribir estas líneas, porque ha sido un viaje maravilloso que espero seguir compartiendo con vosotros.

Gracias a quienes han estado desde el principio y a quienes se han ido sumando en el camino. A cada lector, por abrir estas páginas con curiosidad y corazón; vosotros hacéis que todo valga la pena.

A mi familia, por su amor incondicional y por entender mis ausencias cuando estoy en otros mundos.

A mis amigas, por escuchar mis ideas locas sin juzgar (demasiado), por las risas, los cafés, y por recordarme quién soy.

A quienes creyeron en esta historia cuando solo era un susurro en mi mente. A los que la leyeron antes de tiempo y no salieron corriendo. Gracias.

Y a ti, que tienes este libro en las manos: gracias por acompañarme una vez más. Sin ti, esta novela no existiría.

MILLONES DE GRACIAS.
OS QUIERO INFINITO.

SOBRE LA AUTORA



Estrella Correa (también Star Clark) nace en Chucena, graduada en Derecho y Técnico Superior de Secretariado de Dirección Bilingüe en Huelva. Actualmente reside en Punta Umbría. Desde sus primeros pasos dedica gran tiempo a la lectura de obras clásicas y de actualidad e incluso se atreve a elaborar relatos, bien por deber académico, bien por puro entretenimiento. En 2016 autopublica su

primer libro, Un gin-tonic, por favor; y a partir de ahí encuentra su verdadera vocación: escribir.

Poco a poco, el éxito de sus novelas la lleva a distanciarse de la abogacía y a transformar su hobby en su profesión.

Ha tenido contratos con editoriales, pero actualmente todos sus libros están disponibles en exclusiva en Amazon en dos formatos: papel y digital. Apuesta por esta plataforma y reconoce que gracias a ella comprueba día a día que su trabajo llega a miles de personas y que además da frutos.

Su trilogía Un gin-tonic, por favor, publicada con Ediciones Coral en una edición especial y completa, fue durante varias semanas de 2018 y 2019 el ebook de ficción más vendido en España según Bookwire España.

Su novela "Anoche soñé mariposas" (mayo 2020) fue la novela con más reseñas y valoraciones del PLAS 2020 (Premio Literario Amazon Storiteller). Actualmente está publicada por el sello Vergara de la editorial Penguin Random House.

El 19 de octubre de ese mismo año (2020) la revista Vogue Bussines se hizo eco en un artículo de las ocho mujeres escritoras autopublicadas más destacadas de la plataforma Amazon.es entre las que se incluye a Estrella Correa.

<u>Libros publicados:</u>

Sonríe, por favor (precuela)
Un gin-tonic, por favor
Bésame, por favor
Quédate conmigo, por favor
Recuérdame, por favor
Ni por favor ni leches
Más Almas, por favor

Nerea y las estrellas
La estrella de Nerea

Cualquiera menos tú
Todos menos tú

Anoche soñé mariposas

Tú y yo en la Gran Manzana
Amor en Manhattan
Mi chica del SoHo
Un corazón en Nolita
Mil besos en TriBeCa
Chelsea Love

Despiértame a besos
Despiértame a sueños

Jódase, señor Ward
Jódase, señor Baker
Jódase, señor Cross

Sexi Navidad en Nueva York

Imborrables

Siempre seremos verano

Dante Wolf, El Inglés
El corazón de Dante Wolf, El Inglés

Te odio, James Balck (Star Clark)
Te detesto, Oliver Drake (Star Clark)
No te soporto, Alex Hudson (Star Clark)

El secreto de Joe Byron (Star Clark)

El señor del castillo

Puedes seguir a la autora en las redes sociales para estar al día de sus novedades:

Facebook: Estrella Correa, Estrella Correa Escritora

Instagram: @estrellacorreaescritora

Twitter: @EstrellaCorreaS

Telegram: Novedades Estrella Correa

Threads: estrellacorreaescritora